LA BATALLA DE LOS MÁRTIRES-

Astor K'Oz

Capítulo 1

SUEÑOS DE LIBERTAD

Capítulo 1: El Almacén

Año 1501 a.C. (antes del Concilio)

Mounfel, Capital del reino de Heffelmaunt

Aquel almacén había sido su hogar desde que fue tomado como esclavo durante la primera derrota de los nesh, el sitio estaba impregnado por el olor de las heces humanas y por el de otra serie de aromas repugnantes provenientes de los demás miserables que habían sido esclavizados durante la gran guerra humana. Korian observó aquella desalentadora oscuridad casi con desdén en su mirada café, imaginando su vida antes de que comenzara aquella mísera guerra, una vida de paz allá en el sur; el súbito recuerdo de sus hermanos corriendo en el jardín y con sus enormes sonrisas infantiles en el rostro, le provocó que los ojos se le humedecieran. El pensar en la humedad de sus ojos hizo que, instintivamente, se pasara la lengua reseca por los labios blanquecinos y quebrados.

Allí arrojado, cual objeto en una repisa esperando a ser usado, sus pensamientos de hambruna y desasosiego fueron interrumpidos de repente por el sonido de la enorme puerta metálica abriéndose y ocasionando un ruido chirriante. Korian entrecerró los ojos y se inclinó un poco para percatarse de quiénes habían entrado, pudo notar que había tres guardias y otras tres personas más que no lograba distinguir. Entonces, se desplazó gateando hacia ellos, tratando de no provocar demasiado ruido para despertar a alguno de sus compañeros, pues el mundo de los sueños era en demasía sagrado para ellos, era el único lugar donde realmente podrían ser humanos. Se arrastró por toda aquella suciedad y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, se percató de que los otros tres sujetos eran su amo, Ocox, y dos hombres de la alta nobleza de los cuales reconoció a uno solo, su nombre era Daer, y la última vez que lo había visto fue cuando el amo había organizado una reunión de amigos y llevado a cabo muchos eventos y juegos en los que hacía a los esclavos ser partícipes de los más peligrosos de ellos.

—Tráeme a ese —dijo Ocox a uno de los guardias, señalando a un anciano

que yacía dormido sobre un cúmulo de heno.

Con una pica, el guardia despertó al viejo y le ordenó que se pusiera de pie. Por el rostro que ponían los invitados del amo, supo que estaban asqueados por el olor, y se preguntó si de verdad olía tan mal allí, para él olía como siempre. El anciano, intentando ponerse en pie, cayó aparatosamente al suelo, entonces, cuando uno de los guardias iba a tomarlo bruscamente del brazo, uno de los niños corrió hacia el viejo y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué hará con mi abuelito, mi señor? —preguntó el pequeño niño desnudo y curtido de mugre.

Un guardia abofeteó al niño tan fuerte que le rompió la boca y lo arrojó hacia el heno repleto de mierda, y empezó a lloriquear en voz muy baja, para no molestar al amo. La dificultad para mantenerse en pie hacía que el viejo temblara un poco.

—¡Se mueve demasiado! —exclamó uno de los invitados—. ¿Cómo se supone que voy a practicar mi puntería con él?

—Deja de lloriquear, Megul —dijo Daer—. Cuando esté bien atado al tronco se moverá menos, además, que tiemble un poco aumentará ligeramente la dificultad.

Korian se descubrió a sí mismo poniéndose de pie y caminando hacia ellos, levantando bien los pies para no tropezarse con nadie. Ocox volvió su rostro hacia él y abrió los ojos como platos, como padre cuando su hijo se porta mal, o más bien como amo cuando su mascota hace demasiado ruido. Los guardias levantaron sus picas y apuntaron hacia él.

—Úsenme a mí —dijo Korian, con una voz quebrada y cargada de melancolía—, sean hombres y no le hagan daño a un anciano.

—¿Qué osaste a decirnos? —la voz de Ocox no salió de su boca en forma de grito, sino que emergió de él como un susurro amenazador.

—No, no —le dijo Megul a Ocox—, deja al esclavo hablar.

<<Me llamo Korian>> quiso decir, pero ese nombre parecía en aquel momento poco más que un lejano recuerdo, no sabía si decir aquello sería equivalente a mentir, él ahora se llamaba "Esclavo" y su hogar era el almacén de Ocox. Pensar en aquello lo hizo considerar que morir quizá no era una tan desagradable alternativa; tal vez morir desangrándose por los agujeros que las flechas provocarían en su cuerpo era un escape a aquella vida que llevaba. Por lo menos moriría como debió hacerlo años atrás en el bosque, en vez de arrodillarse y arrojar su espada al suelo como un cobarde, ¿por qué lo había hecho? Aquello no lo sabía, quizá porque era lo

que todos empezaron a hacer, o porque tenía demasiado miedo de morir y no ver a su familia de nuevo.

—¿Por qué te preocupa tanto que el anciano tiemble? —cuestionó a Megul—, ¿qué más da? Un niñito como tú seguro no se sabe manejar con el arco, ni siquiera a mi lograrías darme. No me importaría ser amarrado a ese tronco y que trates de darme con una flecha, de todas formas, fallarías cada tiro.

—A él —le dijo a Ocox—, lo quiero a él como regalo.

—Es un hombre joven, todavía es útil para trabajos pesados —contestó Ocox.

—¿No ves que solo intenta provocarte para que no matemos al anciano?, imbécil —espetó Daer.

—Solo una flecha me bastará —dijo Megul con ira, ignorando lo dicho por los otros dos—, una flecha en tu garganta bastará para no escuchar más tus insolentes palabras, tan solo el sonido de tu sangre emanándote del cuello y de tu repugnante boca Nesh.

Ocox suspiró y arrojó una mirada discreta a Daer, se rascó los cabellos y observó a Korian un rato largo, con pesar por el esclavo que estaba a punto de perder.

—Maldita sea, Megul, cuestan mucho oro estos hijos de puta. Pero eres muy buen amigo de la familia, no te negaré un capricho de mierda —Ocox aceptó y le dio dos palmadas fraternales en la espalda a Megul. Luego dirigió sus ojos púrpuras hacia el guardia y le ordenó que dejara quieto al anciano y tomara a Korian.

Él caminó hacia ellos y el guardia empezó a atarlo, notó como aquel hombre trataba de voltear la cara hacia otro lado, apartando su nariz de él con una expresión de asco en el rostro.

—¡Camina, maldito sureño! —le gritó, dándole un empujón con un pie para que se moviera. Comenzó a caminar hacia afuera, maniatado, mientras los esclavos que se habían despertado lo observaban con estupefacción.

Tanto tiempo allí encerrado y no había sino intercambiado algunas palabras con unos pocos de ellos, de todas formas, sus esperanzas de vida eran poquísimas, por lo que consideraba una pérdida de tiempo relacionarse con ellos. Sin embargo, en el almacén se habían creado importantes lazos de amistad y de amor, y entre los esclavos de Ocox no había ningún tipo de enemistad ni odio; pero Korian prefería no ser partícipe de ello. Cuando estuvo a punto de salir, volvió la mirada hacia el

pequeño niño y su abuelo, y se sonrojó de la alegría, pero ocultó muy bien aquella emoción.

Los dominios de Ocox eran inmensos, tan grandes como su influencia en todo el reino. A menudo, el amo se marchaba por varios días a fungir como invitado de honor en numerosos banquetes que organizaban muchos de los nobles e incluso, en ocasiones, organizados por el mismísimo Operg, rey de Heffelmaunt. La bandera del reino yacía ondeando en lo más alto de las torres de vigilancia que rodeaba el patíbulo exterior, como un símbolo de orgullo y majestuosidad. Observó la bandera con desprecio, y se preguntó si la guerra ya habría terminado, o si allá afuera había tan solo muerte y destrucción. Pese a ello, cada noche fantaseaba con que los sureños tomaban las tierras de Ocox y las de los demás amos esclavistas y liberaban a todos los esclavos, con gusto empuñaría una espada nuevamente, y moriría en defensa de la libertad de todo Nesh a lo largo y ancho de Larthos.

Observó a lo lejos, más allá de las murallas internas que cubrían el patíbulo, a varios esclavos arando las fértiles tierras de Ocox, vio cómo otros sembraban y cultivaban en silencio, obedientes y con rostros inexpresivos y ropas harapientas. Luego, volvió la mirada hacia Ocox y a sus invitados, notó que llevaban ropas limpias y de excelente calidad, se veían saludables y sonrientes, y sintió repulsión y odio.

—¿Qué nos miras, maldito Nesh? —le espetó Megul, poniéndose frente a él y tomándolo del cuello ennegrecido por el polvo y pegajoso por el sudor. Megul apartó su mano rápidamente y, quejándose, se la limpió en el pantalón con vehemencia—. Me das mucho asco, sureño zarrapastroso

El noble tomó la espada envainada por la hoja y le golpeó el rostro con el pomo, arrojándolo a la grama cálida. Korian se puso la mano en la mejilla, allí donde el metal lo había golpeado, y sintió que empezaba a hincharse y que le dolía al mínimo contacto.

—Es un esclavo, Megul, es cierto —intervino Ocox con su típica voz susurrante y amenazadora—, pero es de mi propiedad, y lo que me pertenece no puedes tratarlo como si fuera tuyo.

—Creí que era un regalo —contestó en tono sarcástico mientras se llevaba la mano al pecho e inclinaba un poco el cuerpo con ademán de reverenciarse—, mi culpa, no volverá a ocurrir. Simplemente procuraré sacarle un ojo con una flecha, pero no volveré a golpearlo con un puto pomo de una puta espada.

—Bueno, Megul —añadió Daer—, no debes comportarte así con el anfitrión. Me disculpo por mi hermano mayor, lord Ocox, me encargaré de

que no suceda nuevamente.

Ocox se limitó a asentir y observó a Megul con recelo. Cuando llegaron a los amarraderos más cercanos, los nobles tomaron sus caballos y emprendieron la cabalgata hacia el patíbulo trasero, mientras que los guardias le amarraron las piernas, y las ataduras de las manos las ajustaron a la silla de montar del caballo sobre el que lo subieron. Como lo habían acostado boca abajo solo lograba ver la grama y la tierra, y el polvo le caía sobre el rostro y los cabellos. Para cuando llegaron al patíbulo trasero, tenía el rostro ennegrecido por el polvo y con salpicaduras de barro maloliente. Lo desamarraron de la silla y lo empujaron del equino, lo arrastraron por el suelo sujetándolo de las cuerdas que le ataban las muñecas y lo levantaron para amarrarlo a un tronco astillado de un par de metros de altura que estaba arraigado al suelo, pero que carecía de ramas.

Cuando observó hacia al frente, notó que a lo lejos estaban los tres hombres nobles de pie, calculó que a unos quince metros de distancia. Vio que Megul se sacó una flecha de un carcaj y la puso sobre el arco, con una sonrisa macabra dibujada en el rostro; notó que empezaba a tensar la cuerda mientras apuntaba en su dirección. Korian, pese a todo ello, tenía los ojos bien abiertos, observando a Megul, sin demostrar un ápice de miedo. Evitó pensar en sus hermanos y en sus padres, no quería recuerdos felices en aquel momento, solo pensaba en el almacén de Ocox y en su vida esos últimos dos años, así lograba ver la muerte como una piadosa alternativa.

La flecha salió disparada del arco a gran velocidad, rompiendo el aire con furia, hizo un recorrido en forma de parábola y se clavó en el tronco, a varios centímetros de la cabeza de Korian. Miró hacia arriba y vio la flecha clavada sobre él y se lamentó. En aquel momento pensó en su madre y se mordió el labio, intentando no llorar. <<Fuiste un cobarde aquella vez en el bosque, arrojando la maldita espada al suelo. No lo seas ahora, muere como un hombre>>. Volvió la mirada hacia Megul y le sonrió de vuelta. El noble sacó otra flecha del carcaj y la tensó en el arco, esta vez se tomó más tiempo para calcular la caída de la flecha, la sonrisa había desaparecido de su rostro, y ahora no había más que sudor, suspiró y se dispuso a disparar.

—¡Baja el maldito arco! —le gritó una voz femenina que se acercaba hacia ellos. A la distancia, reconoció que era la esposa de Ocox, la mujer le estaba hablando a Megul, y luego empezó a hablar con su marido. Desde allí, Korian no escuchaba una palabra de lo que hablaban, pero estaba sumamente aterrado. Vio que la señora Vílaris lo miró y lo señaló, y que luego continuó conversando con Ocox.

Tras varios horribles minutos de incertidumbre, vio que Megul hacía una reverencia hacia la dama con una sonrisa enigmática. La mujer se acercó

hacia él, y notó que tenía los ojos de un color ámbar oscuro. Cuando estuvo frente a él, llamó a uno de los guardias que se encontraban allí y le ordenó que lo desatara.

—¿Y las manos, mi señora?

—Es un esclavo, ¿crees que las necesite para trabajar? —le preguntó ella, con los ojos bien abiertos—, ¡Pues claro que las manos también!

El guardia se apresuró a desatarlo completamente, pero con amargura en el rostro.

—Gracias, mi señora —dijo él, limpiándose la suciedad del rostro con su camisa.

—No podrás limpiarte la cara con ese trapo harapiento, toma —dijo, extendiéndole un pañuelo limpio. Él asintió y se limpió el rostro—. Te lo puedes quedar, tengo muchos. Acompáñame, haré que la herborista te cure las heridas antes de que regreses al almacén, mañana podrás volver a trabajar sin problemas.

Él la siguió de cerca y notó cómo las miradas se posaban en él, no supo por qué lo observaban tanto, no sabía si se alegraban por él o si tan solo sentían lástima de que siguiera vivo; ni siquiera él sabía cómo sentirse al respecto, estaba confundido.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntarle, pero ella lo ignoró. <<Que estúpido soy, es mi ama, no necesita darme explicaciones de nada>>.

Luego de caminar pocos minutos, se encontraban pasando por la sección de entrenamiento del patíbulo, allí estaba un pequeño niño practicando con una espada de madera, y él se detuvo a observarlo atentamente.

—¿Te preparas para la guerra, mi señor? —le preguntó, con gentileza. Al niño pareció haberle gustado la forma en la que se habían dirigido a él.

—Así es —contestó el infante, envainando la pequeña espada de entrenamiento—. Mi padre dice que si aprendo rápido podré ayudar a las tropas de su majestad, Operg, a mantener el control sobre Darinder.

—¡Veo que estás informado sobre la guerra! —Korian se puso de cuclillas para estar a la altura del niño y sonrió—. Yo estuve en el bosque cuando Lenark lo tomó para los del norte.

—¿Mataste muchos Nesh? —preguntó el niño en un murmullo, con brillo en los ojos—, ¿sabías que tienen tres cabezas y colmillos enormes?

Korian sonrió con pesar, ahora sabía que las naciones del sur no habían logrado recuperar Darinder durante esos dos años, suspiró y se rascó los cabellos. Vílaris se mantuvo expectante, observando a su insolente esclavo hablar sin que se le ordenara.

—Muéstrame tu potencial —le dijo—, ataca el muñeco.

El niño asintió, sonrojado, y se abalanzó hacia el hombre hecho de madera y sacos de trigo, y empezó a golpearlo con vehemencia. Korian se echó a reír, recordando a su hermano más pequeño.

>>Así no se toma una espada. Debes agarrarla con una mano, y no puedes tocar el pomo, la mano va en la empuñadura, cerca de la guarda, mi señor.

El niño lo miró, intrigado, y luego se quedó mirando la espada.

—La... ¿la guarda?

—Sí, es eso que separa a la empuñadura de la hoja de la espada —le señaló con un dedo. El niño volvió a atacar el muñeco y lo rompió de un golpe, dejando tierra al descubierto.

—¡Maté al Nesh! —gritó el niño, entre brincos—, ¡puedo defender el bosque!

Korian empezó a reír y, de súbito, recordó que no estaba con su hermano, y que no se hallaba en el sur, en el patio de su casa; se encontraba en la tierra del hombre que lo había secuestrado, muy lejos de su familia, demasiado al norte para su gusto. Volvió la mirada hacia su ama, con temor a encontrarse con un rostro de desaprobación; en cambio, se halló con una sonrisa gentil y cálida, de esas que hacía años que no veía.

—Eres bueno con los niños —reconoció ella—. ¿Hermanos pequeños?

—Sí —contestó—, dos hermosos niños.

Ambos continuaron avanzando por el patíbulo en dirección a la entrada trasera en completo silencio, hasta que él se atrevió a romperlo.

>>¿Es su hijo, mi señora?

Tan pronto hizo la pregunta se sintió como un imbécil, ¿si su ama tuviera un hijo acaso no lo sabría ya? Llevaba dos años allí, estaba seguro de que

no tenían hijos.

—No —contestó ella, con la voz apagada—, aún no lo hemos conseguido...

—Disculpe, mi...

—Guarda silencio —le dijo ella, con voz contundente—. No se hablará nada más del tema... Ni de nada más.

Él asintió y continuó avanzando, ingresaron a la parte trasera de la fortaleza donde fueron recibidos por unos guardias, ella le ordenó a uno de ellos que lo llevara donde la herborista para que atendiera sus heridas y, después de eso, que lo regresase al almacén. La herborista lo revisó con atención y tomó unos frascos que tenía bajo una repisa, los abrió y empezó a frotarle aquella mezcla verde y viscosa sobre el golpe que tenía en el rostro y le entregó el frasco.

—Aplícate esto de nuevo antes de ir a dormir y para mañana casi no se te notará la hinchazón. Te lo debes seguir aplicando si quieres que sane rápido. Ya te puedes marchar.

El guardia volvió a atarle las manos y lo montó en un caballo, esta vez de forma medianamente digna. Por alguna razón, ahora era tratado distinto a cuando estaba siendo llevado a morir; entonces, se preguntó si había forma de que a un esclavo se le tratara de forma menos... inhumana, o si podría haber rangos entre esclavos, así como los había entre los amos.

Cuando se hallaban pasando por el patíbulo exterior notó que a unos quince metros habían puesto un tronco que antes no estaba allí, y que en el tronco había amarrado un cadáver. Cuando estuvo más cerca, notó que era el anciano al que creyó haber salvado de morir, tenía una flecha en el estómago, una en el brazo izquierdo y otra en el cuello; y la flecha del cuello se la estaba sacando Megul, quién se había percatado de su presencia, lo cual le hizo mucha gracia. Korian lo miró con desprecio mientras el otro parecía romper en carcajadas. Lo bajaron frente al almacén y le desataron las manos.

—Rápido, tú, entra —le dijo el guardia. <<Tú>>, aquella simple palabra lo hizo sentir un poco mejor, era la denominación más humana que había recibido en aquellos años.

Mientras ingresaba al almacén se percató de que las miradas habían regresado a él, quien había salido como un mártir salvador, y había regresado como un cobarde inútil. Extrañamente, se sintió mejor afuera que allí adentro. Por instantes había sentido el sabor de la libertad, un poco, había hablado con una mujer y con un niño libres, y había sido tratado brevemente como un igual. <<Soy un humano, como ellos... ¿Por

qué nos tratan de esta forma?>>, se preguntó con un nudo en la garganta, era la primera vez que se hacía semejante pregunta.

—¿Y mi abuelito? —le preguntó el niño que el soldado había golpeado, tenía un labio hinchado.

—Toma —le dijo él, entregándole el frasco—, échatelo en la boca y te sentirás mejor.

—¿Dónde está mi abuelito? —preguntó el pequeño, tomando el frasco. Korian lo observó, intentando no llorar, le sobó los cabellos con cariño y se puso de rodillas frente a él.

—Tu abuelito... él... bueno. Él regresó al sur, logró escapar de los hombres malos que nos tienen acá encerrados. Me dijo que te diera eso para que te sanara la boca y me pidió que cuidara bien de ti, ahora seré tu hermano mayor —sonrió y lo estrechó entre sus brazos con fuerza, con los ojos cafés llenos de lágrimas y de furia—. Escapó de los hombres malos, y ahora es libre... —le murmuró en el oído.

Con ira en el rostro, soltó al niño y caminó hacia su montículo de heno, a recostar su cabeza y esperando tener uno de esos sueños de libertad. Esa vez no se molestó en andar con cuidado, tan solo quería descansar y pretender que aquel particular día no había ocurrido. Aquella vez soñó con la batalla en Darinder, vio cómo los hombres de la guardia del bosque caían sobre ellos de forma repentina con su lluvia de flechas, y cómo brincaban entre los árboles con gran destreza; se vio a sí mismo dejando caer la espada y ponerse de rodillas, entregando su libertad a los vencedores.

—¡Esclavo, despierta! —le dijo un guardia mientras lo movía con el pie—, levántate rápido.

Korian obedeció, y cuando se limpió las lagañas de los ojos se percató de que Ocox había vuelto ahí, esta vez solo era él con un par de guardias, no estaban sus invitados. ¿Había cambiado Vílaris de parecer? ¿Ahora sí sería asesinado con un arco? Observó, pensativo, a Ocox.

—Llévalo al patíbulo trasero —dijo mientras se marchaba.

—¿Lo ato? —le preguntó el guardia.

—No, no será necesario.

Aquello parecía como un extraño sueño, estaba siendo sacado del almacén por el amo y sin ataduras, como un... <<¿Cómo un qué, Korian?, eres un esclavo>>. Una vez en el amarradero, el guardia subió al caballo y le tendió la mano para que subiera, él se mantuvo dubitativo unos segundos

y subió de un salto.

—Si tú estás confundido yo lo estoy más, niño —le dijo el guardia—, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Korian —le contestó. El guardia, mientras cabalgaba, metió una mano en la alforja, sacó una cantimplora y se la pasó.

—Es agua —le dijo—, tienes la boca muy reseca, puedes beberla toda. Por cierto, mi nombre es Yharel.

El guardia detuvo el caballo en el patíbulo trasero y ayudó a Korian a bajar, tendiéndole la mano nuevamente. Notó que había sido llevado de nuevo al tronco de ayer, en el que estuvo atado.

—Listo, tío —le dijo el hombre que Korian, hasta ese momento, había creído que era un simple guardia—. Acá está el esclavo que, por alguna razón, no tratas como esclavo.

—Te explico —dijo Ocox, con su penetrante voz profunda—, él ayer estuvo amarrado a ese palo. La idea era que uno de tus hermanos le atravesara el cráneo con una flecha, pero tu querida tía vino a salvarle el pellejo.

—Supongo que el que quería probar su puntería era Megul —contestó Yharel, poniendo los ojos en blanco—. Me disculpo por su comportamiento, tío, Megul es muy imprudente, y a Daer le da igual todo.

—Eso no importa ya. El punto es que cuando Vílaris llevaba al esclavo a donde Melyr para ser curado, se toparon con tu pequeño hermano que estaba entrenando solo cerca a la entrada. Tal parece que al pequeño Vaguor le cayó muy bien, pues estuvo toda la noche preguntándole a su tía Vílaris cuándo volvería a ver a su nuevo amigo.

—¿A qué quieres llegar? —cuestionó Yharel.

—Pronto Megul, Daer y tú se marcharán, y Vaguor se quedará solo acá... sabes que es un niño difícil de complacer, sé que cuando se marchen volverá a comportarse mal.

—¿Me estás ofreciendo que compre a este esclavo?

—Exacto, sería el nuevo amigo de tu hermanito, y cuando tenga la edad para regresar a los dominios de tu padre podrá llevárselo consigo —Ocox se acercó anímicamente hacia Korian—. Míralo, es fuerte, a este creo que lo capturamos en Darinder en el primer año de la guerra, lo que significa

que fue un guerrero. Podría enseñarle a tu hermano a pelear.

—¿Qué hay de tu maestro de armas?

—Ese tipo es un inútil, su máximo logro fue quemar unas chozas de mierda en Dyvrammia y regresar creyéndose un héroe —bufó Ocox.

Yharel observó a Korian con atención, se le acercó y empezó a pincharle el abdomen y los brazos con un dedo. De improviso, se desenvainó la espada y le puso la punta de la hoja en el cuello, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—No se asustó —dijo Yharel—, y eso es buena señal. ¿Sí te capturaron en Darinder?

Korian asintió con la cabeza, sin evitar pincharse un poco con la punta del arma.

>>¿Cuántas bajas?

—Maté a nueve integrantes de Lerivoff y terminé sin un solo rasguño.

—¿Por qué habría de creerte?

—Deme una espada y lo sabrá —repuso él, sin dejar de mirarlo fijamente.

Yharel empezó a reír y envainó su espada nuevamente. Observó a un siervo que estaba cerca de ellos y le ordenó que fuera a por dos espadas de entrenamiento.

—En sus condiciones debería serte fácil vencerlo —le dijo Ocox al sobrino de su esposa.

—Si hizo lo que dijo se las arreglará. Los hombres de Lerivoff son invencibles en los bosques.

Korian tuvo que reconocer que lo que dijo parecía una exageración, ver a la guardia del bosque en acción fue de las cosas más aterradoras y maravillosas que vio en su vida, salían de los arbustos como fieras, disparaban flechas desde lo más alto de los árboles, y blandía las espadas de forma magnífica en la densidad de los bosques.

Finalmente, el siervo llegó con ambas armas y se las entregó a Yharel, éste le dio una de ellas a Korian y se alejó de él dando un par de pasos. Yharel se inclinó un poco en son de respeto a su adversario y levantó la espada, el esclavo hizo lo propio. El sobrino de Ocox cayó sobre él con varios estoques, rápidos y firmes, pudo detener todos ágilmente, pero los brazos empezaban a dolerle y sus piernas flaqueaban en los movimientos.

Cuando ya no pudo resistir más el dolor no logró evitar que le acertaran un golpe en la pierna derecha, soltó la espada y cayó de rodillas, se mantuvo mirando al suelo, viendo el sudor empapando la tierra y la grama.

—¿Cuánto cuesta? —escuchó que le preguntaba Yharel a Ocox.

—¿Viendo lo que acaba de hacer? —notó que su amo guardó silencio un rato—, eres de la familia, así que es tuyo por cuatrocientas monedas de oro.

—Trato —dijo el otro. Levantó la cabeza y los vio estrechándose las manos; y allí supo que había cambiado de dueño—. Korian, pese a que ahora perteneces a mi familia, seguirás obedeciendo a Ocox hasta que mi pequeño hermano crezca y te llevemos a los dominios de mi padre.

Yharel se le acercó con la espada de madera en la mano y se agachó para verlo a la cara, lo tomó del mentón con fuerza y le miró atentamente.

—Me caes bien, Korian —admitió Yharel—, pero si algo malo le llega a pasar a mi hermano y me entero de que fue por tu culpa no dudaré un solo instante en hacer que tus tripas caigan al suelo. Entiendes eso, ¿verdad?

—Sí... mi señor.

—Bien, levántate —Yharel se apartó en dirección hacia Ocox—. Quiero que lo pongan decente para que entrene y divierta a mi hermano, y no le quites los ojos de encima, sabes la fama que tienen los dackers con respecto a.… sabes a lo que me refiero.

—Perfectamente, no le quitaremos los ojos de encima, tu hermanito estará a salvo.

Yharel le arrojó una última mirada a Korian y le dio unas palmadas en el hombro.

—Espero verte pronto —le dijo su amo, antes de macharse de allí.

Capítulo 2: Lazos

Año 1499 a.C. (antes del Concilio)

Mounfel, Capital del reino de Heffelmaunt

La humedad de los labios de Vílaris hizo que se estremeciera, con sus manos, Korian le arrancó aquel costoso y hermoso vestido azul, haciendo que cayera de sus hombros y dejara toda su voluptuosidad al descubierto; él la había puesto contra la rocosa y fría pared del sótano, ocultos entre las sombras de los lugares que la tenue iluminación no lograba descubrir. Cada vez que Ocox se marchaba sin su mujer a sus reuniones, ambos se citaban allí con la mirada o con un leve rose de manos en un fortuito encuentro en los pasillos de la fortaleza. Cuando Korian estaba dentro de ella dejaba de ser su esclavo y se convertía en mucho más que eso.

—Te amo —le decía ella entre gimoteos mientras él le besaba el cuello.

Él nunca sabía cómo responder, así que simplemente fingía que no la escuchaba y a ella parecía no molestarle. Esas palabras eran peligrosas, y él lo sabía, si alguna vez eran atrapados Ocox los colgaría a ambos sin pensárselo dos veces; amar era un lujo que un esclavo no podía darse, ni siquiera él, y mucho menos a ella.

—¡Mi señora! —gritó una voz femenina tras la puerta.

—¡Estoy ocupada, Maila! —le contestó su señora de vuelta, sin dejar de moverse sobre Korian.

—¡Es su sobrino! —gritó la joven sierva y, de inmediato, Vílaris se incorporó de un salto y se vistió a toda prisa, señalándole a Korian que hiciera lo propio.

Ambos salieron del sótano, agitados, y se encontraron con Maila.

—Su sobrino estaba jugando con Fil en el patio de atrás y se lastimó el brazo —Maila estaba exaltada, pero había ignorado completamente la presencia de Korian.

—¿Fue culpa de mi hermano? —preguntó él, estupefacto.

—No lo sé mi se... Korian, Vaguor no ha hecho más que llorar y gritar de dolor, está con el curandero.

—Busca a Fil —le ordenó a su esclavo mientras ella corría en búsqueda de Vaguor.

Korian atravesó varios pasillos a toda prisa hacia la puerta trasera y, al llegar al área de entrenamiento, se encontró con Fil llorando en el suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó, agachándose para inspeccionarlo, pero el

niño no respondió—. ¿Cómo pasó, Fil? Necesito que me lo digas.

—Solo entrenábamos, y yo... golpeé su pierna como me... como me... —el pequeño estaba tan afligido que le costaba hablar, pero ya Korian había intuido lo que sucedió, su hermano desequilibró a Vaguor y este cayó sobre su propio brazo.

—¡No era la hora de entrenar! —Korian empezaba a ser presa de la desesperación—, ¡¿no pudiste esperar una maldita hora?! ¡Ve a la recámara, ya!

El niño, entre llantos, corrió escaleras abajo hacia su humilde habitación. Mientras Korian se dirigía a ver cómo estaba Vaguor, escuchó el sonido de los cuernos anunciando el regreso de Ocox. <<Mierda, mierda, mierda>>, maldijo Korian en sus adentros mientras apresuraba la marcha, corrió lo más rápido que pudo y se encontró con Vílaris con el rostro congestionado y los ojos humedecidos.

—Mi señora, ¿cómo...

—Se fracturó el brazo —dijo ella, intentando mantener la compostura.

—Escucha... mi hermano...

—Lo sé, pero Vag dice que fue su culpa, que él le insistió —ella le puso una mano en el hombro y esbozó un intento de sonrisa en el rostro—. Ve con tu hermano, intentaré apaciguar la cólera de Ocox para que no los castigue por esto.

Vílaris le dio la mano para que se la besase, lo cual lo consternó; él, obediente, hincó la rodilla y le tomó la delicada mano y se la besó. Cuando le hubo tomado la mano sintió un trozo de papel en ella, de inmediato supo que debía tomarlo, y así lo hizo. Tan pronto ingresó a la habitación vio que Fil estaba llorando silenciosamente en la cama, boca abajo. Korian desarrugó el papel y lo leyó con el ceño fruncido, de improviso, sintió un agudo dolor en el pecho que no supo explicar. Quemó el papel y se sentó en la cama manteniéndose muy pensativo, observando la puerta hecha de madera y metal con atención. Se halló perdido en sus adentros por muchos minutos hasta que la puerta se abrió de golpe.

—¡De pie, esclavo! —espetó uno de los tres guardias que acababa de entrar, aquel hombre de cabellera roja tenía la mano sobre la empuñadura, mientras que los otros dos tenían lanzas cortas que apuntaban hacia él.

—No es necesario que usen la violencia —respondió—, iré de buena gana.

Korian salió de la habitación y vio que otros cinco hombres que pasaron junto a ellos ingresaron a la habitación con prisa y salieron sacando a su hermano a la fuerza. Korian, hecho una fiera, se dispuso a encarar a los cinco, pero fue detenido por la punta de la espada corta del guardia pelirrojo pinchándole el abdomen un poco. Korian golpeó la hoja metálica del arma con un manotazo y se echó hacia atrás en un mismo movimiento, ocasionándose una pequeña rasgadura en el camisón blanco; sin embargo, cuando se disponía a correr hacia donde se llevaban a Fil se encontró con que los otros dos guardias lo apuntaban con las filosas lanzas, uno le puso la punta en el cuello y el otro sobre la piel del abdomen, allí donde el otro le había rasgado la camisa.

—¿Qué le harán? —dijo, mirando al guardia de la espada.

—Lo que a Ocox le venga en gana —le contestó, con cierta satisfacción en el rostro—. Quizá le partan ambos brazos, ¿Quién sabe?. Es un esclavo, no tiene importancia —el sujeto se acercó a Korian de forma amenazante, con la mano sobre el pomo, y lo observó muy de cerca, incomodándolo—. Cierto, tú también eres un esclavo, pero vives en la fortaleza, como nosotros; duermes en una cama, como nosotros; caminas por ahí como te venga en gana... igual que nosotros.

Korian dio dos pasos hacia atrás, con el rostro inexpresivo, observando las lanzas que lo seguían de cerca.

—Vamos —le dijo el pelirrojo—, Ocox espera por ti.

Por primera vez en mucho tiempo sus manos fueron atadas de nuevo y fue arrastrado de aquella forma tan cruda. El sabor de la libertad escapó de su boca de forma ignominiosa, se sintió como si despertase de un sueño hacia una amarga realidad. Fue recibido por Ocox en la sala principal del primer piso, en torno a él había varias personas libres de las cuales recordaba a la mayoría, señores y señoras de familias vasallas que estaban de paso, y familiares que visitaban al señor de esas tierras. Pero junto a Ocox se encontraba Vílaris, observándolo con pesar.

—¿No se suponía que eras el encargado de vigilar a Vaguor? —preguntó Ocox con el rostro sombrío.

—Mi señor, se supone que el entrenamiento sería más tarde.

—Responde la pregunta que se te ha hecho, esclavo —le dijo el guardia de rojos cabellos.

—Calla, Igmer —le espetó Ocox—, no te he dicho que hables.

Igmer frunció el ceño y observó a Korian, airado.

—Sí, señor. Me corresponde a mí vigilar a el amo Vaguor.

—¿Y por qué no hacías tu trabajo? Tú único trabajo, por cierto.

—Estaba en el baño, mi señor —mintió—, dejé a los niños hablando tranquilamente mientras iba.

Ocox caminó hacia él y le propinó una fuerte bofetada que lo arrojó al piso escupiendo sangre. Hizo que unos guardias lo levantaran y retornó a su puesto.

—Fui el primero de los nobles en meter a la escoria nesh en los muros de su fortaleza —explicó el amo—, al ver el buen trabajo que hacías de maestro de armas y de niñera consideré que los esclavos serían útiles para otras labores. Tú mismo viniste ante mí y me recomendaste que sacara a esclavos del almacén y les distribuyera diversas tareas —Ocox empezó a caminar en torno a Korian, pero observando a los espectadores—. Para que tuvieran mejor desempeño y no incomodaran a las personas libres se les dio beneficios que antes no tenían, como comer tres veces al día o acceder a las duchas comunes de los siervos. Con el tiempo fueron olvidando lo que en realidad son, basura sureña, mierda nesh, simples esclavos. Mis honorables invitados, gente libre y de bien, no les recomiendo que cometan el mismo error que yo, no dejen que sus esclavos crean que son iguales que sus siervos, son muchísimo menos que eso —volvió a dirigir su mirada hacia Korian—, no planeo devolver a esos esclavos al almacén, sería tedioso y contraproducente, pero ya no volverá a salir uno más de allí.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Korian, ocasionando un mar de murmullos entre las personas de alcurnia y los siervos.

—Si un plebeyo le fractura el brazo a un noble, lo justo sería que se le quebraran ambos brazos o se le sacara un ojo con hierro caliente. Pero resulta que ese niño es un esclavo, y no puede ser castigado igual que una persona libre, simplemente no es justo —Ocox se acercó a Igmer y le puso la mano en el hombro—, asegúrate de que el niño sea colgado en el patíbulo exterior, pártele los brazos y las piernas, y que su cadáver cuelgue en la horca con un letrero que diga "esclavo" hasta que me venga en gana. Y dile que su abuelo no escapó como le dijo Korian, dile que fui yo quien lo mató con una flecha en la garganta, y que murió lentamente asfixiado en su propia sangre.

—Sí, mi lord —contestó Igmer—. ¿Las extremidades se las parto antes o después de matarlo?

—Me da absolutamente igual —respondió Ocox. Igmer se marchó, no sin antes dedicarle una sonrisa macabra a Korian.

El esclavo se puso de pie, con furia en la mirada. Caminó hacia Ocox provocando un ruido tintineante con las cadenas que le ataban las muñecas, pero las puntas metálicas de las lanzas cortas lo detuvieron a medio camino.

—Somos humanos como tú y como todos aquí —dijo Korian con desprecio—, el color de sus ojos es distinto y viven un poco más que nosotros, ¿y qué? Nos parecemos en todo lo demás.

Ocox desenvainó su espada y le partió la cabeza, sobre el ojo izquierdo, con un fuerte golpe con el pomo del arma, Korian cayó inconsciente y su cabeza fue recibida por el rocoso y helado suelo del salón. Nuevamente tuvo un sueño de libertad; se vio a sí mismo en un verde e inmenso bosque rodeado de sombras que murmuraban ininteligibles palabras, flechas que pasaban junto a él y arremetían a sus enemigos que iban vestidos de blanco, de verde y de azul. Superaban al ejército contrario en número, una diferencia abrumadora y determinante, pero los árboles se empezaron a mover y del suelo emergió un centenar de raíces que arremetieron contra sus aliados en una ráfaga cortante y sanguinolenta. Frente a él, tras aquella espesa oscuridad, aparecieron dos esferas de intensa luz gris y, bajo ella, una espada de cuya hoja emanaba un denso brillo azul.

Cuando hubo abierto los ojos, notó que solo podía ver a través del derecho, se llevó la temblorosa mano al rostro y notó que gran parte de su cabeza estaba envuelta en vendajes, se aplicó un poco de presión sobre el ojo y sintió un agudo dolor punzante. El recuerdo repentino de su extraño sueño lo hizo olvidar el dolor por un instante.

—¿Era Darinder? —murmuró, absorto.

—¿El bosque? —Vílaris ingresó a su habitación y, al abrir la puerta, él se pudo percatar de que afuera estaba muy oscuro—. ¿Soñaste nuevamente con el día en que te capturaron?

—¿Cuánto ha pasado?

—Un par de días —ella se sentó junto a él y empezó a retirarle la venda—. Anoche, antes de que mi marido volviera a marcharse, logré convencerlo de que te permitiera volver a entrenar a Vaguor cuando se recuperase. Accedió a no flagelarte ni regresarte al almacén.

—El cuerpo de mi hermano...

—Fue enterrado en el foso de esclavos —le contestó ella al terminar de quitarle los vendajes de la cabeza—, pero ya no yace pendiendo de la cuerda que le quitó la vida. Lamento no haber podido hacer más que eso.

Korian apartó la mirada súbitamente, como si de repente sus ojos le pesaran. La súbita imagen del cadáver pálido de Fil bajo tierra provocó que los ojos se le humedecieran, las lágrimas empezaron a caer sobre la colcha de la cama mientras apretaba una manta con fuerza usando su puño. Vílaris puso su mano sobre la de él y empezó a secarle las lágrimas con un pañuelo.

—Tenías razón con lo que escribiste en el papel que me entregaste... —dijo, con la voz queda—, dijiste que esto tenía que terminar antes de que sea demasiado tarde... Pero resulta que ya lo es.

Korian levantó su mirada repleta de odio y de tristeza mientras aún brotaban las lágrimas.

>>Murió por mi culpa, no pude salvarlo, así como tampoco pude salvar a su abuelo ni a ningún otro de los nesh, condenados a morir en aquel asqueroso almacén simplemente por el color de sus ojos.

—Lamento lo de tu hermano, en serio —solo pudo decirle ella, con la voz temblorosa.

En Groubler, ya se libraban las últimas batallas de aquella tan larga y devastadora guerra, y si los rumores de que el mismísimo Regrad había acudido al llamado de las demás naciones norteñas eran ciertos, los nesh ya estaban perdidos; todos esos años se mantuvo esperando a que los suyos un día aparecieran con el alba y rompieran sus cadenas.

—Y yo lamento haberme rendido cuatro años atrás —señaló él, observándola a los ojos.

La mirada de Vílaris logró apaciguar su cólera y tranquilizar su corazón por un instante, cuando estaban juntos a solas él se sentía en un lugar más feliz, lejos de allí y, sobre todo, libre. Le tomó el rostro con delicadeza y la acercó hacia él, le apartó unos cabellos de la cara y la besó. Sus labios estuvieron unidos durante varios minutos, y cuando finalmente se separaron ella clavó sus brillantes ojos púrpuras en los suyos.

—Te amo.

Esta vez él no tenía la intención de guardar silencio.

—Te amo —contestó de vuelta, con determinación.

Nuevamente, sus labios se volvieron a unir y ella se subió sobre él cuidadosamente, ayudándolo a poner su cabeza sobre una almohada para que no se lastimara mientras ella se movía.

Capítulo 3: Hermandad

Año 1494 a.C. (antes del Concilio)

Mounfel, Capital del reino de Heffelmaunt

Korian leía para el pequeño Kerevan su historia favorita sobre Valtimok, el cazador de nigromantes que había vivido hacía miles de años durante la infame edad oscura, los extraños ojos grises del niño de cuatro años estaban clavados en el libro que el nesh sostenía entre sus manos. Vílaris le había encargado distraer a su hijo mientras ella terminaba de leer la correspondencia que le acababa de llegar esa mañana, pero eso había sido hacía más de una hora atrás, y el cuento ya había terminado.

—¿Cuándo volverá papá? —le preguntó el niño con los humedecidos ojos fijos en él.

El pequeño era muy apegado a su padre, cuando Kev nació Ocox organizó la más extravagante y costosa fiesta hecha en el reino en el último siglo a la cual había asistido el mismísimo príncipe Togger quien, en ese entonces, contaba con catorce años. Korian recordó que aquella vez Togger había causado algunos problemas, era un jovencito bastante engreído y altanero, y en la última noche del festejo había obligado a dos vasallos de Ocox a batirse en un duelo con él, y uno de ellos perdió el ojo derecho.

Pronto, pequeño Kev —le contestó. Kerevan se lo quedó mirando fijamente, mientras los labios le empezaron a temblar y sus ojos se llenaban de lágrimas que claramente se esforzaba por retener. Korian empezó a limpiarle las lágrimas con los dedos—, no llores, mi señor, lord Ocox regresará pronto y jugarán en el patíbulo trasero, montarás tu pony e irás tras él con tu espada de madera.

Kerevan hizo un gesto de negación y agachó la cabeza; se limpió sus lágrimas él mismo y murmuró algo ininteligible.

—No le entendí, Kev —dijo Korian, meneándole los largos y castaños cabellos. El niño levantó su mirada, y la expresión de su rostro se había tornado en una mezcla entre amargura y tristeza, y tenía los ojos

enrojecidos en torno a su iris gris.

—Sus ojos... no son grises —observó Kev—, ni los de mi madre, ni los de mi papá, ni...

—Nadie más mira con esos ojos —dijo Korian para pesar de Kerevan—, solamente usted, Kerevan el de los ojos grises. Eres un ser especial y único...

—¡No quiero ser único, quiero ser normal! —gritó el niño, y salió corriendo para encontrarse con los brazos de su madre quien acababa de entrar a la habitación de su hijo.

—Korian dice la verdad, mi cielo —repuso ella, tomándolo entre sus brazos—, eres muy especial. Tus ojos son grises como el color de la noche en que ganamos la guerra.

Ciertamente, Kerevan había nacido el día de la última batalla en el bosque de tinieblas; durante varios meses Groubler se había sumergido en una espesa niebla grisácea que lo hacía parecer muchísimo más denso de lo que era. Los soldados que sobrevivieron a las batallas finales de la guerra contaban que mientras estaban en Groubler creyeron que había regresado la edad oscura, pues allí hedía a muerte y a tierra mojada, y la luz del sol era escaza; tal y como se describían esos tiempos en los cuentos y las canciones.

Vílaris le susurró a su hijo algo al oído y el niño asintió y salió de su habitación.

—¿Qué le dijiste?

—Que el maestro Nieler lo espera en la biblioteca para estudiar historia —ella lo conocía más que nadie y sabía lo que le daba consuelo a su hijo. Korian sonrió y se sentó en el borde de la cama de Kev, y ella se sentó junto a él.

—¿No te preocupan sus ojos? —preguntó él—, nunca en la historia ha habido alguien así, no que se sepa; es muy extraño, Vil.

—Ya está todo preparado —le dijo ella, ignorando por completo su pregunta—, vendrán por Vaguor y por ti en un par de horas

—Te voy a extrañar —le dijo, tomándola de las manos.

—¿En verdad tienes que hacer esto? Yo podría decirle a Ocox que te compre...

—Compre... —la interrumpió Korian mientras negaba con la cabeza—, soy un hombre, Vil, no una cosa y tampoco un animal.

Le dio un último beso, uno largo y apasionado. La apretó contra su cuerpo como si quisiera grabar aquella sensación en su mente para toda la eternidad, aspiró su dulce aroma profundamente para impregnarse de él hasta saciarse y, finalmente, tuvo que separarse de ella.

—Gracias... —dijo ella en un murmuro, con el rostro enrojecido y los ojos llenos de lágrimas.

—Adiós —le dijo él, dándole la espalda al amor de su vida.

Mientras se alejaba de ella sintió un punzante dolor en el pecho, allí donde estaba su roto corazón; el nudo en la garganta no le permitía respirar con facilidad, pero él siguió hacia adelante, eligió la libertad y la justicia por encima del amor, era un bajo precio a pagar, o eso quería creer él.

Sus cosas fueron amontonadas en la entrada principal de la fortaleza de Ocox. Los dos inmensos portones se abrieron de par en par cuando, a escasos metros, llegaban unos carromatos repletos de frutas, una carroza y seis hombres que iban a caballo. Se trataban de los hombres que lord Rogler había enviado para buscar a su hijo Vaguor; las frutas eran regalos para Ocox y Vílaris.

—Te va a encantar tu nuevo hogar, Korian —le dijo Vaguor, con la mano sobre el pomo de su espada bastarda. Vaguor se había dejado crecer el bello facial, el cuál consistía en unos escasos bellos cobrizos sobre el labio y otros menos en la barbilla. Ya contaba con quince años, y Korian estaba muy orgulloso del hombre en el que se había convertido.

Korian estuvo a punto de responder cuando el sonido del galope de un pony llamó su atención, al voltear la mirada vio que Kerevan estaba sobre el animal, se acercó a él y desmontó con una destreza sorprendente para un niño de cuatro años.

—Quiero disculparme por mi comportamiento de hace unas horas, Korian —le dijo el niño con una tierna cortesía, extendiéndole la mano.

—Te disculpo, mi señor —contestó, estrechándosela.

—Que tengas un excelente viaje, por Eiinay que así será —dijo el niño con una voz queda, con el mismo nudo en la garganta que tenía Korian.

Kerevan corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, y él le sobó los cabellos como antaño solía hacerle a su hermano; le dio un beso en la frente y buscó algo en una de las alforjas que llevaba su caballo. Finalmente,

extrajo una cadena y se la entregó.

—Años antes de que nacieras yo era obligado a estar encadenado la mayor parte del tiempo

—¿Cómo un esclavo? —le preguntó el niño, boquiabierto.

—Esa es la última cadena que me hicieron usar, las llevaba en mis muñecas el día en que perdí a una persona muy importante para mí. Te la obsequio como un símbolo de libertad, Kev, nunca dejes que dobleguen tu voluntad, sé libre y vive orgulloso de ser quién eres.

Korian hizo una profunda reverencia y montó en su caballo, uniéndose a la carroza y los carromatos que acababan de llegar. Kev subió la muralla por las escaleras y los observó desde una de las torres, los vio durante largos minutos hasta que se perdieron en el horizonte y ya no los podía ver más. Miró la cadena que yacía entre sus pequeñas manos y la apretó con fuerza.

El resto del día transcurrió con normalidad para los viajeros, acamparon a un lado del camino veraniego, comieron venado y bebieron un poco de vino; cantaron canciones y bailaron en torno a una fogata. Vaguor, por su parte, entrenaba con su espada, se movía con soltura mientras la hacía girar de un lado a otro, adoptando las posturas que durante esos años Korian le había enseñado.

—No deberías entrenar durante el viaje, Vag —le dijo su maestro de armas.

—Es la primera vez que me dices que no entrene —repuso Vaguor, entre risas—. Ven, vamos a entrenar, quiero que mi padre esté orgulloso cuando me vea.

—Créeme que estará muy orgulloso de ti —le dijo él—. Deberías descansar, necesitarás tus energías para el largo viaje que nos espera mañana.

Vaguor torció los ojos y se retiró a su tienda. Aquella noche Korian no durmió bien, soñó con la muerte de su hermano; con su despedida con Vílaris; y volvió a tener el mismo sueño que tuvo la vez que Ocox lo hizo perder el conocimiento. Otra vez soñó con una batalla en un denso bosque, con árboles que atacaban a sus hombres con sus ramas y raíces, y con las tres luces que aparecían tras la densa oscuridad, una azul que brotaba de una espada y dos grises sobre ella, pero esta vez el sueño fue más largo, y pudo ver con claridad que aquellas luces grises se trataban de un par de ojos que lo observaban de la forma en la que una bestia mira

a su presa.

Se despertó de golpe, hiperventilando y sudando bastante, observó a su alrededor y notó que había dos hombres despiertos junto a una fogata, pero no lo observaron, se encontraban distraídos hablando mientras se cocinaba un poco de venado sobre el fuego. Una hora más tarde, Vaguor despertó y, poco después, todos los demás.

—Deberías viajar en la carroza que tu padre envió para ti —le aconsejó Korian, sin evitar dejar escapar un bostezo.

—Ni hablar —repuso Vag—, prefiero cabalgar y lo sabes.

Faltaban un par de horas para llegar a Posada Rey del Verano y el camino comenzaba a estrecharse en torno a ellos, el bosquecillo que atravesaba aquel tramo del camino veraniego parecía inclinarse sobre ellos en la medida en que avanzaban. Uno de los hombres cantaba una vieja canción sobre la edad oscura, tocando un hermoso laúd de madera bañada en plata. Su voz se alzó sobre la calma en un tono hermoso y lúgubre; Korian sintió un nudo en la garganta mientras miraba, receloso, hacia ambos lados del camino.

Cuando los animales muertos despertaban en las sombras de la noche,

cuando el sol ya no salía y los héroes no existían todavía.

En el aire hedía a muerte que en silencio acompañaba a las tinieblas,

Y en los bosques asechaban nigromantes y la bruja de la niebla.

Y los sueños de...

El hombre fue silenciado por una flecha que le perforó la garganta, y la canción se convirtió en un gorgoteo sanguinolento que emanaba de su boca. De entre la arboleda emergieron varias flechas más que desmontaron a un par de guardias, y de los arbustos los asechó una docena de hombres a caballo que llevaban yelmo y cotas de malla. Los guardias de Vaguor que seguían con vida se organizaron en torno a él, pero el orgulloso joven cabalgó hasta la vanguardia mientras de entre los árboles aún salían unas cuantas flechas que acertaron en el cuello de otros de sus hombres. Sin previo intercambio de palabras, empezó la batalla, y el sonido del metal contra el metal se adueñó del lugar.

Vaguor logró desmontar a uno de los jinetes metiéndole la espada por la bisagra del yelmo, el sujeto cayó entre gritos mientras le emanaba la sangre del rostro. Otro sujeto arremetió contra él por la espalda, pero Vaguor fue rápido, hizo que el caballo diera media vuelta y encabritara frente a su oponente, haciendo que el animal recibiera el ataque que era

para él, el equino cayó al suelo entre relinchos, con la espada aún clavada en el pecho. Hábilmente logró lanzarse de su montura y caer en la del enemigo, frente al sujeto que ahora estaba desarmado. El hombre al verlo le propinó un cabezazo en el rostro, pero Vaguor le travesó la parte baja del abdomen, la cual se encontraba descubierta, extrajo su espada del vientre del sujeto y se bajó del caballo de un brinco, dejando a su adversario destripándose sobre su montura. Una vez en el suelo, notó que todos sus hombres yacían muertos, trató de encontrar a Korian, pero no logró verlo; en cambio, estaba siendo rodeado por los asaltantes, quienes habían desmontado de sus caballos y lo apuntaban con sus espadas. Con la espada aún en alto, retrocedió unos cuantos pasos, pero su espalda chocó contra otra persona que ubicó algo filoso en su garganta.

—Suelta el arma, Vag —le dijo Korian, produciéndole presión en el cuello con la navaja y provocando que le corriera un hilillo de sangre—, se acabó, no te haremos daño. Has peleado bien.

—Maldito traidor —dijo con amargura. El golpe que había bajo su ojo empezaba a hincharse y a dolerle un poco—, nunca se debe confiar en un nesh, ya me lo había dicho mi tío Ocox una vez.

—Lo hago por mi libertad, Vag.

—¡Ibas a tener una excelente vida donde mi padre!

—Como esclavo —repuso Korian.

—¿Y qué? —le espetó—, ¡eso es lo que eres!

—Suelta la espada —insistió.

—¿Cómo tú? ¿Quieres que suelte la espada como lo hiciste en el bosque cuando empezó la guerra? No, yo no soy un cobarde.

Korian desenvainó su espada y le golpeó la nuca con el pomo, haciendo que perdiera el conocimiento, se acercó a un par de hombres y les indicó que atendieran las heridas de Vaguor y que lo llevaran con su padre, como estaba planeado. Siempre había sido una condición que Vaguor llegara intacto a la fortaleza de lord Rogler, pero había tenido que golpearlo, sabía que lucharía hasta la muerte si no lo hacía.

—Que su padre sepa que ha luchado magníficamente —les dijo a los hombres que llevarían a Vag, antes de partir con los demás en dirección al bosquecillo que yacía junto al camino veraniego.

Una vez internados entre los árboles empezaron a cabalgar hacia el sur en completo silencio, el camino a través del bosque estaba repleto de montículos de hojas amarillentas, y la brisa no era más que un leve y

reconfortante susurro helado. Ya bastante internados en el bosquecillo y con el sol ocultándose tras la cordillera Nahjar, el que parecía ser el líder les indicó que pasarían allí la noche. El sujeto se quitó el yelmo y la cota de malla, dejando al descubierto su cabellera rubia, empezó a dar órdenes y, después, se acercó a Korian.

—Mi nombre es Wolz Dreimjold —le dijo, estrechándole la mano—. Me encuentro al mando del operativo. Escuché que estuvo en la guerra, ¿es eso cierto?

Korian asintió.

—Darinder, hace nueve años —Wolz arrugó el entrecejo y lo invitó a sentarse junto a un árbol, tomó una cantimplora de una alforja y se la pasó. Korian tomó un sorbo de aquel ron, demasiado amargo para su gusto.

—Uno de mis hijos murió en Groubler —aquel hombre tomó un largo sorbo de otra cantimplora y se limpió el ron de la barba—. A su madre la llevaron prisionera a Érdomer, según escuché; eso fue después de que Dilárida, la perra de Lerivoff, tomara Groubler. Me alegra que la puta haya perdido un ojo.

Korian recostó la espalda en el árbol, tomó otro sorbo de aquel ron tan desagradable y centró su atención en Wolz.

—¿Quién eres, Wolz Dreimjold? Que tengas un apellido me permite saber que eres de las islas sureñas. Pero dijiste que eras el líder del operativo, ¿haces parte de una organización?

—La persona que nos contrató nos dijo que usted sabía de la misión de rescate —señaló Wolz—, ¿no le contaron a quienes contrataron para ello?

—No, no me dijeron nada.

—Soy suboficial de la Hermandad Bastarda.

Korian se sorprendió al escuchar ese nombre, nunca creyó que Vílaris contrataría a mercenarios sureños para la tarea, y mucho menos a la organización mercenaria más famosa del mundo. Se decía que la creación de la Hermandad de los Bastardos había dado lugar a finales de la edad oscura, mucho antes de que la primera espada de Irath fuera hallada; incluso, había quienes señalaban que se remontaba a nada menos que la era de las fundaciones, cuando Agoleon "el libertador" unificó el norte en una sola nación que ahora estaba fragmentada en siete.

Pese a su sorpresa, mantuvo su rostro inexpresivo, miró hacia el cielo y contempló las pocas estrellas que podía ver tras las hojas de un verde

opaco y de amarillo blanquecino.

—No creí que nos iríamos a detener tan pronto —señaló él—, nos empezarán a buscar en cualquier momento.

—Más tarde que temprano —contestó Dreimjold, poniéndose de pie—, confío en que mis hombres sabrán encargarse de Vaguor. Para alcanzarnos a tiempo deberán enviar un pequeño grupo de rastreadores, podremos vencerlos con facilidad.

El suboficial Wolz caminó entre los viajeros y les indicó que retomarían la marcha en tres horas, le dio otro trago al ron y lo guardó en la alforja.

—Se me dijo que te manejas muy bien con la espada —le dijo, limpiándose la humedad de la barba—, ¿es eso cierto?

—Y con los cuchillos —le dijo mientras, en un rápido movimiento, lanzaba una daga que pasó junto a la cabeza de Dreimjold y se clavó en un árbol que yacía tras él; de repente, se vio apuntado por dos arcos y había una espada besando su cuello. Wolz rio y les ordenó a sus hombres que bajaran las armas.

—Sería una buena historia para contar, ¿no es así? "maté al suboficial Dreimjold de la Hermandad Bastarda" —Wolz extrajo la daga y la clavó en la tierra, justo entre dos dedos de la mano derecha de Korian, quien continuaba sentado en el suelo—. Es una lástima que no tendrías la oportunidad de vanagloriarte.

—Lo siento si lo he ofendido —repuso Korian, cerrando los ojos para dormir un poco—. Simplemente le demostraba que sé cómo defenderme. Supongo que tuvo que cobrar menos por ese detalle.

Korian sabía que, si bien la Hermandad era conocida por su honorabilidad y excelentes resultados, se trataban de mercenarios; y para ellos no había nada que no tuviera un precio, por muy alto que este fuera.

Pasadas las tres horas continuaron el viaje, de vez en cuando un hombre salía de entre los árboles para susurrarle cosas a Wolz al oído, y desaparecían en la oscuridad de la noche tan rápido como habían aparecido. El suboficial los detuvo a pocos metros de la salida del bosquecillo que daba hacia un pequeño poblado que vivía de la caza y la pesca.

—Habrá una emboscada antes de llegar al pueblo, nada de temer, se trata de una pequeña guarnición de una decena de hombres, nos recibirán cruzando el arroyo —Wolz se mantuvo pensativo unos instantes, observando a cada uno de sus hombres con detenimiento—, Gomnik, Rals y Feilar; vayan con Reivlar Gronf, díganle que desplieguen el ataque

furtivo, nosotros apresuraremos la marcha —el suboficial miró a los que se quedaron—. ¡Formación!

Wolz volvió a dar media vuelta con el caballo e hizo que avanzara más rápido, el resto del grupo hizo lo propio. Mientras avanzaban, Korian notó que cuatro hombres cabalgaban muy cerca de él, uno adelante; otro atrás; y uno más a cada lado; todos con el arco preparado y con el escudo en la espalda. Un poco más alejados, había cinco más cabalgando en torno a ellos, formando una especie de pentágono; se percató de que todos ellos llevaban la mano en el pomo de sus espadas; por su parte, Wolz seguía adelante, liderando la marcha.

Varias horas más tarde, el cielo empezaba a esclarecerse y las estrellas a desaparecer. Tras ellos, el bosque se hacía cada vez más pequeño mientras continuaban avanzando entre la maleza y uno que otro árbol solitario. A lo lejos, Korian divisó el riachuelo y se percató de que había un hombre pescando con una red que hábilmente arrojaba al agua, llevaba un sombrero de paja y un camisón de tela roja moteada de blanco; Wolz apresuró un poco la marcha para acercarse a él. Desde donde estaba, Korian no supo lo que le estaba diciendo, pero cuando vio que el hombre se marchó a toda prisa de allí entendió que el suboficial quería salvarle la vida al humilde pescador.

—¡Es hora de cruzar el río! —les gritó el suboficial Dreimjold. La formación avanzó rápidamente hacia él y, en cuestión de pocos minutos, empezaron a atravesar el río. Los arqueros prepararon sus flechas y los demás desenvainaron sus espadas; Korian hizo lo mismo.

De improviso, escucharon ruido proveniente de los matorrales que había en frente, quejidos de dolor y, luego, el sonido metálico de una batalla y de pasos que se acercaban a ellos. De entre los grandes arbustos y la maleza emergieron seis hombres que vestían los colores de Heffelmaunt en sus ropajes, azul claro, amarillo lechoso y verde. Los sujetos corrían torpemente, dos con arcos en mano y otros con estoques. Los hombres de la hermandad que estaban más cerca de Korian los bañaron en una lluvia de flechas que disparaban con gran velocidad, y los seis sujetos cayeron al suelo, derramando su sangre sobre la maleza; uno de los tipos se arrastró hacia la orilla del río, quizá para lavarse las heridas o suplicar clemencia, pero antes de que dijera una palabra Wolz le perforó el cuello con su espada, inclinándose un poco desde su montura, limpió le hoja con su pantalón y volvió a envainarla.

Cuatro hombres más salieron de entre los matorrales, de los cuales Korian reconoció que dos de ellos eran Rals y Feilar; y adivinó que uno de los otros dos era ese tal Reivlar Gronf. Wolz habló con ellos, desmontó de su caballo, se internó en los matorrales y retornó con un cadáver entre sus manos. Cuando lo ubicó junto al río, Korian supo que se trataba de Gomnik. Todos se acercaron en torno al cadáver, Wolz se agachó junto a

él y se sacó una navaja del pantalón, le quitó la camisa ensangrentada dejando al descubierto una enorme herida en el pecho de la cual aún brotaba sangre. Con la navaja comenzó a arrancarle un tatuaje del hombro, la marca de los Hermanos; era un grabado extraño cuyo origen y significado había sido olvidado hacía mucho tiempo. El suboficial limpió la tira de piel en el río y la envolvió en un trapo antes de guardarla en una de las alforjas. Wolz le ordenó a Reivlar y a Rals que se encargaran del cadáver y continuaron su camino a través de los matorrales.

—El resto del camino está libre, atravesamos el pueblo y entregamos al sujeto —le dijo Reivlar Gronf, un hombre de apariencia adusta, cabellos negros y ojos de un azul cristalino como el mar Egelsh.

—¿Y el camino sagrado? —le preguntó Wolz.

—Estamos en ello, señor Dreimjold.

Tras poco más de un día de marcha, atravesaron el pueblo y llegaron a una llanura flanqueada por ríos un poco más grandes que el que habían atravesado; en la llanura había algunas casas hechas de piedra y roble que estaban aisladas por unas cercas. <<Muy bien elaboradas para ser de simples pobladores>>, pensó Korian mientras veía que tenían su propio jardín y dos pisos cada una; aquello parecía alguna suerte de condominio. De repente, su atención dejó de pertenecerle a aquellas bonitas casas, dirigió su mirada al sur y logró distinguirlo a lo lejos, el más sagrado de los bosques, Darinder; el lugar en donde se había dejado caer de rodillas, rindiendo su espada y su libertad.

—Nos vamos —le dijo Dreimjold en voz alta, para que todos pudieran escuchar—. Debes ir a esa casa de allá, la que está casi cerca del río. Ahí te espera tu destino.

—Mi destino está más al sur —le contestó. Tomó con firmeza las riendas de su caballo y se dirigió hacia donde le habían indicado.

Cuando finalmente llegó a aquella bella casa fue recibido por Yharel, quien se encontraba sentado en una silla de madera recubierta de una especie de bejuco esponjado. Yharel tenía el cabello bastante voluminoso, y algunas canas podían entreverse entre aquella mata de cabellos desordenados; el hombre sonrió y abrió la verja de la cerca para dejarlo pasar.

—Siete años han pasado, y te sigues viendo igual de joven y fuerte —dijo Yharel poniéndole una mano en el hombro—, pronto serás libre, y todo gracias a mi bondadosa tía. Fueron bastante cercanos, por lo que puedo notar; ella no quiso hablarme al respecto.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, cambiando toscamente de tema

La sonrisa de Yharel se borró de su rostro, le indicó a Korian que ingresara a la casa y este hizo lo propio. Ambos tomaron asiento en la mesa principal del comedor y Yharel le sirvió un té de uvas en una pequeña copa de plata, y galletas de avena en un plato pequeño del mismo material.

—¿Cuál más si no atravesar el bosque hacia tu puto país?

—¿Por qué accediste a ayudarme, Yharel? Claramente no es porque te caiga bien.

Yharel lo observó en un colérico silencio, tenía el entrecejo fruncido y lo ojos inyectados en sangre. Tomo una galleta, la remojó en el té y se la metió a la boca.

—Detesto tu raza con el alma; toda esta maldita guerra ocurrió porque no fueron capaz de respetar los bosques sagrados. No fueron capaces de entender que hay cosas en el mundo que no pueden ser profanadas por nosotros, por nadie, tarem o nesh —Yharel observó su copa con té, como buscando las palabras más adecuadas para expresarse—. Pero la esclavitud es una línea que nunca debimos cruzar —dijo, finalmente—. Debo admitir que en un principio me generaba satisfacción verlos en esas condiciones... pero con el tiempo comprendí que ni siquiera seres como ustedes merecen algo tan aberrante.

Korian lo observó con aire reflexivo, imaginando lo que pensaría si le dijera que ellos mismos se esclavizaban, a su propia raza. El Magno Imperio de Dackgrouer albergaba oscuros secretos, sobre todo tras las enormes murallas de su capital, pero eso era un tema del que pocos se atrevían a hablar.

—Necesito que me respondas algo —le dijo Yharel al percatarse de que Korian no rompía su silencio—. ¿Qué hay entre mi tía y tú?

—Nada —le contestó él, sin dudarlo un instante. ¿Qué podría haber? Él estaba ahora muy lejos de ella, y cada día estaría más y más lejos—. Nada en lo absoluto —repitió, pero esta vez fue a sí mismo, tratando de asimilarlo.

Vílaris había sido su vida entera tras la muerte de su hermano. Vaguor, por su parte, se había vuelto demasiado orgulloso, pero aun así lo amaba como a un hijo. Pero a ninguno amó como a la mujer de Ocox, aquellos ojos púrpuras brillantes, esos finos labios de un rojo pálido y sus lunares provocativos en lugares prohibidos.

—Bien, tendré que creerte —añadió Yharel—. Toma una ducha y descansa lo que resta del día, por la noche vestiremos con el uniforme de Lerivoff y empezaremos nuestro recorrido hacia el sur. Hay muchos reclutas nuevos, por lo que solo tenemos que preocuparnos de que no te vean el color de los ojos, así que no hagas contacto visual con nadie y mantén la mirada en el suelo.

Korian pudo dormir unas cinco horas antes de que Yharel lo despertara, ambos vistieron los uniformes verdiblancos con la insignia del Árbol Madre sobre el pecho. Llevaban en el cinto las espadas que tenían grabadas los tres árboles de los bosques sagrados sobre un acero blanquecino de un ligero tono verdoso. La empuñadura era verde, y sobre ella reposaban letras blancas que formaban palabras en la lengua de los antiguos hombres, el idioma que, hacía más de seis mil años, hablaron las primeras familias que existieron.

Bajo la noche estrellada de una luna menguante cabalgaron hacia el bosque, y ya estando frente a él Korian sintió un fuerte escalofrío recorrerle el cuerpo. Recordó su espada cayendo al suelo en algún punto de la zona sur de Darinder, pensó en las primeras cadenas que lo ataron, y entonces el valor se apoderó de él. No había vuelta atrás, no volvería a soltar su espada, y no habría más cadenas atándole las muñecas, las últimas se las había entregado a Kerevan, estaban muy lejos de él como para atormentarlo.

—Es hora de atravesar el bosque hacia mi puto país —le dijo, decidido.

—¿Qué planeas hacer con tu libertad? —le preguntó Yharel, con su mirada clavada en el bosque milenario.

—Devolverles la suya a los que se la han arrebatado. Ese es mi sueño... mi sueño de libertad.

LAS CADENAS DEL REY

Capítulo 4: Dinastía

Año 1472 a.C. (antes del Concilio)

Mounfel, Capital del reino de Heffelmaunt

La corona de oro tintado de azul cielo y adornada con zafiros y topacios amarillos le pesaba sobre la cabeza; vestía una túnica del mismo color de su corona que llevaba bordado el símbolo del reino, una espada de color amarillo lechoso de la que se desprendían ramas y hojas de un verde vivo. Los anillos en sus dedos hacían juego con sus ropas, lo único que no combinaba con su vestimenta eran sus ojos de un gris opaco.

Una vez acomodado en su silla, se ajustó el cinto que cargaba su espada y le hizo una seña a un siervo para que pasaran los miembros de su Consejo. El primero en entrar fue el Maestro Agler, quien entró torpemente cargando unos pergaminos bajo las axilas; tras él entró Vaguor, el capitán de su guardia personal; y por último Ocox, su padre y tesorero del reino.

—¿Qué es lo primero? —le preguntó el rey Kerevan al Maestro Agler.

—Jover y Valtimok no se tomaron nada bien su decisión de no hacer parte de la Alianza Tarem del Norte, mi rey —Agler tenía los ojos de un color ámbar brillante, y en torno a ellos tenía muchas arrugas y algunas manchas oscuras sobre la vieja piel—. Dicen que no abandonaran sus planes de invadir el Magno Imperio de Dackgrouer.

Antes de la rebelión de Kerevan, el rey Operg había dado su palabra a los líderes de Azerdok y Elamlath de que aportaría una gran parte de sus soldados para la conformación de un ejército común que pretendía tomar el Gran Imperio del Sur; sin embargo, cuando Kev derrocó a Operg cambió radicalmente el rumbo del reino, y les hizo saber respetuosamente a los aliados de su predecesor que no tenía intención alguna de invadir el sur.

Kev le arrojó una mirada a su padre, cediéndole la palabra de forma tácita.

—A diferencia del norte, el sur está muy unido. No veo prudente tener malas relaciones con Azerdok y Elamlath; ellos se independizaron de Operg y, aun así, él se alió a ellos después —le dijo Ocox, con el rostro denotando gran preocupación.

—La guerra ya se acabó —les dijo en un tono fuerte y tajante—. La ganamos la noche en la que yo nací. Los sagrados bosques son nuestros, Groubler, Darinder y Acrower, los tres. Ya no queda nada por lo que luchar —Kerevan negó con la cabeza y se apartó los cabellos del rostro—. No quiero fragmentar el norte como algunos piensan, no es mi intención. Pero tampoco pretendo involucrar al reino en otra guerra contra el sur, es paz lo que necesitamos ahora, ya tenemos suficientes inconvenientes de este lado del Camino Sagrado.

Aquello era cierto, durante la rebelión el reino se había envuelto en una serie de eventos sanguinarios desencadenados por el descontento de las personas con el gobierno de Operg; y aún años después del duelo entre Operg y Kerevan por la corona, aún había nobles resentidos pertenecientes al bando perdedor y de lealtad dudosa. <<Mátalos a todos>> le había aconsejado su padre, pero Kev no podía simplemente asemejarse al rey que había derrocado.

—Eso lo entiendo —Ocox tomó la palabra, notoriamente molesto—. Pero por lo menos trata de mantener una buena relación con ellos. No los apoyes militarmente, si no quieres, pero tampoco los vuelvas tus enemigos.

—Lo tendré en cuenta —asintió Kerevan, volviendo la mirada hacia el viejo Maestro—. ¿Qué otra cosa hay pendiente?

—El sur, mi rey —dijo el anciano con la voz apagada—. Un hombre está armando un ejército independiente a lo largo y ancho de las naciones Nesh; el sujeto habla de liberar a los esclavos que tenemos acá y en el reino de Érdomer.

—Mientras ellos se preparan para arrasar con nosotros tú pareces esforzarte en debilitar nuestras fuerzas —repuso Vaguor en tono irreverente. Después de sentirse traicionado por Korian había desarrollado cierto desprecio por los Nesh.

—¿Hace cuánto te llegaron esas noticias, Agler? —preguntó el rey, ignorando la insolencia de su primo.

—No son nuevas —interrumpió Vaguor con cierto desdén—. El tipo lleva varios años recorriendo el sur, de occidente a oriente, ganándose el apoyo de algunos lores, y uniendo hombres a su causa.

—¿Y por qué me estoy enterando ahora? —Cuestionó el rey con notoria molestia. Cuando les preguntó aquello todos se estremecieron, a excepción de su padre. De repente, la expresión de molestia desapareció del rostro de Vaguor para transformarse en una mueca que denotaba tensión e intranquilidad.

Pese a que Kerevan era un hombre comprensible y compasivo, también se trataba de alguien implacable y poderoso, un guerrero de temer y un líder como ningún otro. Mucho se hablaba de cómo había vencido a Operg con facilidad portando una espada común, mientras que su adversario llevaba en la mano a Darinder, la más legendaria de las espadas del dios Irath; aquel día Kev obtuvo el trono y aquella espada, y el único precio que su cuerpo pagó fue un pequeño rasguño en la rodilla del cual ahora no

quedaba ni el más remoto vestigio.

—Hasta hace poco a nadie le parecía la gran cosa —bufó su padre, encogiéndose de hombros y acomodándose en la silla—, no era algo lo suficientemente relevante como para ser atendido por el rey. Pero el movimiento ha tomado fuerza y hasta un nombre.

—Se llama Vramiayuk —dijo Vaguor.

Kerevan arrugó el entrecejo y se mantuvo pensativo unos segundos, como si tratase de recordar algo aprendido hacía ya muchos años.

—Vrammia Y-Uk —dijo, detenidamente. De improviso, en su rostro se formó una expresión enigmática que preocupó a todos los presentes—. ¿Saben lo que significa eso?

—No, mi rey —contesto Agler tras meditarlo un poco.

—"Vrammia" significa, literalmente, "Libertad". La letra "Y" es un prefijo para determinar que se es hijo de alguien. "Uk" significa "Dios", es decir, Eiinay; los antiguos hombres solo creían en la existencia de una sola deidad, y así es como a ella se referían.

Agler era bastante sabio, había estudiado en la Universidad de la Ciudad-Estado de Zzhut y había conseguido grandes logros como catedrático de la institución. Sin embargo, él mismo reconocía que Kerevan era mucho más sabio que él. Pese a llevarle más de ciento cuarenta años de diferencia, Kerevan era infinitamente más ilustrado.

—"Libertad a los hijos de Eiinay" —continuó el rey, elevando la voz gradualmente, caminando inquieto a lo largo y ancho del salón—. ¿No lo vieron venir Operg y Regrad? ¿Por qué cometer la estupidez de tomar esclavos? ¡Era lógico que iban a resentirse! ¡Era evidente que no se lo iban a tomar nada bien!

Al dejar caer su puño sobre la mesa provocó que la gruesa madera se agrietara un poco, y el movimiento que hizo ocasionó que los eslabones de la cadena que llevaba amarrada a la empuñadura de la espada entrechocaran con violencia.

—Era la única forma de ahorrar recursos... —anunció Ocox antes de que su hijo le ordenara que guardara silencio con un gesto repentino.

—El sur se está recuperando mucho más rápido de la guerra que nosotros, ¿cómo lo sé? Es bastante simple, de hecho —Kerevan se quitó la corona bruscamente y la puso sobre la mesa; odiaba llevarla puesta, su peso le parecía exagerado y, además, le escocía el cuero cabelludo—, se están

dando el lujo de armar un ejército unificado bajo nuestras narices.

—¿Y qué planeas hacer? —preguntó Agler—, ahora no parece tan mala idea eso del ejército de la Alianza... ¿cierto?

—Eso sería apresurar las cosas —reconoció Ocox, pensativo, y Kerevan asintió—. Armar un ejército ahora será provocar que los sureños empezaran a actuar, y en estos momentos ellos tienen las de ganar.

—Precisamos unos cuantos años de paz para poder enfrentar las posibles amenazas de los sureños —Kev repasó su mirada sobre los rostros de sus consejeros y dejó escapar un suspiro casi imperceptible—. Antes de continuar con lo que viene, ¿hay alguna otra cosa que deba saber sobre Vramiayuk?

—Le tienes que decir, tarde o temprano, pero tienes que hacerlo —le dijo Vaguor a Ocox, encogiéndose de hombros.

—Es Korian —le reveló su padre, hablando con el mayor tacto posible, como si supiera que aquel nombre afectaría a Kev—, ese... caudillo sureño... es Korian, hijo.

Instintivamente, Kerevan puso la mano en la cadena que llevaba atada a la empuñadura de Darinder, la espada que había tomado del cadáver de Operg. El rostro de Kev se mantuvo inexpresivo, la sala del Consejo Real fue consumida en un silencio largo e incómodo, y las miradas tensas se posaron sobre él.

—Bien —consiguió decir en un murmuro casi inaudible.

—¿Bien? —cuestionó su padre— ¿Qué quieres decir con "bien"?

—Que eso no cambia nada —dijo el rey, esforzándose por mantener el rostro impasible, con la mirada indiferente fija en los ojos de su padre—. Para hacer frente a ambos problemas y no apresurar el inicio de una guerra que parece inminente, Agler enviará un mensaje al gran Regrad de Los Ríos. Le dirás que está invitado al cumpleaños de mi esposa, y que me placería enormemente su asistencia.

Regrad era nada menos que el fundador y rey de Érdomer. Años antes de que iniciara la guerra, Regrad había conseguido hacerse con una de las legendarias espadas de Irath, un arma de cuya hoja podía emanar una enorme cantidad de fuego que envestía a sus enemigos ferozmente, dejando de ellos tan solo polvo y huesos calcinados.

—No está mal —dijo Vaguor, con un gesto de aprobación—, con Operg muerto no hay nada que impida una alianza entre ambos reinos; sería una

muy fuerte alianza, a decir verdad.

—Quiero que me mantengan informado siempre, sobre todo, por muy insignificante que pueda parecer. Tratándose de los sureños debemos ser precavidos —Kerevan tomo agua de su copa y le hizo una señal a Agler para que hablara.

—Hay un asunto más... mi rey.

—Adelante —le dijo, una vez tragó el agua. Pese a la indicación, Agler fue incapaz de hablar. Su rostro se tornó pálido y, de repente, empezó a sudar—. ¿Algún problema, Agler?

—Está asustado —le dijo Vaguor, recostado con poca elegancia sobre el espaldar de su asiento—, no es capaz de decirte el otro asunto.

—¿De qué se trata?

Vaguor le arrojó una rápida mirada a Ocox, como en busca de la aprobación de su tío, dejó escapar un suspiro y retornó su atención hacia el rey.

—Llevas diez años casado con Kaláh, y aún no te ha dado un solo hijo —Vaguor volvió a encogerse de hombros—. Creemos que deberías desposar a otra mujer.

Kerevan mantuvo su mirada inexpresiva sobre Vaguor, se puso de pie y caminó hacia él con pasos lentos pero firmes. Mientras el rey caminaba, tan solo se escuchaba el eco de sus pasos retumbantes y el sonido constante proveniente de su cadena. Una vez frente a Vaguor, extrajo su mano derecha de la túnica y lo abofeteó tan fuerte que la silla se movió de su sitio, provocando un ruido chirriante en el suelo de piedra.

—Un rey necesita un heredero —le dijo Vaguor, mientras le salía un hilillo de sangre de entre la comisura de los labios.

—Y el capitán de la guardia del rey necesita su cabeza —anunció Kerevan hoscamente, volviendo la mano a su sitio—. No quiero escuchar una sola palabra sobre ello, ni una más —Kerevan observaba ahora a su padre y a Agler, pero su mirada se había tornado severa, la mera ofensa contra Kaláh había sido suficiente para hacerlo perder la compostura—. Es la honra de la reina de lo que están hablando, y faltarle el respeto a mi mujer es como faltármelo a mí mismo.

—Eso... es... es todo, mi... su majestad —le dijo Agler al notar que Kev tenía los ojos grises fijos en él, como incitándolo a hablar. La mirada del rey era una incisiva y atemorizante, que parecía escudriñar en cada rincón de su mente, como si se metiera en su cabeza e intentara descifrar sus

pensamientos.

—Entonces declaro la sesión terminada —Kerevan dejó caer su túnica de gala sobre la mesa y dejó al descubierto una camisa de tela gruesa sin mangas. Salió rápidamente del salón y empezó a caminar hacia sus aposentos.

Tras desplazarse por una serie de largos pasillos, se detuvo de golpe al percatarse de que estaba siendo perseguido por alguien. Dio media vuelta y puso la mano sobre el pomo de su espada, adoptando una postura señorial y amenazante.

—¿Qué quieres? —le preguntó a su padre en un tono agresivo.

—Quería disculparme contigo, en nombre de todos, por haberte ofendido —le dijo Ocox, acercándose a él y poniéndole una mano en el codo de forma afectiva—. Sabes bien que no era esa nuestra intención, simplemente nos preocupamos por tu linaje.

—Ese es mi problema.

—No, es nuestro problema —Ocox le apretó el fornido brazo con firmeza—. Tu vida dejó de pertenecerte en el momento en el que decidiste sentarte en ese trono.

—Es lo que esperaban de mí —repuso Kerevan, apartando la mano de su padre tomándolo de la muñeca con fuerza—. Tú me pusiste ahí, alimentaste la revolución y me hiciste cargar con el peso de tus ambiciones. ¿Ahora se supone que debo permitir a otros meterse en mi vida privada por hacer algo sobre lo que nunca tuve opción?

—Nunca tuviste opción porque siempre fue tu deber. Supe desde que naciste y te miré a los ojos que habías nacido para grandes cosas. Tus ojos son grises como el color...

—"De la noche en la que el norte ganó la guerra" —lo interrumpió en un tono sarcástico—. He escuchado eso demasiadas veces ya.

—Escucha, Kev —dijo su padre tras un suspiro—, entiendo que no quieras tomar otra esposa, sé de sobra cuánto amas a la reina. Pero hay que asumir que es estéril, no te va a dar un hijo jamás.

Kerevan le dedicó una mirada enigmática, aquellos ojos grises se clavaron en Ocox de forma inquisitiva, y su rostro se mantuvo inexpresivo, denotando siempre la serenidad que no existía en su interior.

—¿A qué quieres llegar?

—Está bien, no tomes una esposa —alegó Ocox, esbozando una extraña sonrisa—. Pero podrías, tal vez, encamarte con otra mujer y poner tu semilla dentro de ella. Y para no faltar el respeto a tu mujer lo mantendríamos en secreto, acá en el castillo, y cuando nazca tu heredero lo presentarás como hijo tuyo y de tu esposa.

Cuando Ocox sintió el particular olor que desprenden las plantas trató de apartarse rápidamente de su hijo, pero fue demasiado tarde, su brazo se vio envuelto entre docenas de raíces verdes que lo apretaban con fuerza, ocasionando que la piel se le tornase de un tono violáceo.

—Jamás vuelvas a faltarle el respeto a mi mujer —dijo el rey, con la mano en el pomo de su espada, de cuya hoja provenían aquellas extrañas ramas que se encontraban en torno al brazo de su padre.

—¿Te atreves a usar esa espada contra mí? ¡Soy tu padre!

—No le faltes el respeto a tu reina —contestó Kev—. No toleraré esa clase de insolencias, ni siquiera a ti. Como tesorero del reino tienes mucho trabajo por hacer, puedes retirarte.

Sin esperar respuesta alguna, Kerevan dio media vuelta, soltó el pomo, y las raíces liberaron el brazo de Ocox para meterse lentamente en la vaina de la espada y desaparecer súbitamente en la hoja del arma. Ocox lo observó, airado, mientras se sobaba las marcas rojas que tenía ahora en el adormecido brazo.

Cuando Kerevan ingresó a su habitación y vio a su hermosa esposa sentada al borde de la cama, sintió que las preocupaciones desaparecieron súbitamente; el olor de su perfume lo llevó a un lugar feliz, un lugar en donde era libre, en donde no tenía que llevar puesta una corona y una túnica para ser amado o escuchado. Kaláh lo miró con dulzura y le sonrió, y aquello lo hizo sentir que nada más tenía importancia, y que por un momento no había ni norte ni sur, no había guerras ni tampoco un reino que gobernar.

—¿Cómo ha ido la reunión, amor mío? —le preguntó la reina, poniéndole las delicadas manos sobre sus fuertes brazos.

—Están preocupados porque no tengo aún un heredero —contestó, apartando su mirada de los ojos lilas de Kaláh, como obligándose a despertar de un hermoso sueño.

La reina volvió a sentarse en la cama, pero las lágrimas empezaron a caerle de los ojos sin que ella pudiera evitarlo, como si hubieran estado

contenidas por demasiado tiempo.

—Lo siento, vida mía... —la reina se tomó el abdomen con firmeza, como esperando que algo se moviera dentro de él. Su voz era un leve susurro ahogado en agonía—. Lamento no poder formar en mi cuerpo un fruto de nuestro amor.

Kerevan observó los cabellos de su esposa, eran ondulados de un rubio cenizo que centelleaba reluciente ante la luz de las velas; se sentó junto a ella y la tomó de las manos con ternura.

—El día menos pensado llevarás un hijo mío en tu vientre, yo lo sé —le dijo él en un susurro tranquilizador, acariciándole las manos y rosando su rostro contra el de ella de forma afectiva—, y seremos los padres más amorosos del mundo. Imagínalo, seríamos tú, yo y un hermoso bebé fruto de nuestro infinito amor. Tendrá el hermoso cabello de su madre y...

—Los ojos de su padre —dijo Kaláh de improviso, con el rostro congestionado y una hermosa sonrisa dibujada en las redondas facciones de su cara. Cuando Kerevan escuchó eso, por primera vez en mucho tiempo los ojos grises se le humedecieron.

Sí... —dijo Kev, al borde de las lágrimas, con el corazón lleno de ilusión y de alegría ante aquella sola idea—. Eso sería maravilloso.

Tras largas miradas y dulces caricias, Kaláh comenzó a desabrocharle el cinto de la espada, provocando que esta cayera al suelo ocasionando un ruido metálico ahogado por la vaina. Cuando Kerevan estuvo desnudo de la cintura para abajo y su miembro erecto yacía descubierto, ella se despojó de su ropa interior y levantó el vestido mientras se subía sobre él para sentirlo dentro de ella. Algo en lo más profundo de su corazón le decía que aquella vez su vientre fértil recibiría la semilla de Kev, y que en él crecería un hermoso niño de cabellos plateados y ondulados, de finas y hermosas facciones, y de preciosos ojos grises.

—No serán como los de una noche siniestra y sanguinaria —le dijo ella entre susurros y gemidos mientras se movía con vehemencia—, sino que serán como el de la luna que se cierne sobre esta hermosa noche.

Capítulo 5: Vramiayuk

Año 1472 a.C. (antes del Concilio)

Orain, ciudad portuaria de Arkanat

Arkanat era la más oriental de las naciones sureñas y, por consiguiente, se hallaba flanqueada por la inmensa cordillera Nahjar; en lo más sureño de aquella nación se erigía imponente una orgullosa ciudad de comerciantes, pesqueros y guerreros, Orain, una de las más antiguas urbes creada por el hombre al sur del Camino Sagrado. Las calles de la ciudad serpenteaban de forma irregular entre millares de edificios hasta encontrarse en un mismo punto, el centro de la ciudad, el fuerte del alcalde Rufgler. Aquel fuerte se componía de un único e inmenso torreón del cual en su parte más alta se desprendían unas almenas en forma de enormes brazos rocosos. Frente a las inmensas puertas metálicas había una gran escalera de piedra blanca como la nieve que contaba con largos escalones que llevaban hacia la plaza de La Luz, nombrada así en honor a una orden que, varios miles de años atrás, había luchado contra los nigromantes durante los siglos que duró la infame Edad Oscura.

Sobre uno de los más altos escalones yacía Korian de pie, observando al millar de personas que se habían agrupado en la plaza para escuchar al afamado caballero de la libertad. Rufgler estaba parado algunos escalones más abajo, orgulloso de encontrarse bajo la sombra del gran Korian, un hombre que sin ser de alcurnia había logrado ganar su corazón con sus ideales.

—Mi historia la habrán escuchado cientos de veces —dijo Korian en un tono tan fuerte e imponente que era imposible no escucharlo e hipnotizarse con su voz—, la historia de un hombre que fue a la guerra con espada en mano, y terminó en el norte con cadenas en sus muñecas y el orgullo deshecho. ¡Catorce años he viajado de este a oeste desde que recuperé mi libertad! Desde las gélidas e intrigantes tierras de Shagat hasta acá, la rica y próspera nación de Arkanat, he deambulado alzando mi voz —Korian tenía el cabello y la barba recortados, llevaba ropas limpias y un aspecto impecable—. ¡Soy el emisario de la libertad!, soy quien habla por sus hermanos, esposos, hijos, amigos y vecinos que aún cargan cadenas en sus corroídas muñecas, que lejos de sus hogares son obligados a vivir como animales en almacenes y graneros. Hombres y mujeres de ojos cafés, azules y verdes viven sin vivir realmente, sometidos a la impía voluntad de seres desalmados...

<<¡Norteños! ¡Tarem! ¡Muerte a los norteños! ¡Muerte a los Tarem! ¡Libertad!>> exclamaba la multitud con ira incontenible. Antes de continuar, Korian esperó a que cesaran los gritos.

—¡Se los juro por el sur y por los Nesh! —gritaba Korian mientras se golpeaba el pecho con violencia—, ¡no descansaré hasta que todo el sur se una bajo un mismo estandarte, la bandera de la libertad!

¡VRAMIAYUUUUUUUK!

El grito de Korian estremeció a todos los presentes, quienes clamaron al unísono <<VRAMIAYUK, VRAMIAYUK, VRAMIAYUK...>>.

—Lord Korian, caballero y emisario de la libertad, Orain se ha unido a su causa, su pueblo está manifestando su voluntad a gritos —le dijo el alcalde Rufgler, quien se había ubicado a su lado. El alcalde se arrodilló frente a él, y antes de que todos hicieran lo propio, Korian también se arrodilló.

—Yo no soy un rey, y no pretendo ser uno —le dijo al alcalde, mirándolo fijamente a los grandes ojos cafés—. Levántate, lord Rufgler, que nuestro pueblo ya se ha arrodillado suficiente.

Ambos, tomándose de los hombros, se pusieron de pie y se estrecharon las manos mientras frente a ellos se levantaban quienes habían comenzado a arrodillarse; sin embargo, los gritos continuaban, y las palabras eran las mismas <<VRAMIAYUK, VRAMIAYUK...>>.

—Gracias, lord Korian —le dijo Rufgler con solemnidad—, gracias por compartir tu noble sueño con nosotros. Sé que un día marcharemos al norte, liberaremos a los nuestros y traeremos a esa escoria norteña encadenada hacia nuestras tierras.

—No, Rufgler —le dijo Korian tajantemente—, no se trata de eso. La libertad es hija de la justicia y enemiga de la venganza; no romperemos unas cadenas para forjar otras nuevas.

Rufgler asintió levemente y le dedicó una profunda reverencia.

—Es usted un hombre sabio —le dijo—, Eiinay lo ha bendecido.

—Por Eiinay —contestó Korian, cerrando el puño sobre su pecho, allí donde sentía más fuerte el latido de su corazón.

Korian retornó a la Posada Soleada, lugar donde él y algunos de sus compañeros de viaje se estaban hospedando. La dueña del lugar era una señora que superaba los cuarenta años pero que se conservaba bastante bien, además, la comida era bastante buena y los lechos muy cómodos, de los pocos lugares en los que los miembros de Vramiayuk conseguían renovar sus energías por completo. Luego de tomar el almuerzo, Korian subió a su sencilla pero cómoda habitación, él había aprendido a encontrar confort en ese tipo de ambientes. Su compañero de cuarto y gran amigo, Belfarn, se había pasado de copas otra vez, e iba y venía por los pasillos provocando mucho ruido con sus torpes pisadas y cantando en voz alta alguna canción vrammiana que había aprendido la noche anterior en un estanco de mala muerte. Al empujar la puerta, Blefarn hizo que la perilla

se golpeara contra la pared, se dejó caer sobre el lecho y bostezó con fuerza.

—Porque en los caminos de la grandeza... viajaba el siervo de la luz y de la vida... —murmuraba Belfarn tirado en la cama, observando el techo.

—Duerme, mi buen amigo, duerme —le dijo Korian, sentado en el borde de la cama y con una sonrisa burlona en el rostro—. Partiremos en el alba, cuando las aguas del Cobel son seguras.

—Las aguas del Cobel son siempre seguras —le contestó su compañero en un bostezo.

—No en los tiempos que corren, amigo mío, Horiumstein está viviendo una guerra civil, y ahora el mar es un lugar peligroso.

—Entonces no vayamos para allá, porque... por... —Belfarn se había quedado dormido de golpe.

—Tiene razón —repuso Saira desde la entrada, otro de los compañeros de viaje de Korian—. Nos está yendo bien en el continente, en pocos años habrás unificado todo el sur.

—El emperador de Dackgrouer no se sumará a nuestra causa si no considera a Vramiayuk un poderoso aliado, debo ir a Horiumstein y buscar a Dreimjold.

—Son muchas leguas por recorrer, Korian, y el riesgo es enorme —insistió ella, con la mirada color miel fija en él—. Tú mismo lo dijiste, el mar Cobel ahora es un lugar extremadamente peligroso.

—La decisión está tomada, Saira —repuso él, obstinado—. Debemos incrementar nuestros números, tenemos que hacernos con más aliados. Los norteños tienen en su poder dos de las espadas de Irath, esas espadas son capaces de arrasar con ejércitos enteros; no podemos ser conformistas.

Saira se sentó junto al cuerpo inmóvil de Belfarn y se cruzó de brazos.

—¿Cómo se supone que venceremos a semejantes enemigos? —preguntó ella con notoria preocupación.

—Con inteligencia —le dijo, tocándose tres veces la frente con su dedo índice—. Retrocederemos hacia el sur para avanzar al norte con más fuerza. El tiempo está a nuestro favor, Saira, lo que se espera es que apresuremos las cosas... y si hacemos lo que ellos esperan que hagamos

estaremos perdidos.

Aquella noche las estrellas brillaron con gran intensidad en el cielo larthiano, la luz nocturna se apoderó de las calles y de los callejones solitarios. Korian estaba sentado junto a la Barcaza de Valtimok, un monumento de piedra erigido en la orilla en la que, según narran las leyendas, desembarcó el héroe que trajo la luz de regreso al mundo hacía miles de años. El sonido del vaivén del mar bañando la costa era placentero para él, era su cuota de calma después de largos días de caminar entre los pueblos y las ciudades sureñas, de alzar su voz entre las multitudes.

—Trece noches llevo viniendo a la Barcaza —dijo en voz alta al escuchar tras él el sonido de unos pasos sobre la arena—, empezaba a creer que no ibas a venir.

—Me alegra que te haya llegado mi mensaje —le dijo el sujeto.

—¿A qué has venido?

—Mi tía quería que te diera esto —le dijo Yharel, entregándole un sobre bastante arrugado y con manchas marrones—. Quería saber si estás feliz... Está destrozada, Korian, aún lo está.

—Dile que estoy bien —contestó Korian con sequedad. Observó brevemente el sobre y lo rompió en cientos de pedazos—. No tienes que decirle que no leí su mensaje, si no quieres.

—Ya no la amas...

—Han pasado más de diez años, Yharel. Ahora mismo hay una sola cosa que importa.

Yharel suspiró y se sentó junto a él, observando las estrellas con atención. Korian lo miró con los ojos levemente humedecidos y luego dirigió su mirada a la arena.

—¿Cómo está ella? —finalmente preguntó.

—Está sola, Korian. Desde la rebelión ha estado sola en el fuerte, Ocox se fue a Mounfel a ayudar a su hijo a gobernar el reino.

Instintivamente, Korian se acarició la cicatriz que Ocox le había dejado en la frente, pensar en ello le provocó una extraña sensación de mareo.

—¿Quién lo diría? El pequeño Kev, rey de Heffelmaunt, el hombre más poderoso del norte —sonrió al recordar al niño de ojos grises. Con el tiempo había olvidado el rostro de Vílaris, pero jamás pudo olvidar el del

pequeño Kev, lo había amado como a un hijo.

—El pueblo lo adora, se dice que nunca hubo en el reino un soberano tan justo. Tuviste que haberlo visto en batalla, Korian, es... es... no existe forma de describirlo. Salía de sangrientas batallas sin un rasguño, tan solo bañado por la sangre de sus rivales. Venció a Operg en una batalla uno contra uno, aun teniéndolo rodeado con su ejército le dio esa oportunidad, y lo derrotó usando una espada común, logró vencer al portador de Darinder con un arma cualquiera —cuando Yharel hablaba del rey sus palabras salían de su boca con devoción y los ojos se le iluminaban—. Una persona puede llegar a odiar a Kerevan, pero no existirá nadie en el mundo que no lo admire, ni siquiera sus enemigos.

—Yo no soy su enemigo —por la forma en la que Yharel había dicho eso último, supo que se estaba dirigiendo a él—, pero si se interpone en el camino de la libertad no tendré más remedio que enfrentarlo.

—Morirás —dijo Yharel al instante—, tanto si usa a Darinder como si no.

—Pues que así sea —dijo Korian, levantándose de golpe y extendiéndole la mano para ayudarlo a levantar—. Fue un placer verte de nuevo, Yharel.

Yharel le tomó la mano y se incorporó de un salto, asintió levemente y se marchó de allí sin decir una palabra más. Korian se mantuvo de pie un rato más, observando como los pedazos de la carta de Vílaris se alejaban junto a la brisa. Quiso preguntar sobre Vaguor, pero el sabor amargo del último recuerdo con él hizo que se le ahogaran las palabras en la boca.

Capítulo 6: El esclavo coronado

Año 1472 a.C. (antes del Concilio)

Mounfel, Capital del reino de Heffelmaunt

El rey Regrad llegaba junto a su séquito a la entrada del castillo mientras el sol se ponía al este, sumergiéndose lentamente en el mar Krish. Junto a Regrad venía su señora esposa; su hija pequeña; los padres de su mujer; el lord Bernal de la antigua ciudad comercial de Ilirdul; y otros cuantos señores menores que buscaban mezclarse entre la más alta nobleza norteña. Tras ellos llegaban viajeros de toda clase, malabaristas de Azerdok, bardos de Elamlath, comediantes desde Isla ígnea, y muchos artistas variopintos provenientes de cada rincón del norte larthiano.

En el castillo, el rey de Érdomer fue recibido de la mejor forma posible, la logística organizada por Ocox había sido más que digna, las comidas eran abundantes, y el festejo extravagante a la vez que organizado. En medio del patíbulo frontal, entre los árboles y los arbustos perfectamente podados, se detuvo el carruaje principal. El vehículo era del color del oro batido, estaba adornado por cientos de rubíes centelleantes, tenía los ventanales cubiertos con cortinas de terciopelo escarlata y los caballos que tiraban de ella eran negros y majestuosos corceles.

Regrad de Los Ríos, entre ovaciones, fue el primero en bajar del carruaje. Regrad ayudó a bajar a sus suegros, que ya contaban con cierta edad, y a su mujer e hija. Más allá de sus elegantísimas ropas rojas y de su preciosa capa escarlata, lo que más llamaba la atención de Regrad era la espada que cargaba en su cinto, el arma con la que había liberado a Los Ríos décadas atrás y que le había dado el nombre al reino que se erigió sobre aquellas hermosas tierras nororientales. Kerevan se acercó hacia ellos y los saludó afectuosamente, como si los hubiese conocido de toda la vida. Los reyes fueron los primeros en ingresar al castillo, luego lo hicieron los familiares del invitado y después sus esclavos...

Tras varias horas de presentaciones y formalidades, finalmente los reyes estaban a solas. Cuando los guardias cerraron la puerta de la sala de reuniones, el ruido exterior se disipó, transformándose en poco más que sonidos sordos e ininteligibles. Kerevan le señaló un asiento a Regrad y este se sentó.

—Estoy gratamente sorprendido por tan maravilloso y cálido recibimiento, joven rey Kerevan.

—No podía haber sido de otra forma, rey Regrad —señaló Kev, con cortesía—, es usted una leyenda viviente en la historia de Larthos, su nombre será recordado hasta el final de los días, no me cabe la menor duda de ello.

—Usted tampoco es poca cosa, joven rey. Le hizo un favor al mundo al deshacerse de su tirano predecesor, usted hizo algo extraordinario, acabó con la más longeva dinastía de la historia de Larthos.

—Y no es algo de lo que me sienta orgulloso —reconoció Kerevan con solemnidad—, es una lástima que la casa de Guzak haya terminado de esta manera, todo por un gobernante vil e inescrupuloso. Iba a proponer que su hijo sucediera el trono, pero era igual o peor que su padre.

—Escuché algunas anécdotas sobre él —señaló el rey de Érdomer—, la historia te agradecerá haberte encargado de padre e hijo, "Ojos Grises".

—El capitán de mi guardia lo asesinó en batalla.

—El joven Vaguor —dijo Regrad—, su extraordinaria habilidad en combate ha sido objeto de admiración en todo el mundo, y no es para menos, tuvo un maestro espléndido, ¿no lo crees?

Regrad y Kerevan se observaron fijamente a los ojos, pero ninguno se sintió intimidado.

>>Me disculpo si soy a veces un tanto directo, joven rey. Pero sabrá usted mejor que nadie que las responsabilidades de un soberano sobrepasan al tiempo del cual puede disponer, si uno quiere gobernar bien debe abandonar parte de su humanidad.

—Una guerra inminente se cierne sobre nosotros, el sur se ha unido bajo un solo estandarte, y todas sus espadas apuntan hacia el norte. Mientras ellos empiezan a marchar al unísono, nosotros somos incapaces de resolver nuestras diferencias.

—Conozco bien las circunstancias, joven rey —dijo Regrad, manteniendo sus ojos púrpuras sobre él—, y es por eso que estoy acá, sé de sobre que ha usado el cumpleaños de su esposa como un pretexto, ha sido ingenioso de su parte he de decir. Pero mi llegada a Heffelmaunt amenaza los intereses de muchos, y no solo me refiero a los sureños.

—Necesito que razones con Jover y Valtimok, a mí no me van a escuchar, mucho menos tras haber retirado al reino de la alianza que Operg había establecido con ellos. Usted es el gran responsable de que sus naciones sean independientes a mi reino, ellos valorarán lo que tenga para decirles, se lo deben.

—Como yo lo veo, nuestra única alternativa es esa alianza, si ambos nos unimos tendremos un temible ejército, y a la cabeza de él habrá dos portadores de espadas legendarias —dijo Regrad, señalando las espadas que ambos llevaban en el cinto.

—Le haré una pregunta —dijo Kerevan, con el mentón apoyado sobre su puño izquierdo—, ¿por qué, entonces, rechazó la oferta en su momento? ¿por qué al día de hoy aún Érdomer no hace parte de esa alianza bélica?

Regrad sonrió y, quizá para ganar tiempo y pensar mejor en su respuesta, tomó un largo sorbo de vino amargo, como a él le gusta.

—Porque nos aplastarían si empezamos una guerra ahora —reconoció Regrad. Kerevan asintió con cierta gracia—. Pero quedarnos de brazos cruzados tampoco es una opción.

—Y es por eso que estamos aquí reunidos —dijo Kev, extendiendo sus brazos de forma elegante.

Regrad tomó un poco más de vino y se limpió la comisura de los labios con la manga de su elegantísimo traje.

—Me has recibido con numerosos regalos para mí y para quienes me han acompañado, has sido muy detallista. Me habría sentido avergonzado de no haberle traído un obsequio a usted —Regrad dio tres palmadas fuertes y volvió a poner las manos sobre la mesa—. Espero que mi regalo sea de agrado.

Por la puerta entró una hermosa mujer cubierta por finas sedas rojas, sus ropajes lograban cubrir su cuerpo lo suficiente para que no se viera tan vulgar, pero aquello no impedía que su bella figura resaltara a la vista. La mujer caminaba con gracia, con una semisonrisa blanca dibujada en su rostro, en torno a cada muñeca traía brazaletes metálicos que simbolizaban su estatus de esclava.

>>Tiene una maravillosa voz, baila como un ángel, es agraciada y muy inteligente, puedes conversar con ella por horas sin aburrirte.

—Me honra su obsequio, en verdad, pero no se usan esclavos en este castillo —dijo de forma gentil, intentando rechazar el regalo con tacto—. Sería un maravilloso presente para alguno de mis más importantes vasallos, el padre de Vaguor estaría más que...

—Es para usted, es un regalo para un rey —dijo Regrad, con el rostro rígido—. ¿Tiene algún problema con las cadenas? Puedo hacer que se las quiten, de todas formas, no las necesita para que se sepa que es una esclava, son sus ojos, ¿no? Hermosos ojos azules, bellísimos, me recuerdan la primera vez que crucé el mar Raym hacia isla ígnea, el más azul de los mares que bañan las costas larthianas.

—No hay esclavos en mi castillo, rey Regrad.

—Pero sí los hay en su reino, rey Kerevan —el rostro del rey de Érdomer denotaba incredulidad—, ¿hay algo que quiera decirme?

—Lo que quiero es no hablar de ello —reconoció Kev.

—Tú no... digo —Regrad tenía el entrecejo fruncido, y había empezado a juguetear con su copa vacía—, no tendrás algún tipo de apego con los nesh, ¿verdad? Digo, ese tal Korian te...

—Regresó a su hogar cuando tenía yo cuatro años, no lo recuerdo.

—¿Regresó a su hogar? No, no, no... Escapó de su dueño, son cosas muy distintas, Kerevan.

—Rey Kerevan —lo corrigió con sequedad.

—Estoy cansado de usar esa palabra.

—Es una pena, rey Regrad —con una seña, Kev ordenó a los siervos que les sirvieran más vino—. Uno nunca debe cansarse de los buenos modales.

—Me disculpo —contestó con solemnidad, inclinando un poco el torso hacia adelante.

—No estoy apegado a los sureños, su majestad, pero tampoco tengo nada en contra de ellos. La esclavitud fue un error que cometió tanto usted como Operg, ahora estamos a vísperas de una guerra que no nos favorece.

—Me preocupa la dirección en la que pueda usar su espada, su alteza —eso último había sonado casi como una burla, pero Kev decidió ignorar el tono en el que se había referido a él.

—Mi espada apuntará contra todo ejército que amenace a mi reino y al de mis aliados, independientemente de si sus ojos son cafés, azules, verdes... —Kerevan hizo una pequeña pausa para mirarlo fijamente a los ojos, esbozó una sonrisa enigmática y se encogió de hombros—, o púrpuras.

Sin saber por qué, Kerevan puso su mano sobre el pomo de su espada. En aquel momento sintió que el tiempo se detuvo, de inmediato, Regrad se percató de que el aire se había impregnado de el particular olor de la naturaleza, y vio claramente las intenciones del rey de Heffelmaunt. Como despertando de un sueño, Kev retiró rápidamente la mano del pomo, como si este le hubiese mordido los dedos.

—Voy a hacer de cuenta que no hiciste eso —le dijo Regrad, quien se había mantenido inmóvil, presa de un temor que jamás en su vida había experimentado. Había tenido miedo antes, pero nunca como aquella vez; incluso, habría podido jurar que el suelo había temblado un poco.

—Lleva a su majestad —le dijo a un siervo—, el rey Regrad de Érdomer, a las habitaciones que fueron preparadas para él. Me quedaré con su obsequio.

Regrad se puso de pie manteniendo la mirada fija en Kev, quien no se había inmutado. Había algo en la mirada de Kerevan que hacía que a uno

se le ahogaran las palabras a mitad del camino.

—Nos veremos en el festín de mañana —se limitó a decir. Kerevan simplemente asintió, sin demostrar emoción alguna, sin quitarle los inexpresivos ojos grises de encima.

Después de haber salido del salón, Regrad sentía que Kerevan lo continuaba observando. El hombre que fue arrojado a un volcán, portador de la espada de fuego, rey de Érdomer, asustado por un <<niño rey>>.

El resto de la noche transcurrió con normalidad, afuera del castillo continuaban los festejos bulliciosos de un pueblo que había encontrado la excusa perfecta para sumergirse en un ambiente festivo repleto de alcohol y de hiervas exóticas. Pero dentro del castillo imperaba el más absoluto silencio, como si se encontrase aislado de todo el reino.

En la mañana siguiente ambas familias reales desayunaron en salones diferentes, como dictaba la costumbre. Kerevan se dedicó a agasajar a su mujer, quien cumplía aquel día veinticuatro años. Le dedicó canciones que había compuesto junto al bardo más famoso del reino e hizo que le preparasen sus comidas favoritas. Kaláh llevaba sobre sus cabellos una corona hecha de hortensias que variaban en tonos azules y morados, y en el largo vestido blanco tenía bordado hermosos lirios de agua. Durante el desayuno, Kerevan observó fijamente el vientre de su mujer y notó que estaba ligeramente más grande, le puso una mano en la barriga y ella le sonrió.

Al caer la tarde, se reunieron ambas familias en el gran comedor para compartir el almuerzo. Sobre la mesa había una enorme variedad de comida y bebida. En la mesa mantenían conversaciones amenas y joviales, sobre todo las mujeres, acompañadas por una música suave y hermosa. Los reyes rara vez intercambiaban miradas entre ellos, el que más hablaba de los hombres era Agler, quien a menudo se tomaba la libertad de hablar sobre ciencia y de política, temas que no eran del agrado de las damas, en especial de Maerly, reina de Érdomer.

—Hoy es tu día, querida —le dijo la esposa de Regrad—, háblanos sobre ti. ¿Qué te gusta hacer?

—A menudo escribo —reconoció ella tras tomar un poco de vino que recién le había entregado una sierva—, es lo que hago la mayor parte del tiempo.

—¿Qué escribes? ¿poesía, querida? Cuando tenía tu edad también escribía poemas, era muy talentosa.

—Todavía lo hace —dijo Regrad, sonriendo—, y es realmente buena en

ello, es excelente, de hecho.

—Kaláh no escribe poesía —repuso Kev, poniendo su mano izquierda en una pierna de su mujer.

—Escribo sobre historia, pero... bueno, no es la gran cosa.

—Es una maravilla de mujer —la interrumpió Kerevan con una sonrisa en el rostro—, sube a la biblioteca y pasa horas enteras allá arriba.

Regrad los miró con detenimiento y sonrió.

—Por Kaláh —dijo Regrad, levantando la copa de vino—, por los reyes de Heffelmaunt. Que su reinado sea largo y su dinastía eterna.

—Por los reyes —dijo Ocox, quien se había mantenido en absoluto silencio.

—Te juzgué mal, rey Kerevan, creí que por tu edad serías una persona muy inmadura, y que no serías una mejora en comparación a Operg... claramente me equivoqué. Solo me bastó verte un par de veces para darme cuenta de que serás un gran rey, lo sé porque eres un buen esposo... y sé que serás un maravilloso padre —Regrad dirigió su mirada a Kaláh, con una gran sonrisa dibujada en su rostro, luego volvió su mirada a su mujer.

—Querida, estás encinta —le dijo Maerly a Kaláh—, estoy casi segura de que lo estás.

—¿Disculpa? —preguntó Ocox, atragantándose con un pedazo de pan y dirigiendo su mirada a su nuera.

Regrad abrió la boca como si fuese a hablar, pero no dijo una palabra, su mirada se mantuvo fija en Kaláh, abrió los ojos como platos y su sonrisa le desapareció del rostro.

—Mi reina, ¿se siente bien? —le preguntó Agler.

A Kaláh le había comenzado a brotar sangre de la nariz, al principio no era más que un pequeño hilillo de sangre, pero con el transcurso de los segundos empezaba a salirle en mayor cantidad. La reina se llevó la mano a la nariz e intentó detener la hemorragia, pero la sangre era tanta que se le escurría entre las manos.

Rápidamente, Kerevan se sacó un pañuelo y empezó a hacer presión en la nariz de Kaláh. Agler se incorporó de un salto y corrió hacia ella al percatarse de que también le estaba saliendo sangre de los oídos. Maerly dejó escapar un grito de horror, y Regrad se hallaba inmóvil, sin saber

qué hacer. Kaláh intentaba tomar aire por la boca, pero era inútil, intentaba desesperadamente respirar, pero simplemente no podía.

—¡Agler haz algo! —le gritó el rey, angustiado, limpiando el rostro de la reina con el pañuelo completamente empapado de sangre—. Respira, amor mío, resiste.

Kaláh dejó de limpiarse el rostro y tomó la mano de Kerevan, como intentando tranquilizarlo a él. La reina había dejado de intentar respirar, estaba frente a Kev, con el rostro pálido cubierto de venas inflamadas y de sangre, con la mirada enrojecida y llena de lágrimas.

—No... no, por favor, no... —le dijo en forma de súplica, con los ojos cubiertos de lágrimas—. No te rindas, no te... por favor.

Con las pocas fuerzas que aún le quedaban, Kaláh posó sus labios sobre la mano de su amado, como un último beso que no tuvo las fuerzas de dar.

—Gra... cias —aquella última palabra la acompañó con una sonrisa. El cuerpo inerte de Kaláh yacía ahora postrado en la silla.

—Era su cumpleaños... —dijo Agler, temblando.

—Era la reina —dijo Ocox, con el rostro congestionado, notoriamente furioso—, ¡han asesinado a nuestra reina!

Durante varios largos minutos Kerevan estuvo sujetando el cuerpo de su mujer, negándose a soltarla, Ocox y Regrad tuvieron que usar la fuerza para separarlo del cadáver. Agler hizo que dos siervas envolvieran a Kaláh en sábanas rojas y que se la llevaran de allí. Maerly estaba sollozando y temblando, la pobre mujer no había podido tolerar aquel hórrido suceso.

Tras varias horas arrodillado en el suelo, Kerevan finalmente había conseguido incorporarse, caminó hacia sus aposentos mientras ignoraba a todo el mundo, y se sentó en la cama que la noche anterior había compartido con Kaláh.

—Aún huele a ella —le dijo a su padre, quien recién ingresaba a la habitación.

—Se hará justicia por la reina. Hemos encontrado a quien la asesinó, será llevada al salón del trono para su juicio.

—¿Llevada?

—Fue una mujer.

Kerevan caminó hacia el trono con sangre seca cubriéndole las ropas, y su cabeza yacía desnuda, pues la corona se le había caído mientras forcejeaba con Regrad y Ocox para mantenerse aferrado al cuerpo sin vida de la reina. Una vez en el trono, los guardias la hicieron entrar. La presunta homicida se trataba de una joven mujer de ojos ámbar que vestía las ropas que usaban los siervos del castillo.

—Rey Kerevan de Heffelmaunt, ante usted la señorita Viana —anunció uno de los guardias que sujetaba a la joven. La muchacha tenía una mejilla hinchada y una mano cubierta por una venda repleta de sangre oscura.

—Interrogué a los coperos, dijeron que ella tuvo contacto con el vino que se sirvió en el banquete, y que fue quien puso la copa junto a su mujer. La golpeamos un poco y le amputamos un par de dedos, finalmente lo admitió —dijo Ocox.

Kerevan dirigió la mirada hacia la mujer, esperando que hablase.

—Fui yo... —contestó ella, con dificultad para mantener su mirada en el rey.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar Kerevan, con la voz destrozada—. ¿Por qué?

—Por amor a usted —le contestó mientras se acercaba a él y se arrojaba a sus pies con devoción—, desde la primera vez que lo vi supe que debía ser mío. He estado admirando su grandeza y su gentileza; estoy perdidamente enamorada, su majestad; y el amor me ha llevado a hacer algo terrible.

Por un instante hubo un atisbo de ira incontenible en el rostro de Kev, pero casi de forma instantáneamente volvió su mirada inexpresiva de siempre.

—Déjenme solo con ella —les dijo a todos, pero sin dejar de verla fijamente.

Todos se empezaron a marchar, pero Agler se quedó de pie tras la muchacha. El anciano hombre denotaba indecisión en su rostro, como si quisiera decir algo, pero no tuviera el valor suficiente.

>>He dicho que nos dejen solos.

—¿Qué le va a hacer, mi rey? —finalmente se atrevió a hablar—. Creo que es demasiado pronto para ejecutar la justicia del rey, podría sobrepasarse con...

—¿Sobrepasarse? —preguntó Ocox, quien ya estaba en la entrada, a punto de salir del salón—, esa mujer mató a la reina, ¿estás pidiendo clemencia por ella? Vámonos, Agler, dejemos que el rey resuelva sus asuntos.

—La justicia no es asunto del rey, sino del reino —repuso Agler.

—Kaláh era su mujer.

—Y también era la reina, aunque a muchos no les gustara esa idea —contestó el anciano.

—El rey te ordenó que te marcharas —dijo Ocox.

—Puedes quedarte —repuso Kev—. Si tanta preocupación tienes por la asesina de mi esposa entonces no te vayas.

El rey le indicó a su padre que se marchara, cuando estuvo seguro de que se había ido Ocox volvió los ojos grises hacia Viana.

—Piedad... mi rey... —dijo la mujer, al borde de las lágrimas.

—Has estado luchando con el miedo desde que entraste por esa puerta —le dijo Kerevan, en un tono extrañamente gentil.

—No tengo nada de qué temer... lo que he hecho lo hice por amor.

—¿Dónde conseguiste las flores de Naz? —le preguntó Kerevan—, Agler descubrió que hiciste el veneno con esas flores, quiero saber de dónde las obtuviste.

Agler estuvo a punto de decir algo, pero guardó silencio al percatarse de que una raíz verde le envolvió el tobillo suavemente. El sabio volvió su mirada, consternado, hacia el rey.

—Se las compré a un mercader hace un tiempo...

—Si me vuelves a mentir haré que tu muerte sea lenta y agónica —del suelo y del techo emergieron varias raíces que envolvieron con fuerza las extremidades de la mujer.

—Su majes... —interrumpió Agler.

—Cállate —le ordenó el rey sin siquiera mirarlo.

—Se... se lo juro —las ramas apretaron y estiraron las extremidades de la mujer con tal fuerza que esta empezó a sollozar. Los gritos que salieron de ella obligaron a Agler a taparse los oídos, cuando Kerevan la soltó esta

cayó al suelo inconsciente.

—Diles a los guardias que se la lleven a los calabozos, mañana habrá una ejecución pública, no prepares nada, yo me encargo de ello.

Kerevan se puso de pie, se aceró a Agler y le susurró algo al oído. El anciano estaba notoriamente tenso, pero consiguió asentir levemente. Las raíces se desvanecieron en el aire tan súbitamente como habían emergido de la roca.

Horas más tarde, ya habiendo caído la noche, Ocox ingresaba al salón del trono. Cuando abrió la puerta vio que Kerevan se inclinaban del trono para hablarle a Agler con susurros. Cuando el anciano se percató de que Ocox había entrado se apresuró a marcharse de allí rápidamente, evitando mirarlo a los ojos.

—Me dijeron que querías verme —dijo Ocox mientras observaba con el entrecejo fruncido cómo Agler se marchaba—. ¿Le pasa algo?

—Sí, padre. Te llamé por dos motivos.

Kerevan bajó del trono y abrazó con fuerza a su padre, lo cual lo tomó por sorpresa; ellos muy rara vez se demostraban afecto entre sí.

>>Primero, para agradecerte por haber encontrado a la culpable de la muerte de mi amada. Estoy gratamente sorprendido por lo efectivo que fueron.

—No fue tan difícil, a decir verdad, no puso mucho empeño en complicarnos la investigación. ¿Qué más necesitas, hijo mío?

—Quería saber si has visto a Vaguor hoy, no lo he visto en todo el día y necesito hablar con él.

—Está al sur, en una conferencia con la guardia de la capital, planean reestructurar las defensas de Mounfel y solicitaron su presencia allí. Así que no, no lo he visto, supongo que se marchó temprano por la mañana para llegar un poco antes.

Kerevan guardó silencio un rato, pero esta vez no miró a su padre a los ojos, sino que miró hacia el suelo, como perdido dentro de su mente.

—Te puedes marchar, padre —le dijo, aun observando el suelo rocoso.

—¿Pasa algo, hijo mío?

El rey retornó a su asiento y dirigió su mirada hacia él, aunque parecía

que le costara hacerlo.

—Yo la amaba, padre... en verdad la amaba —Kerevan estaba completamente destruido, su padre lo conocía lo suficiente como para notarlo—. Verla era sentir que podía cargar el peso del reino sobre mis hombros cada día.

—Estoy seguro de que volverás a hallar esa fortaleza en otra parte. Eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida, incluso mucho más fuerte que yo. Por ahora dedícate a sanar tu corazón, pero no tardes, el reino te necesita.

—¿Por qué, padre? ¿por qué? —dos tímidas lágrimas rodaron por su mejilla.

—No lo sé, hijo —contestó Ocox, encogiéndose de hombros—. A veces la vida nos pone en este tipo de situaciones, y tenemos que aprender a vivir con ello.

Kerevan se secó las lágrimas y gritó con mucha fuerza, era un grito de ira y de tristeza... y también de decepción.

—¿Sabes qué usaron para envenenarla?... sí, tú deberías saberlo, fuiste quien la interrogó.

—Por supuesto, usó un veneno llamado "la última noche".

—Una gota basta para matarte mientras duermes, de forma indolora y eficiente. Pero a Kaláh le sirvió mucho más que eso.

—Desgraciada —dijo Ocox, cerrando el puño con fuerza.

—Debiste ver su cara cuando le dije que lo que se encontró en la copa de Kaláh fue extracto de flor de Naz —cuando el rey dijo aquello, Ocox palideció por completo—. Mentía bastante bien, padre, pero no pudo mantener la farsa cuando cambió un elemento en el libreto que le diste.

—No sé de qué me hablas —contestó Ocox, en un susurro.

—¡Finalmente íbamos a tener un hijo, pero tenías que matarla en su cumpleaños! —Kerevan había perdido el control de sí mismo, se bajó del trono y camino hacia él de forma amenazante.

Ocox llevó su mano a la empuñadura de su espada, pero cuando desenvainó, una rama que había emergido debajo de él le golpeó la muñeca con fuerza, obligándolo a dejar caer el arma. En un abrir y cerrar de ojos ya había sido completamente inmovilizado por ramas y raíces que

provenían de todas partes.

>>Encontré a sus hijos y a su anciana madre y la amenacé con matarlos, y entonces empezó a decir la verdad. Luego, cuando mis guardias fueron a su casa, hallaron todo el oro que le diste a cambio de envenenar a Kaláh.

—No podía ser reina —dijo en un murmuro, negando con la cabeza, completamente resignado—, no había sido capaz de darte un hijo, y tú no quisiste escucharme, te ofrecimos soluciones y no quisiste escucharnos. No nos dejaste otra alternativa.

—¿Nos? —Kev apretó los labios y se masajeó un poco el cuello con fastidio, mientras la otra mano la tenía sobre el pomo de Darinder—. Así que era cierto... Vaguor estuvo de acuerdo, fue eso por lo que me negaste que se vieron esta mañana.

—No, él no...

—No más mentiras, ya basta.

—Kev, hijo mí, él es muy joven y...

—No más de lo que lo era su reina —repuso tajantemente.

—Su padre no te lo va a perdonar, Rogler es muy poderoso.

—Tendrá que aceptarlo, es la justicia del rey que él mismo eligió —Kerevan soltó el pomo de la espada y las ataduras de Ocox se diluyeron en el aire, haciéndolo caer de rodillas—. Llévenselo a los calabozos y hagan lo mismo con Vaguor.

Dos guardias se abalanzaron sobre el tesorero y lo sacaron a rastras de allí, Ocox intentó forcejear, pedía a gritos clemencia por el sobrino de su mujer, pero Kerevan se negó a escucharlo. Agler ingresó nuevamente y se postró frente al rey.

—Envía la carta a Rogler, debe saber por qué morirá su hijo. Asegúrate de que le llegue la evidencia que lo relaciona, y menciona que el mismo Ocox confirmó que Vaguor tenía conocimiento de los hechos y que no intentó advertirme —Kerevan dejó escapar un largo suspiro y lo miró inquisitivamente—. Al final tus sospechas eran ciertas. Ahora eres la única persona en la que realmente puedo confiar; no me logro imaginar todo lo que le haría al siguiente que me traicione de esta forma.

—Es de esas pocas veces en las que no me es grato tener la razón

—reconoció Agler, en un tono lúgubre.

—Déjame solo —le dijo Kev, pero su tono no era de orden sino de súplica. Cuando no había nadie más que él allí, se permitió llorar nuevamente, se permitió sentirse humano por primera vez desde que había tenido a Kaláh en brazos. Aquella amarga noche fue la última en la que Kerevan derramó una lágrima, su padre le había arrancado el corazón, y ahora solo le quedaba la corona que reposaba sobre su cabeza.

Kerevan se quitó la corna y la puso con cuidado sobre su regazo, desenvainó Darinder y apreció la cadena que llevaba amarrada a la empuñadura.

>>Justa es tu causa, Korian. Con gusto pelearía en el bando de la libertad, pero esa no es una opción para mí. Un día juré que sería el rey que el reino necesita, no el que me gustaría ser.

A la mañana siguiente, la Plaza del Fundador estaba repleta de gente, en el medio se alzaba el Árbol de Agoleon, un enorme árbol que databa de la Edad Primitiva. Viana, Ocox y Vaguor se encontraban a pocos metros frente al árbol, con las extremidades atadas con cadenas. Kerevan, vestido con las ropas negras de un verdugo, pero con la corona de gemas azules en la cabeza, estaba parado frente a ellos, con la mano en el pomo de la espada. Regrad estaba de pie cerca de Kev, expectante.

—Hace miles de años Agoleon "El libertador" puso el punto final de una era para dar inicio a una nueva. Unificó al norte en un enorme reino y derrocó al decenvirato de los siniestros, diez tiranos que sometían a los heffelianos a vivir en la miseria y que alimentaban el odio entre los de nuestra raza; y mientras tanto, los sureños conquistaban nuevas tierras hacia el sur del continente —Kerevan comenzó a caminar en torno al árbol y a los condenados mientras observaba a sus súbditos con solemnidad—. Agoleon escribió la primera página de esa nueva era con la sangre de los diez tiranos, colgándolos en este árbol frente a todo su pueblo, quienes lo amaban, un amor que les era correspondido por él. Hoy comienza una nueva etapa para nuestro reino, y se escribirá de la misma manera en la que lo hicieron Agoleon y su pueblo. Espero que las cosas cambien para bien, por Eiinay y por Heffelmaunt.

—Por Eiinay y por Heffelmaunt —dijeron todos los heffelianos presentes al unísono, salvo los tres condenados a morir.

Kerevan observó a Vaguor, y notó que este no demostraba ni un poco de miedo, sino que, por el contrario, había aceptado la muerte con orgullo. Vaguor lo volteó a mirar y asintió con la cabeza. Ocox, cabizbajo, mantuvo los ojos cerrados todo el tiempo. Por su parte, Viana lloraba desconsoladamente. <<No le haré daño a tu familia, ellos no son culpables de tus actos>>, le había dicho el rey la noche anterior en los

calabozos, mientras Vaguor redactaba una carta para su padre donde se responsabilizaba por sus actos.

El rey desenvainó la espada y el Árbol de Agoleon se empezó a zarandear con violencia, dejando caer docenas de hojas sobre los condenados. Lentamente, tres ramas se aproximaron a ellos, tomando a cada uno por el cuello, Kerevan tomó un respiro y, mirando fijamente a los tres, blandió a Darinder hacia abajo. En ese momento, las ramas los levantaron a varios metros del suelo y, cuando yacían suspendidos, latiguearon el aire con ellos, quitándoles la vida al instante.

Mientras los cuerpos sin vida yacían pendiendo de las ramas del Árbol de Agoleon, Regrad se acercó a Kerevan y le puso una mano en el hombro mientras juntos observaban los cuerpos.

—Yo los habría quemado lentamente hasta que no quedara nada de ellos —le dijo—. La piedad suele ser la consecuencia de la cobardía, pero en tu caso es todo lo contrario, has demostrado lo fuerte que eres al brindar una muerte rápida a quienes te lo arrebataron todo.

Kerevan se mantuvo en silencio mientras envainaba la espada.

>>Será un honor luchar junto a ti cuando haga falta, por los tarem, por el norte, y por Eiinay que así será.

—Lo mismo digo, Regrad "de Los Ríos"—le dijo, extendiéndole la mano con solemnidad.

—Que nuestra alianza trascienda hasta el final de los tiempos, Kerevan "Ojos Grises" —le contestó, estrechándole la mano con firmeza.

TIEMPOS DE GUERRA

Capítulo 7: La última noche

Año 1458 a.C. (antes del Concilio)

Mounfel, Capital del reino de Heffelmaunt

Mientras avanzaba en la densa oscuridad hacia las altas y resistentes murallas, detrás de él, escondidos entre los verdes matorrales y la abundante arboleda, lo seguían más de cincuenta integrantes de

Vramiayuk, dispuestos a dar la vida por la libertad de centenares de esclavos Nesh en aquellas tierras extranjeras. En lo más alto de la muralla caminaba media docena de centinelas, conversaban jovialmente junto a pequeñas fogatas que los mantenían calientes en el frío de aquella noche de invierno. De repente, su tranquilidad se desvaneció cuando, desde lo más alto de los árboles, fueron atacados con arcos, cuyas flechas acabaron con sus vidas casi al instante.

De entre los matorrales emergieron varios pequeños grupos de personas que transportaban enormes escaleras que apoyaron sobre las murallas para escalarla de manera rápida y silenciosa. Uno de los primeros en subir fue Korian y, tras él, subió Belfarn seguido de todos los demás. Avanzaron por las serpenteantes murallas adentrándose a aquellas fértiles tierras, deshaciéndose de cada guardia a su paso, algunos siendo arrojados hacia afuera y otros cortados y perforados por espadas y virotes de ballestas.

Al salir de la muralla, ya estando lo suficientemente cerca de su objetivo, avanzaron ocultos entre las cosechas, eliminando a uno que otro guardia solitario que iba caminando desprevenido del peligro latente que se encontraba por venir. Finalmente, tras recorrer varios kilómetros entre cultivos y las sombras, llegaron a su destino. Y ahí estaban ellos, justo frente al mismo almacén donde, durante largos y tortuosos años, Korian había "vivido".

—¿Acaso es nostalgia lo que veo en tus ojos? —le preguntó Belfarn sarcásticamente, acompañado por una enorme sonrisa para nada discreta.

—Abran la puerta —ordenó Korian en un susurro ronco y profundo. Durante más de dos décadas había estado forzando su voz en centenares de plazas y mercados, esparciendo la fama de Vramiayuk en el sur, sumando hombres y mujeres a la causa. Ahora tenía una tupida barba canosa que cubría casi toda su boca, y ya no poseía el abundante cabello que tenía en su juventud.

Dos hombres adustos se adelantaron y forzaron las cerraduras con sus instrumentos durante pocos minutos hasta que estas cedieron, las puertas rojas del almacén se abrieron de par en par y dejaron al descubierto más de doscientos nesh de todas las edades, acostados sobre montículos de heno maloliente. La luz de la luna era insuficiente para ver bien allí, así que Korian encendió una antorcha y disipó las tinieblas del lugar.

—Libertad a los hijos de Eiinay —dijo a los esclavos—, es hora de ir a reunirse con sus familias en el sur, hemos venido en su rescate.

Los esclavos se miraron entre sí entre confundidos y temerosos, pero cuando escucharon el marcado acento sureño propio de naciones como Shagat y de las zonas más costeras de Dackgrouer, sus talantes

cambiaron por completo, recuperando aquello que años atrás había, perdido, la esperanza.

Los integrantes de Vramiayuk ingresaron al almacén y comenzaron a ayudar a los ancianos, a las mujeres encintas y a los niños pequeños; los esclavos que se encontraban en mejores condiciones también empezaron a ayudar a los otros a incorporarse y salir del almacén. Daria, Marga y Agmund comenzaron a organizar a los esclavos en grupo y a entregarles raciones de comida que los ayudaría a recorrer el largo camino hacia una zona más segura.

—Lidera el escape como lo planeamos —le dijo Korian a Belfarn—. Tengo que hacer algo antes de marcharme.

—Entendido —le contestó Belfarn con solemnidad.

Korian le entregó la antorcha a su amigo y salió del almacén. Una vez afuera, avanzó en el patíbulo hacia la fortaleza, oculto entre las sombras, evitando toparse con algún guardia. Sin muchas complicaciones, Korian logró llegar al establo, ingresó y asesinó a un centinela rajándole el cuello por la espalda, ubicó el cuerpo en el suelo con suavidad y continuó avanzando para asegurarse de que no había nadie más.

Con gran habilidad, Korian trepó un árbol que había junto al establo, se subió en el techo y comenzó a escalar una de las torres de la fortaleza. Cuando hubo escalado un buen trecho, observó hacia abajo y logró ver la inmensidad de las tierras que antes pertenecían a Ocox. El frío de aquella noche de invierno le había entumecido los dedos de las manos debajo de los guantes, sin embargo, él continuó escalando con determinación, ayudándose de unos anclajes de piedra y de una cuerda que llevaba atada a la cintura, cuyo extremo amarraba en lugares sólidos de aquella pared rocosa.

Luego de casi una hora de escalada, finalmente logró llegar a una ventana que tenía un bello marco de madera oscura. Tomó una palanca de su pequeño macuto de cuero y la utilizó para forzar la ventana. Una vez desmontada, la quitó del marco con cuidado y, aún con la cuerda amarrada a la cintura, ingresó en la habitación.

—Despierta —le susurró a Vílaris, agitando su cuerpo dormido—. Vil, soy yo, despierta.

Vílaris empezó a despertar de su profundo sueño, se sentó en la cama y observó el rostro de Korian atentamente, con el entrecejo fruncido. Cuando su mirada se acostumbró a aquella oscuridad tan solo mitigada por la luz de la luna, logró reconocer el rostro de Korian.

—Creí que no te volvería a ver —le dijo ella, llorando en silencio—, me dolió en el alma tu partida, Korian. Yharel me dijo que rompiste mi carta.

—Temía que si leía lo que me habías escrito no pudiera soportar el dolor de no tenerte —le contestó él, sujetándole las manos—. Ven conmigo al sur, Vílaris, allá serás aceptada por haberme acompañado de forma voluntaria, podemos cambiar el mundo con nuestro amor.

—No puedo, Korian —le dijo ella, negando con la cabeza—. Cuando supe lo que habías hecho con mi carta decidí que era momento de seguir adelante. Tengo una vida acá, tengo una hermosa hija y un esposo ejemplar que amo, no puedo dejarlos atrás.

—Te amo, Vil... no quiero perderte otra vez...

—Hace más de treinta años que te fuiste —ella le contestó—, tomaste una decisión y yo la respeté, incluso me expuse para ayudarte a ser libre. No debiste haber venido, Korian, debes marcharte, mi esposo regresará en cualquier momento.

Con tristeza en la mirada, Korian caminó hacia la ventana y puso una mano en el marco para impulsarse hacia arriba.

—Korian —ella lo detuvo—, hay... algo que debes saber.

—Te escucho —le dijo en un susurro tembloroso.

Vílaris lo observó con el rostro pálido, tenía los ojos abiertos como platos y fijos en él.

—Kerevan es... Kev es hijo tuyo, no de Ocox.

—Imposible —repuso él, negando con la cabeza—. Un nesh y un tarem no pueden procrear, no existe la más mínima posibilidad de... ¿estás segura, Vil?

—Eras el único hombre con quien yo... —Vílaris estaba ensimismada, como si estuviese escudriñando en su memoria—. Llevaba un par de meses sin acostarme con Ocox cuando empecé a padecer los efectos del embarazo, tenía miedo y...

—Vílaris... ¿estás segura? —le preguntó nuevamente.

—No... no lo sé —Vílaris parecía confundida y dubitativa, y bajó la mirada hacia el suelo.

Durante unos instantes, el silencio se apoderó del lugar, él la observaba inmóvil junto a la ventana, y ella continuaba sentada en la cama, con la

vista perdida en el suelo de piedra. Cuando finalmente ella volvió a mirarlo, el silencio fue interrumpido por el sonido de la puerta abriéndose de golpe.

—¿Tú quién eres? —le preguntó exaltado un hombre alto de ojos de un púrpura claro.

El sujeto corrió hacia él y le arrojó un puño al rostro que, con agilidad, Korian logró esquivar. Con un rápido movimiento, lo golpeó en la cara con el puño izquierdo, arrojándolo al suelo.

—¡Guardiaaaaas! —gritó el esposo de Vílaris sujetándose la mejilla.

Korian corrió hacia la ventana y se arrojó hacia el precipicio, cuando la cuerda se tensó por completo la cortó con un cuchillo, dejándose caer un par de metros sobre el techo del establo, una vez allí se lanzó hacia el árbol y descendió con rapidez. Los cuernos sonaron y se empezó a escuchar actividad dentro de la fortaleza, Korian tomó uno de los caballos, y se marchó a toda prisa de allí.

Mientras cabalgaba, unas pocas flechas pasaron junto a él, sin embargo, logró llegar intacto a la muralla que había "limpiado" junto a los demás Hijos de la libertad. Dejando el caballo atrás, descendió con rapidez por la muralla y se internó en un bosquecillo aledaño a las tierras de Vílaris. Corrió a través del bosque, enredándose con la maleza y golpeándose con pequeñas rocas a la altura de los tobillos. Tras él, escuchaba caballos relinchando y hombres gritando con un marcado acento heffeliano. Cuando escuchó a sus perseguidores demasiado cerca supo que no iba a poder escapar, así que hizo lo único que le quedaba, esconderse. Se acostó en el suelo junto a un árbol, camuflado dentro de un arbusto espinoso que le rasgaba la piel sin misericordia alguna.

Tras unos pocos minutos escuchó cómo los caballos pasan junto a él y, minutos después, oyó las conversaciones y los pasos de un escuadrón de rastreo. "Hay pasos por acá cerca", los escuchaba decir mientras tanteaban el terreno y los árboles aledaños, "Huele a sangre, es reciente, debe estar cerca, sigan buscando". Cuando intentó observar entre las hojas y las ramillas del arbusto una espina de considerable tamaño se le clavó entre la ceja y el párpado, quiso llevarse la mano al rostro para quitársela, pero eso habría sido su condena.

Los siguientes quince minutos fueron como una eternidad para él, ahora escuchaba las conversaciones muy cerca, y los rastreadores cada vez estaban más próximos a hallar su escondite. Finalmente, sintió cómo empezaban a clavar lanzas en el suelo con furia. "¡Está por acá, sigan pinchando los arbustos, está escondido por acá!". Una lanza le arañó la espalda, arrancándole un poco de piel, pero el rastreador apenas y notó que la punta metálica había tropezado con algo. Sin embargo, los

heffelianos continuaban perforando el terreno con sus lanzas, convencidos de que él estaba por allí.

Luego de cinco minutos infernales, finalmente fue perforado por una lanza en la espalda, haciéndole un agujero superficial pero igualmente alarmante, dejó escapar un alarido que llamó la atención de quienes lo estaban buscando.

—Aquí estás, basura —el rastreador metió las manos en el arbusto y lo arrastró hacia afuera, ocasionándole múltiples cortadas más.

Lo arrodillaron en el suelo y, cuando estuvieron a punto de amarrarlo con cadenas, de entre los árboles emergió un grupo de hombres con arcos, espadas y escudos. Un grupo de hombres cayó sobre los rastreadores con furia implacable, arrasándolos con una avalancha de espadas y flechas.

—Comandante, lo creí perdido —le dijo un hombre de voz ronca y profunda mientras lo ayudaba a levantar.

—La Hermandad Bastarda nunca había sido tan oportuna, capitán Dreimjold —dijo Korian, quien tenía las ropas rotas y múltiples heridas por todo el cuerpo.

—Este desgraciado se escondió en un arbusto de espinas —le dijo Wolz a sus hombres en tono burlón, luego volvió la mirada a Korian—, estás hecho mierda, comandante. Siéntate por ahí, ya le diré a alguien que atienda tus heridas.

—¿Cómo me encontraste?

—Mientras inspeccionábamos su ruta de escape, como nos lo pidieron, nos encontramos con tu escuadrón escapando hacia el sur; Belfarn nos dijo lo que hiciste, ¿estás loco?

—Un poco, quizá —reconoció Korian.

—A todas estas, ¿se puede saber por qué te adentraste a esas tierras tú solo? Eres el alma de Vramiayuk, Korian, no puedes morir —la voz de Wolz se había tornado severa, y su mirada azul se clavaba con furia sobre él—. Me uní a tu causa porque me ayudaste a acabar la guerra civil en mi nación, me hiciste creer en nuestra raza. Si llegas a morir me iré de vuelta a Horiumstein con los míos, lo sabes.

—La causa no tiene por qué morir conmigo.

—Se necesitan hombres valientes para impulsar a los cobardes a hacer grandes cosas. No importa qué tanto admires a los tuyos, sin ti ellos no serían nada más que borregos en un mundo podrido por la corrupción y la

miseria.

—Ellos prometieron dar la vida por la causa, somos los hijos de la libertad —dijo Korian, con determinación.

—Hay personas que en la vida son una mentira disfrazada de verdad, y tan solo un sueño que se viste de hermosas promesas —le dijo Wolz mientras le ponía una mano en el hombro con firmeza, lastimando algunas de sus heridas—, no lo olvides nunca, caballero de la libertad.

Uno de los hermanos bastardos se acercó a Korian y empezó a tratarle las heridas con medicina, le dio a beber un largo trago de ron y le selló la herida de la espalda con la hoja de una espada que habían calentado para ello.

—Ahhhhhhh —gritó mientras el curandero le hacía presión con el acero caliente en la espalda—, maldito ron de mierda no sirvió para nada.

—Deja de llorar —le espetó Dreimjold con una sonrisa tras su muy abundante barba cobriza moteada por varias canas.

—¿Dónde está Belfarn? —le preguntó a Wolz.

—Lejos, no podrás alcanzarlos. Cruzarás al otro lado del camino sagrado con nosotros, es lo más sensato. Yo mismo le dije a Belfarn que así lo haría, él confió en mí, tú haz lo mismo. Te garantizo que pronto volverás al sur a reunirte con los tuyos, te debo eso.

—No todo en la vida se trata de dinero y de favores, Dreimjold —le dijo mientras le untaban una pomada en la herida de la espalda.

—Eso es todo lo que sé de la vida, estimado comandante —repuso Wolz, encogiéndose de hombros—. Deberías dormir, retomaremos la marcha antes de que salga el sol.

Para cuando hubo salido el sol ya Korian y la Hermandad Bastarda estaban muy lejos de sus perseguidores. Empero, esa misma mañana las noticias de lo que había acontecido aquella noche llegaron a oídos del rey Kerevan, quien se encontraba en las tierras de Rufgler, lejos del castillo y de su nueva esposa.

—Cuatro noches consecutivas, fueron cuatro malditas noches —Kerevan caminó hacia el mensajero que había enviado Vílaris para que le avisara a su hijo Kev de lo acontecido la noche anterior.

—Es espantoso, mi rey, no puedo creer que...

—Lo que yo no puedo creer es que haya confiado en alguien tan inepto como tú —dijo el rey, interrumpiendo a Rufgler con sequedad—. Me habías dado la certeza de que iban a pasar por aquí anoche, traje cien de mis mejores hombres y yo mismo vine en persona.

—Todo parecía indicar que así sería, mi rey. No tiene sentido que en la cuarta noche hayan cambiado el patrón de ataque de forma tan drástica, no había otra alternativa, no...

—Eso era lo que ellos querían que pensáramos, ¡idiota! Ellos llevaban mucho tiempo planeando esto, quizá años, y tú crees que por simple lógica vas a anteponerte a ellos —Kerevan se acercó a su más leal servidor, Margol, el mayor de los nietos del ya fallecido Agler—. Como parece que los grandes lores del reino son una manada de inútiles necesitaremos ayuda de las colonias, gente que use la cabeza. Quiero que envíes una carta a Gerner ordenando que Lenark y Dilárida acudan a mi castillo y que se conviertan en los generales del ejército unificado de Heffelmaunt.

—Mi rey, ellos están retirados —repuso Margol.

—¿Los hermanos tullidos? —preguntó Rufgler en un bufido—, ¿quieres la ayuda a una mujer de un solo ojo y de un hombre que perdió casi todo su brazo izquierdo?

—Son héroes de guerra, Rufgler, y no es su fuerza lo que quiero, es su intelecto. Ellos son los principales responsables de nuestra gran victoria en la Gran Guerra Humana, y tendrán un papel importante en esta nueva guerra.

—Me temo que no entiendo, mi rey —Margol había palidecido— ¿Qué guerra?

—Durante cuatro noches llevaron a cabo robos en las tierras de mis vasallos, ese fue el primer acto de guerra, ellos ya la han empezado —Kerevan se montó en su caballo y ordenó a sus hombres que empezaran a montar en los suyos—. Volveremos a prevalecer, después de esta nueva Gran Guerra el sur jamás volverá a levantarse contra nosotros.

Capítulo 8: Héroes de guerra

Mediados del 1456 a.C. (antes del Concilio)

Mounfel, Capital del reino de Heffelmaunt

Ellos ya sabían lo que estaban a punto de ver. No era solo porque los exploradores les habían avisado con varias horas de anticipo, tampoco porque bandadas de cuervos viajaban en grandes cantidades hacia el sur... era por el nauseabundo olor de la carne podrida. Hacía un par de días que se habían desviado del camino principal, y desde entonces no paraban de toparse con personas desplazadas que buscaban refugio al norte, lejos de la furia sureña y de la crueldad de la guerra. Había quienes viajaban en carretillas porque se encontraban demasiado malheridos como para caminar, otros iban con extremidades amputadas; pero lo que más les llamaba la atención era que entre aquel grupo de personas rara vez se encontraba alguna mujer. ¿Qué había pasado con la mayoría de las mujeres? Cuando los soldados cuestionaban esto a los desplazados estos miraban para otra parte y continuaban marchando hacia ninguna parte en sombrío silencio.

Habían recorrido ya un buen trecho desde que se cruzaron con el último pequeño grupo de desplazados cuando, finalmente, divisaron a lo lejos un poblado en ruinas, cubierto casi que completamente por cenizas. Kerevan apresuró la marcha de su caballo, con el rostro inexpresivo tan habitual en él; cuando estuvo lo suficiente cerca logró determinar algo que antes parecían extrañas formaciones negruzcas y amorfas.

—Son cuerpos carbonizados, muchos de ellos —le dijo a Lenark y Dilárida, los generales de su masivo ejército heffeliano.

Lenark bajó de su caballo y empezó a inspeccionar los cuerpos de cerca.

—Este era un niño, hermana —le dijo Lenark a Dilárida con pesar.

Dilárida era un poco más alta que su hermano, medía casi dos metros de altura y era ancha y fornida. Tenía el ojo tuerto cubierto por un trapo azul que llevaba enrollado en torno a la cabeza. Por su parte, Lenark era de piernas largas y de rostro señorial, muy al contrario que su hermana, la cual era más torso y el rostro era más bien hosco.

—No solo envían niños a pelear sus guerras, sino que también masacran a los nuestros —dijo Dilárida, empuñando sus enormes manos.

—Lo más duro de la guerra anterior fue tener que asesinar niños —le dijo Lenark al rey.

—¿Es más difícil matarlo o tenerlo de esclavo? —le preguntó Kev sin siquiera mirarlo a los ojos.

El capitán Revlard de la Ciudad-Estado de Shariakayk observó, disgustado, al rey Kerevan; claramente aquella interrogante no le había

hecho ninguna gracia, pero no se atrevió a decir una sola palabra. A Kerevan eran muy pocos los que lo controvertían, pues el temor que había hacia su persona era tal que rara vez hacían contacto visual con él.

—No es común ver esclavos en Gerner, su majestad, no tenemos el estómago que tiene su gente.

Kerevan levantó la mirada para encontrarse con el ojo ámbar de ella, la observó durante largos segundos, pero Dilárida ni se inmutó.

—¿Mi gente? —Kerevan arqueó una ceja—. Los shariaks también son "mi gente", igual que los rengos de Gerner y que los coraicos de Zzhut.

No era para nadie un secreto que Dilárida era abiertamente independentista, pero había accedido a reconocer la soberanía de Kerevan y de Heffelmaunt considerando que la amenaza sureña era, a su modo de ver, un asunto mucho más urgente.

—No creo que sea el momento o el lugar más indicado para esto —le dijo Lenark a su hermana, tomándola de un brazo.

Kerevan continuó cabalgando, observando con atención el infernal espectáculo. Los soldados empezaron a revisar el interior de lo que quedaba de las casas que aún se mantenían en pie, y dentro no hallaban más que muerte y desolación.

—No hay supervivientes —le dijo Lenark—, tampoco esperaba encontrarlos.

—¿Por qué tardaron tanto en acatar algo tan simple como una orden? —le preguntó el rey de vuelta.

—Disculpe, mi rey, no entiendo.

—Yo envié un mensaje solicitando hombres para luchar, y tardaron demasiado en venir. Si hubiesen llegado a tiempo podríamos haber evitado esto. Tanta destrucción... —sus ojos grises ya habían visto de cerca la desolación de la muerte, pero nunca creyó ver algo tan hórrido como aquel poblado. Y no era nada alentador el saber que todos los poblados que encontrarían más adelante estarían en circunstancias igual o peores.

—Como usted sabrá, existe cierta tensión en los territorios occidentales del reino, hay muchos que no están de acuerdo con reconocer su autoridad como rey en ciertos territorios, pero otros se han mostrado leales a la corona.

—Mira a lo que nos ha llevado su soberbia —le espetó Kerevan—. El orgullo de los hombres que le temen a los hilos invisibles de un poder inexistente.

—A veces pienso lo mismo, su majestad —Lenark se encogió de hombros—, pero cuando veo a Darinder envainada en su cinto... empiezo a dudar de la inexistencia de ese poder... Allá en el oeste se dice que la crueldad de un hombre no conoce límites cuando es capaz de matar a su propia familia.

—Mi padre le quitó la vida a su reina, quien era su nuera —se explicó Kev—, su ejecución fue la justicia del rey.

—Fue la venganza de un cónyuge —repuso Lenark, testarudo—. No se puede hablar de justicia cuando el juez es víctima y verdugo.

—Mi juicio fue legitimado por el clamor del pueblo.

—De unos cuantos cientos de capitalinos que asistieron a la ejecución —lo corrigió—, querrá usted decir.

Kerevan se mantuvo en silencio mientras cabalgaba, observando siempre a su alrededor, para nunca olvidar el horror que dejaba atrás de él. No podía permitirse perder la guerra si quería evitar que aquello pasara nuevamente.

—En estos tiempos se aprecia contar con palabras francas, general Lenark. Su forma tan respetuosa de hablar hace que sus insolentes palabras no permeen mi orgullo de rey.

—No parece un hombre orgulloso. Se ve como alguien triste y miserable.

—Soy una corona, una espada y un par de ojos extraños —Kev se encogió de hombros—, lo único que mantiene unidas esas cosas es mi sentido del deber.

—A lo largo de mi vida he perdido más que mi brazo izquierdo —repuso Lenark señalándose el muñón bajo su hombro—. Durante la regencia de Operg el cruel, en Gerner hubo una fuerte guerra civil en la que Dilárida y yo perdimos a nuestros padres. Cuando la guerra terminó, fuimos enviados a un lugar donde cuidaban niños huérfanos, a los hombres los entrenaban para pelear, y los mejores eran integrados al ejército. A las mujeres se les enseñaban otras cosas, pero Dilárida no era buena en ninguna de ellas. Yo fui seleccionado para formar parte de la guardia del alcalde mayor, pero no podía dejarla allí, no podía separarme de ella... Sin Dilárida solo soy un soldado, la necesito para sentirme humano, es todo lo

que en mi vida necesito.

—¿Cómo es que consiguió integrarse al ejército? —cuestionó el rey, intrigado.

—Se esforzó, entrenó como ningún otro hombre lo habría podido hacer. Se coló en los entrenamientos de los hombres y destacó sobre todos y cada uno de ellos. Eriok "el audaz", entonces general del ejército reconoció su talento y la hizo parte de la armada interina de Gerner, en donde rápidamente escaló al rango de capitán mayor. Luego de eso ambos decidimos integrarnos a Lerivoff, la guardia de los Bosques Sagrados, donde la inclusión de mujeres es mucho más común. Ella quiso ser igual que yo, pero se esforzó tanto que me superó en todos los aspectos.

—Parece que la admiras bastante —reflexionó Kerevan.

—¿Qué si la admiro? Aún con un solo ojo es capaz de asesinar a doce hombres antes de caer. Lo que hizo durante la anterior guerra con el sur es algo sin precedente alguno —a Lenark le brillaban los ojos cuando hablaba de su hermana, y no podía evitar sonreír de alegría—. Es la mejor estratega en la historia del reino, no tengo alguna duda de ello.

—¿Por qué me cuentas todo eso?

Así como usted, yo he perdido mucho. Pero lo que me mantiene alejado de la tristeza y de la miseria es tener cerca a alguien que amo —Lenark se mantuvo cabalgando en silencio un rato, observando hacia los lados, con la mirada llena de tristeza al ver tantos cadáveres y tanta destrucción, recordando lo que sufrió en su infancia a causa de la guerra—. Espero no ser atrevido, su majestad, pero me pregunto si no considera que sería buena idea tener un hijo. Quizá sea lo que su corazón necesita.

Kerevan apresuró la marcha al instante y cabalgó lo más rápido que podía su caballo, ya no soportaba estar más tiempo en aquel pueblo muerto, de repente había perdido el ánimo de seguir conversando con el hombre de una mano.

—Un hijo... ¿qué más podría yo pedirle a la vida? —murmuró Kerevan a regañadientes, con el corazón lleno de una furia que, sin saber muy bien por qué, dirigía hacia el sur—. ¿Es este tu sueño de libertad, Korian? —dijo mientras miraba los cuerpos carbonizados y los hogares destruidos—. ¡¿ES ESTE TU SUEÑO DE LIBERTAD?!

Principios del 1456 a.C. (antes del Concilio)

Grouack, Capital del Magno Imperio de Dackgrouer

Korian irrumpió con violencia en la Sala Hexagonal, el enorme salón donde el emperador Roelgar hijo de Liard de la casa de Holard "el oscuro" pasaba la mayor parte de su tiempo. Korian corrió hacia el emperador con fuego en la mirada, pero de camino fue detenido por la Guardia Imperial, seis hombres que llevaban armaduras de plata adornada con turquesas.

—¿Sabes lo que hicieron tus hombres, Roelgar? —le preguntó Korian mientras fútilmente forcejeaba con los seis hombres que lo apresaban, uno de ellos tenía puesta la punta de una enorme lanza tras su nuca.

—Suéltenlo —ordenó el emperador, quien vestía largos terciopelos de un azul tan oscuro como el cielo justo antes del anochecer. Roelgar tenía las uñas pintadas de negro, y llevaba tres brazaletes negros en cada brazo.

Los seis hombres de la selecta Guardia Imperial se apartaron instantáneamente de Korian, dieron varios pasos hacia atrás hasta que cada uno se ubicó junto a una estatua. En cada uno de sus seis lados, la Sala tenía una estatua de guardia, la cual representaba a la primera selección que hubo de Guardias Imperiales, formada por Gilgard "el monstruoso", abuelo de Roelgar.

—Tus hombres no solo masacraron a cada Tarem en Darinder, sino que fueron un poco más al norte y destruyeron varios pueblos a su paso. Quemaron todo, masacraron gente inocente, violaron y esclavizaron mujeres y niñas —le dijo Korian tras ponerse en pie y limpiarse la sangre de la nuca.

—Mi hermano, Umulur, es un poco violento... y a veces un poco precipitado —confesó el emperador, encogiéndose de hombros—, pero es también bastante ingenioso e inteligente, es por eso que lo envié en mi nombre a Darinder; lo que sea que haya hecho debe tener alguna razón, táctica.

—¿Qué explicación táctica tiene una masacre? ¡Ninguna!

—Es un hombre muy valiente, usted. Mire que hablarle de esa manera al emperador es algo bastante osado; pero puedo dejárselo pasar, caballero de la libertad. Repito que, si Umulur hizo lo que hizo sus razones tendrá.

—Sí, saciar el odio de nuestra raza contra los tarem —gruñó Korian—, un

estúpido odio que nos aleja de nuestro verdadero objetivo.

—Esta es la guerra definitiva entre nuestras razas, Korian. Y nosotros la estamos ganando, debería estar contento por ello. La libertad se ha vuelto ya algo secundario; verás, la guerra anterior fue realmente humillante para nosotros, le recuerdo que muchos de los nuestros, entre ellos niños y ancianos, fueron esclavizados... al igual que usted.

—Y usted no hizo nada al respecto.

—Me temo que en ese entonces gobernaba mi inútil padre —repuso Roelgar con una sonrisa que incomodó a Korian al instante—. Si te contara cómo murió Liard "el inútil" no podría dejarte salir de aquí.

—He oído cosas —contestó Korian.

—Sí, bueno... Siempre hay quienes se atreven a hablar de más —la mirada verde del emperador tenía algo siniestro y mórbido en ella—. Creo que deberías ver el lado positivo de todo esto, estamos controlando Darinder; y Regrad y Kerevan parece que no tienen intención alguna de intervenir en la guerra; sin esas legendarias armas el norte no tiene posibilidad alguna de vencer.

—Si Regrad no ha peleado en la guerra es porque se ha llevado a cabo en los bosques. Sabrá usted que en un bosque usar una espada de la que emana gran cantidad de fuego no es buena idea. Sacrificar la integridad de sus bosques sagrados por vencer en una guerra sería contradictorio, eso simplemente haría que el norte se enfrentara entre sí, sería catastrófico para su frágil unidad, y eso Regrad lo sabe.

—Y Kerevan simplemente es un cobarde que se esconde en su castillo —repuso Roelgar.

—Yo no contaría con ello —se limitó a contestar.

Roelgar se levantó de su gran trono, aquel enorme asiento había sido creado a principios de la edad oscura con turmalinas y cuarzo negro. El emperador, arrastrando una capa larga y azul por el suelo, caminó hacia una puerta que se encontraba justo detrás del Trono Negro.

—Ven conmigo, caballero de la libertad, hay algo que quiero que veas.

Dubitativo, Korian se acercó a él, observando los rígidos rostros de los guardias imperiales. Sus pasos ocasionaban un fuerte eco que, por alguna extraña razón, le producía una sensación de intranquilidad. Roelgar abrió la gran puerta de madera y dejó al descubierto un balcón desde el cuál se podía ver casi toda la ciudad capital del imperio. Cuando ambos se asomaron, Roelgar lo invió a mirar hacia abajo, justo frente a las puertas

principales del Castillo Imperial, y lo que vio lo dejó sin palabras. Era una enorme cantidad de guerreros dispuestos en incontables filas que iban desde las puertas hasta la muralla más interna que rodeaba el castillo.

—Estos serán los hombres con los que tomarás Groubler —le dijo el emperador, poniéndole una mano sobre la espalda—. Puede que la forma en la que los Dackers hacemos las cosas no sea de tu agrado, pero me necesitas para ganar esta guerra, y solo así podrás liberar a nuestros hermanos. La victoria en una guerra será siempre un trago amargo, pero no tanto como la derrota.

Finales del 1456 a.C. (antes del Concilio)

Darinder, Bosque Sagrado de Larthos

Centenares de cabezas pendían de los árboles como si de frutos se tratasen, eran cientos de rostros violáceos deformados en muecas de agónico sufrimiento que alguna vez pertenecieron a hombres y mujeres de la guardia del bosque.

—Mira, hermano —llamó Dilárida a Lenark entre susurros, señalando una de las cabezas que pendían lúgubremente de un árbol verde salpicado por oscura sangre seca—. A este no lo conozco.

—Se ve que era bastante joven —repuso él con melancolía.

Kerevan se mantuvo observando aquella cabeza en silencio, realmente pertenecía a una persona muy joven, quizá tenía una edad que oscilaba entre los veinte y los veinticinco. En la medida en que iban avanzando se topaban con más cabezas cercenadas y con cuerpos mutilados esparcidos entre los árboles. El suelo sagrado había sido quemado, y en aquel tramo el bosque era más bien negro y rojo.

Desde la zona oriente del bosque se aproximó una mujer que se desplazaba entre la parte alta de los árboles con gran habilidad, bajó de arriba apoyándose de una cuerda que había atado en una de las ramas de un árbol, y cayó junto a Dilárida sin apenas hacer ruido.

—Mi señora, la primera línea oriental tuvo un enfrentamiento con un pequeño grupo de soldados del Imperio, creemos que sea posible que por allí solo hallan pequeños grupos y que el grueso del ejército se encuentre en el centro, poco antes de llegar al Árbol Madre.

—Aprovisiónate y retorna a tu escuadra de inspección —le ordenó la

general tras escucharla con atención.

—Tenías razón, concentraron la mayor parte de sus fuerzas en el centro —añadió Dilárida.

—Una suposición muy arriesgada para mi gusto —repuso Kerevan.

—Debemos seguir avanzando en formación, pronto tendremos noticias del sur —Dilárida se acercó a la cabeza cercenada de una mujer y la observó con atención, obnubilada, como si la tratase de recordar—. Quizá en unas tres semanas estemos frente a frente con el enemigo.

Cada tanto uno que otro soldado se detenía a vomitar asqueado por el putrefacto olor de la carne pudriéndose y por la grotesca apariencia de los rostros deformados repletos de gusanos y de moscas. En la medida en que iban avanzando se encontraban con cuerpos en mayores estados de descomposición y en mayor cantidad, y gran parte de la vegetación había sido calcinada, al igual que algunas criaturas inofensivas que habitaban en el bosque.

Un par de días más tarde, algo espantoso los hizo detenerse. Se trataba de un cadáver arrodillado y atado con cadenas a unas barras de metal que estaban enterradas en el suelo. Aquel cuerpo estaba en una pieza, sin embargo, las cuencas vacías de sus ojos eran un espectáculo perturbador e inquietante, de ellas emanaban grandes cantidades de moscas que le cubrían el rostro casi que por completo. Alrededor del cuello, el cuerpo llevaba un letrero que consignaba una pregunta "¿de qué raza soy?". Era una pregunta cuya respuesta ellos sabían aun cuando físicamente no existía forma de diferenciar la raza a la que aquella desgraciada mujer había pertenecido, pues no conocían su edad y, por evidentes razones, no podían observar el color de sus ojos.

—Murió de sed y de hambre —dijo Lenark al notar que estaba extremadamente delgada—. Por el estado de su cuerpo se nota que murió tiempo después que los otros que vimos antes, así que no falleció en combate, la amarraron ahí y la abandonaron a su suerte.

—Esos hijos de puta... —murmuró el capitán Revlard que, desde hacía varios días, se había mantenido en silencio. Sin embargo, aquello había sido el límite de su paciencia—. Los malditos sureños están enfermos, ¡debimos exterminarlos! ¡debimos exterminarlos a todos!

—Mira lo que han provocado tus antecesores —repuso Dilárida, señalando el cuerpo sin ojos—. Es por eso que las monarquías deben desaparecer, cada que un rey demente gobierna un reino poderoso el continente llega al borde del colapso.

—Nunca en la historia se había visto algo así... —murmuró Lenark.

—Hasta que empezamos a esclavizarlos —contestó Kerevan—. Pero el daño está hecho, y la guerra ya ha empezado.

Continuaron avanzando entre personas y animales muertos sobre la tierra quemada. Pasaron los días y las noches, y los rastros que dejaban sus enemigos parecían ser más recientes. En las zonas oriental y occidental de Darinder ya se libraban numerosas pequeñas batallas entre ambos ejércitos. La armada de Kerevan consistía en una mezcla entre hombres de Heffelmaunt y de los soldados de Lerivoff que aún quedaban con vida tras las palizas que habían estado recibiendo a lo largo de la guerra. Por su parte, sus enemigos eran los soldados del Magno Imperio de Dackgrouer, el ejército más temido y ruin de todo el continente Larthiano.

Sin embargo, había algo que preocupaba a Kerevan a sobremanera, no había rastro alguno de Vramiayuk en Darinder, lo cual lo hacía sospechar que todos los hijos de la libertad habían acudido junto a Korian hacia Groubler para enfrentarse a las fuerzas de la alianza nororiental conformadas por el reino de Érdomer y las naciones de Azerdok y Elamlath. Kev sabía que el control absoluto sobre el bosque Groubler iba a depender fundamentalmente de aquellos enfrentamientos; sin embargo, ahora debía concentrarse en Darinder pues el enemigo estaba ya muy cerca de ellos.

Tras unos cuantos días más de marcha, el bosque se hacía un poco más denso, sin embargo, no era complicado transitar en él. Habían pasado un par de lunas y no se habían topado con ningún otro cadáver, tan solo se encontraban con uno que otro animal muerto y algunas fogatas viejas que, seguramente, habían pertenecido a los hombres del sur. Mientras avanzaban entre la naturaleza que en aquel tramo ya no se veía tan maltrataba, y con la ausencia de gente muerta por doquier, los soldados que avanzaban comenzaron a sentir mayor tranquilidad, pero aquello que habían visto durante varias semanas había cambiado sus vidas por completo. <<Que no los afecte demasiado, eso es lo que quiere el enemigo>>, había señalado Kerevan a sus tropas poco antes de entrar al bosque, intentando mitigar el impacto de la crueldad de los dackers para que no afectara su posterior desempeño en batalla.

No obstante, cuando ya empezaban a tranquilizarse y a reponerse un poco, se encontraron con algo espantoso. Había una pequeña jaula hecha con madera y clavos, y dentro de ella se encontraban un grupo de cadáveres amontonados, todos los cuerpos estaban de pie, apretados unos contra otros, muy malnutridos y cubiertos de marcas de latigazos y demás claros signos de tortura; había uno, incluso, cuyos genitales habían sido cercenados. Pero había algo en aquellos cuerpos desprovistos de ropa que les llamaba la atención, tenían en muchas partes de la piel marcas del

símbolo del Imperio que habían sido hechas con acero caliente. Estaban marcados como si fuesen pertenencias de las cuales disponer, estaban marcados...

—Como si fuesen esclavos —dijo Kerevan en voz alta.

Aquellos cadáveres sí los habían sepultado, la impresión que les había provocado las condiciones en las que habían muerto eran tan aberrantes que se sintieron en la obligación de, por lo menos, despedirlos como era debido; eran hombres del norte, eran guardianes del bosque.

—Son nuestros héroes de guerra —dijo Lenark durante la pequeña ceremonia que habían realizado por respeto a los muertos.

Más adelante en el camino, uno de los inspectores de los escuadrones que habían marchado hacia la zona suroriental del bosque anunció buenas noticias. Allí habían triunfado los guerreros de Lerivoff sobre una gran agrupación de soldados de la Armada Imperial de Dackgrouer; habían caído sobre los guerreros desprevenidos y los habían exterminado sin muchas dificultades. Pero no todo lo que anunció fueron buenas noticias, el inspector les dijo algo que les heló la sangre, les dijo algo que los hizo saber qué había pasado con las mujeres de los pueblos heffelianos más aledaños al bosque. Les comentó que, posterior al enfrentamiento con los dackers, se habían topado más al sur con una enorme fosa repleta de cadáveres de mujeres y de niñas, todas con claros signos de haber sido abusadas sexualmente, una sobre la otra como sobras de un plato de comida.

—Había una que aún se movía un poco —explicaba el inspector de Lerivoff sin poder contener algunas lágrimas, tan solo aquel recuerdo lo hacía sentir miserable—. Entre todos la logramos sacar de allí, y lo único que hacía era implorarnos que le quitáramos la vida...

—¿Y lo hicieron? —preguntó Lenark, a lo que el sujeto asintió levemente con la cabeza—. Hicieron lo que tenía que hacerse —le contestó poniéndole una mano sobre el hombro.

Poco más de una semana después, un inspector de la escuadra segunda le informó a Lenark que un gran número de hombres del Imperio avanzaban en dirección contraria a ellos, lo cual indicaba que muy pronto se encontrarían con sus adversarios.

—Diría que no saben que nos aproximamos —señaló el hombre, cruzado de brazos—, se desplazan de forma despreocupada, al ritmo que llevan hemos calculado que les tomará poco menos de cuatro días en llegar hasta acá.

—Aprovisiónate y retorna a tu escuadra —le ordenó Lenark tras darle unas palmadas en el hombro.

—Deberíamos esperarlos para emboscarlos —dijo el rey.

—Y eso haremos, por supuesto —confirmó Dilárida mientras se acercaba a Revlard—. Trasmite esta información a toda la cadena de mando. Deben preparar la Formación de Vector, ten en cuenta el número del enemigo para fijar el ángulo. Te llamaré pronto para nuevas indicaciones.

Revlard hizo una profunda reverencia y se apresuró a cumplir con su tarea.

Kerevan, por su parte, sabía perfectamente lo que era la Formación de Vector, se trataba de una estructura en forma de V que buscaba emboscar al enemigo; era una formación perfecta para zonas boscosas pues las hileras de soldados podían esconderse entre los arbustos y en las copas de los árboles para atacar ocultos a sus desprevenidos enemigos.

Pasaron los días en una tensión creciente hasta que, finalmente, llegó el fatídico día. Una enorme cantidad de hombres del Imperio avanzó, sin saberlo, entre filas enemigas. Caminaban con sus espadas colgadas en los cintos, cantaban y bebían sin ninguna preocupación. Uno de ellos levantaba una voz ronca y cancerosa que a veces era acompañada por la de sus amigos.

Nada más dulce que una joven doncella

La que conmigo está en lecho es del burdel la más bella

Ha valido cada moneda tras las batallas más duras

Vuelvo a casa sin dinero, pero también sin lamentos

Cuando estuvieron completamente dentro de aquella gran trampa, las líneas se comenzaron a cerrar, apiñando a los dackers entre ellas. De los arbustos emergieron soldados norteños con lanzas y espadas, y de lo más alto de los árboles ballesteros y arqueros arremetían con millares de birotes y de flechas contra la Armada Imperial de Dackgrouer; por su parte, Kerevan utilizaba su legendaria espada para destrozar cientos de enemigos. Mientras con birotes y flechas se encargaban de las últimas filas, los que iban a la vanguardia eran atacados por centenares de raíces que emanaban del suelo.

La batalla había comenzado al atardecer y terminado poco antes de que saliera el sol. Pese a la desventaja numérica, habían logrado masacrar a sus enemigos gracias a la emboscada que había orquestado Dilárida y a las trampas que se habían ubicado en el terreno de forma estratégica.

Pese a todo ello, los dackers jamás se retiraron ni arrojaron sus espadas, sino que avanzaron y lucharon con valentía y furia, se mantuvieron en pie hasta perder el conocimiento, pelearon fieramente hasta la muerte.

Una vez terminada la batalla, buscaron supervivientes enemigos entre los cadáveres para darles la estocada final y aliados para auxiliarlos; uno de los hombres que se puso en esa tarea fue el mismísimo Kerevan, quien estaba obstinado en encontrar al general dacker Umulur con vida, no obstante, lo que halló fue su cuerpo cubierto por una docena de flechas y con el brazo derecho destrozado a causa de las raíces que había manipulado el rey con Darinder. Sabían a ciencia cierta que era él por varios motivos, sus ojos eran de un verde esmeralda y sus ropajes eran vestimentas propias de la alta nobleza de Dackgrouer, era el único vestido de esa forma entre miles de cadáveres.

El rey tomó el cuerpo del hermano del emperador con una mano y lo arrastró por todo el campo de batalla hasta sacarlo de allí, lo apoyó contra un árbol y, con una navaja, empezó a sacarle los verdes ojos de sus órbitas.

—Ya no se ve muy distinto a nosotros —dijo mientras arrojaba los globos oculares hacia un lado. Se limpió la sangre en su propia ropa y caminó entre miles de norteños que lo observaban con extrañeza.

Capítulo 9: Mártir

Año 1454 antes del Concilio

Camino sagrado, tramo oriental

Korian

Las batallas habían sido largas y extenuantes, el ejército enemigo había luchado magníficamente, pero la enorme superioridad numérica de los sureños había determinado el resultado de los encuentros. Mientras transitaban el camino sagrado hacia Darinder, bosque que sabían había quedado en poder de los norteños de la mano de Kerevan, los soldados cantaban extasiados y componían canciones sobre las victorias que habían tenido en las batallas libradas en Groubler y sobre el extraordinario desempeño de Korian en combate; ya no eran solo las palabras lo que causaba admiración por parte de los sureños hacia la figura de Korian, ahora había demostrado su valentía en batalla y, pese a tener ya más de cincuenta años, sus fuertes habilidades a la hora de combatir con la

espada.

Más allá de las victorias en Groubler, los sureños habían conseguido invadir y tomar Zoer, la capital de la nación norteña de Azerdok. Aquello había molestado a Korian, quien intentó impedir que las batallas se salieran de los límites del bosque hacia naciones que no poseían esclavos nesh, sin embargo, Erival "el pirómano", primo del emperador Roelgar, había amenazado con retirar el apoyo del Imperio a su causa, por lo que Korian no tuvo más remedio que apartar la mirada y dirigirla hacia el oeste. Lo único positivo de aquello es que Erival se había quedado a defender Zoer con una cuarta parte de la Armada Imperial, no tener que lidiar con el temperamento de Erival era claramente un alivio para él. Sin embargo, el que lo reemplazó como general de campo fue su hermano gemelo, Ralgor, un hombre mucho más tranquilo y callado, pero con la mirada siniestra tan característica de su familia.

Korian había advertido que Ralgor era un sujeto muy extraño, muy tarde por las noches se alejaba del grupo y regresaba al amanecer, y algunos decían que lo escuchaban murmurar palabras ininteligibles. A diferencia de su hermano, Ralgor se mantenía afeitado el bello facial y se cortaba los cabellos con bastante frecuencia, era limpio y, extrañamente, educado. <<Un dacker educado, parece un mal chiste>>, pensó Korian mientras lo observaba cabalgando con un gesto de despreocupación.

—¿Algo de mí le ha causado gracia, sir? —le preguntó el general Ralgor dirigiendo su mirada esmeralda hacia Korian.

—Pensaba en que no te pareces en nada a tu hermano —confesó Korian—, en cuanto a la personalidad, por supuesto.

Ralgor se limitó a sonreír y a tomar de una cantimplora lo que Korian asumía que era agua. Tras ellos, Saira se aproximó apresurando un poco el trote de su caballo hasta estar entre ambos, observó al extraño sujeto con atención y le extendió la mano.

—¿Me podrías dar un poco de agua?

—No es agua —le respondió tajantemente.

—¿Y qué es? —cuestionó ella mientras se apartaba el flequillo de la frente.

—Sangre de bebé recién nacido —contestó el sujeto, dirigiendo sus ojos verdes hacia la mirada color miel de ella.

Si tuviera la boca manchada de rojo, Korian lo habría creído. Los dackers eran personas extrañas, y este lo era todavía más, incluso era raro para sus propios familiares. Ralgor sonrió y negó con la cabaza tras tomar un

poco más de... ¿agua?

>>Era una broma, es una bebida especial que preparo yo mismo con frutos silvestres.

—Me vas a matar de la risa, señor comediante —repuso ella, a quien claramente no le había hecho gracia aquello.

—Tienes que ser dacker para entender el chiste —se explicó el extraño hombre.

Lo cierto es que a nadie le había hecho gracia, de hecho, muchos en verdad creyeron que lo de la sangre era en serio.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó Saira.

Ralgor miró hacia todas partes con recelo, como si lo que estuviese a punto de decir no debiera ser escuchado por alguien en concreto. Luego de observar a su alrededor por varios segundos, volvió la mirada hacia ella y tomó un poco más de su bebida "de frutos".

—En Dackgrouer los niños crecemos con todo tipo de historias escalofriantes —explicó él—. Una de las más populares es la que trata sobre el fantasma de Naela.

—¿Le bruja de la niebla? —cuestionó Korian, a lo que Ralgor asintió.

—Se dice que el fantasma de la bruja aparece en frías noches nubladas, y a su paso las flores se marchitan y los animales perecen. Vaga por las calles muy atenta, esperando escuchar el llanto de un niño para arrancarlo del pecho de su madre y sacrificarlo al señor de la muerte.

—Los nigromantes hacían esas cosas, y otras mucho peores —repuso Wolz Dreimjold, quien no había podido evitar escuchar la conversación—. Los tiempos en los que Naela lideraba la congregación de los nigromantes fueron los más horrorosos de la Edad Oscura. Las aves caían del cielo allende ella pasara, los árboles perdían todas sus hojas sin ser otoño, y las bestias de los bosques morían y se levantaban nuevamente con la mirada negra y la carne carcomida y el alma corrupta. Los cuatro mares estaban repletos de criaturas nauseabundas y enormes que hundían flotas de barcos enteras y que devoraban las entrañas de los pescadores que, por necesidad, se atrevían a mantenerse en el agua por más tiempo del debido.

—Ahora debemos enfocarnos en los peligros que nos asechan —dijo Korian en un suspiro, masajeándose el cuello—. Cada día estamos más cerca de Darinder, y allí nos esperan sangrientas batallas que definirán el

rumbo de la guerra.

—Estos no son buenos tiempos, comandante —le contestó Wolz—, pero los hubo mucho peores, y eso es algo que no viene mal recordar de vez en cuando.

A Wolz se le notaba claramente que la presencia de los miembros de la Casa Imperial le incomodada mucho. Hubo una vez en la que se acercó a Korian y le dijo que la Casa de Holard estaba maldita. "La familia de ese sujeto fue la culpable de la Edad Oscura" le dijo refiriéndose a Ralgor.

—El nexo que hayan tenido antes con la nigromancia es cosa del pasado —explicó Korian, intentando tranquilizar a su amigo.

—No, no, no —negó en voz baja—, los pactos con el señor de los muertos corrompen a un hombre y a toda su descendencia.

—Sé muy bien lo que hacían los isleños con los nigromantes y sus familiares —replicó Korian sin mirarlo a los ojos—, fue una cacería absurda, inmisericorde y vomitiva.

—Era lo que había que hacerse —contestó Wolz antes de alejarse lentamente de Korian y volver a su sitio en aquella larga y ancha caravana de sureños que marchaba tras Korian y Ralgor

Aunque la Edad Oscura había terminado ya, durante las décadas siguientes se les persiguió y asesinó a todos aquellos que de una u otra forma se relacionasen a la nigromancia; durante tantos años muchas personas se ocultaban en las casas de sus vecinos, pero tarde o temprano eran encontrados y exterminados, independientemente de la edad que tuviesen. Muchos de los nigromantes supervivientes se resguardaron tras las inexpugnables murallas de Grouack, y allí vivieron el resto de sus vidas, ocultos de la furia larthiana.

El ejército tuvo que detener su marcha cuando unos rastreadores de la Hermandad Bastarda llegaron a rendirle informe al capitán Dreimjold.

—Hemos acabado con un grupo de inspección de Lerivoff, los hemos localizado antes que ellos a nosotros y los matamos a todos, estaban muy cerca de la entrada este del bosque, a unos cuatro días. Más adelante hay pequeños grupos de hombres de Lerivoff y del ejército de Heffelmaunt; no hemos podido avanzar mucho más, los escuadrones de la guardia del bosque tienen muy bien vigilados ciertos tramos.

—¿Que tanto pudieron avanzar? —cuestionó Wolz.

—Nos internamos durante poco más de tres semanas, a partir de allí la densidad de hombres era mucho mayor, y corríamos el riesgo de ser

descubiertos —le explicó uno de los rastreadores.

—Buen trabajo, hermano —le dijo poniéndole la mano en el brazo, allí donde estaba el tatuaje de la hermandad, y miró a los otros que estaban junto a él—. Lo mismo para ustedes dos, quédense esta noche a disfrutar de un poco de ron y vino añejo con nosotros; les ofrecería mujeres, pero las que vienen con Korian me temo que no están disponibles.

—No deja de sorprenderme lo inapropiada que es la lengua de los isleños —señaló Korian con una leve sonrisa—. Lo cierto es que nada pierden con preguntar.

Wolz reventó a carcajadas y le dio un par de palmadas muy fuertes en la espalda. Wolz pese a ser más joven que Korian aparentaba ser mayor, la vida de los isleños era mucho más dura, sobre todo la vida de un mercenario de la legendaria Hermandad Bastarda. Aquella noche fue la última en la que disfrutaron de buena música, comida y trago juntos; esa noche fue la última vez que muchos intercambiaron palabras y chistes, pues el bosque estaba cerca, y allí los esperaba una bestia de ojos grises y su manada de lobos sedientos de sangre.

Darinder, Bosque Sagrado de Larthos

Final de la Segunda Gran Guerra Humana

Kerevan

Habían pasado muchos meses desde que Kerevan había recibido noticias desde Groubler. Por lo que sabía, Korian se estaba enfrentando a las fuerzas unificadas de Érdomer, Elamlath y Azerdok; y a medida que avanzaba el tiempo sin recibir más informes empezaba a preocuparse. Si sus aliados habían sido derrotados la información le llegaría cuando fuese demasiado tarde, y los inspectores que enviaba Lerivoff hacia las afueras del bosque nunca regresaban, todo parecía indicar que lo peor había ocurrido.

—No nos queda más que aguardar en formación hasta tener noticias de Groubler —señaló Dilárida.

—De todas formas, ya sabemos lo que pasó —dijo Lenark, sentado sobre una piedra—. Hemos perdido el bosque.

—Si es así, que Eiinay esté con nosotros —dijo Revlard, observando el suelo.

—Eso no tiene por qué significar la caída de este bosque —intervino la mujer tuerta, de nuevo.

—Son demasiados, hermana —repuso Lenark—. Solo nos queda rogar porque la Alianza haya mitigado sus números a uno que podamos controlar. El bosque es muy amplio, impedir que ingresen es imposible. Confío en que los escuadrones de inspección nos informarán, pero no sé si lo suficientemente a tiempo como para prepararnos.

—No contamos con recursos ni los números para ubicar trampas alrededor de nosotros —señaló Revlard, cabizbajo—. Reagrupar todas nuestras fuerzas no solo nos dejará ciegos, sino que nos tomaría lo que resta del mes, por lo que sabemos pueden estar en camino hacia acá. Como dijo la general, solo nos queda esperar información para saber de qué dirección vienen.

Kerevan se puso de pie, con la mano sobre el pomo de la espada, camino entre los hombres y las mujeres que yacían sentados en el suelo, se puso de pie junto a Lenark sobre la piedra y levantó una voz imponente que opacó el sonido mismo de la naturaleza.

—El enemigo viene y eso es un hecho, son muchos más que nosotros. Seguramente se trate del ejército más masivo en la historia de Larthos, es cierto. Pero juro por mi vida que usaré todo el poder de Darinder para inclinar la balanza a nuestro favor, así como vencimos a las fuerzas de Umulur para controlar el bosque venceremos a Korian y mantendremos Darinder en nuestro poder —mientras el rey hablaba, los árboles se agitaban con furia, el suelo se estremecía mientras las raíces de los enormes árboles temblaban bajo él. Era como si el bosque entero le contestara al rey Kerevan, como si fuese amo y señor de aquellas tierras sagradas—. ¡Vamos a vengar nuevamente a los héroes que dieron su vida por el norte y por los tarem, y acabaremos esta guerra aquí mismo!

Los norteños rugieron al unísono, desenvainaron y levantaron sus espadas mientras clamaban al hombre de los ojos grises. Entre aquel bullicio y júbilo, solo los hermanos tullidos se mantuvieron en silencio e intercambiaron un par de miradas enigmáticas. Lenark observó a Kerevan y aplaudió unas pocas veces de forma sarcástica mientras el rey lo observaba de forma inexpresiva.

—Sigue sin ser mi rey —dijo Dilárida a su hermano—. Pero he de decir que tiene un algo que cautiva.

—¿Estás enamorada? —su hermano se mofó de ella.

—Yo amo a mi nación, amo Gerner, y sueño con que algún día nos

independizaremos del reino de Heffelmaunt —dijo ella tras bufar.

—Estaré a tu lado cuando eso suceda, hermana mía.

—Hasta el final —le dijo ella, sonriendo, estirando el brazo hacia él.

—Hasta el final —contestó él, chocándole el puño.

De entre la arboleda, se aproximó un inspector de una de las escuadras que se habían desplazado hacia la zona suroriental del bosque. Su rostro lo decía todo, no había que escuchar lo que estaba a punto de decir para saberlo.

—Se aproximan, mi señora, son... son demasiados...

Dilárida empezó a gritar órdenes y los soldados empezaron a prepararse para la batalla; por su parte, Lenark comenzó a señalarle a sus hombres que prepararan las trampas, pero el inspector lo interrumpió.

—Mi señor, me temo que no hay tiempo —dijo aquel hombre menudo—, estarán aquí antes de que caiga la noche.

—Pero... eso es en menos de dos horas —había sido peor de lo que ella imaginó, los sureños habían logrado avanzar aniquilando escuadrones de inspección enteros sin ser descubiertos, habían cortado las líneas de comunicación y habían logrado caer sobre ellos de forma repentina.

—¡¡¡FOOOOOORMAAAAACIÓN!!! —gritó Lenark repetidamente mientras avanzaba entre los hombres y las mujeres de Lerivoff y entre los soldados de Heffelmaunt.

Las fuerzas se replegaron en la estructura propia de la Formación Vector, se escondieron nuevamente entre la naturaleza y Kerevan se replegó hacia el norte junto a los hermanos tullidos, Revlard y una tercera parte de la totalidad de los guerreros tarem.

Korian

Hasta aquel momento todos lo estaban haciendo muy bien, pero extrañamente el que se habían llevado la admiración era Ralgor. El joven general dacker no había participado en combate durante la campaña en Groubler, se había limitado a planificar dentro de la tienda de campaña y a extraviarse durante las noches para retornar al día siguiente desprendiendo olores extraños de su cuerpo. Sin embargo, en los pequeños enfrentamientos contra los norteños que habían tenido en Darinder había destacado enormemente aún con su estilo de pelea poco

elegante.

Hasta el momento, su recorrido a través del bosque estaba siendo un éxito; hacía varios días que habían localizado al enemigo y, por el comportamiento de los hombres de Kerevan, sabían que aún no se habían percatado estos de su llegada a su más sagrada tierra en todo el continente. Para Korian estar allí fue extrañamente melancólico, aquel era el lugar en donde décadas atrás había dejado caer su espada y se había convertido en esclavo, y su sueño lo había traído de vuelta ahí, en circunstancias más favorables; pero para la gran mayoría de los demás, esa era su primera vez en aquel maravilloso lugar.

—Están prácticamente frente a nosotros, ¿qué estamos esperando? —le preguntó Ralgor a Wolz, quien les había indicado a todos que esperaran.

—Sabemos exactamente dónde están... —dijo Saira, quien fue interrumpida por el capitán Dreimjold.

—Sabemos exactamente dónde estaban hace unas tres horas, y según me informaron los rastreadores existe una pequeña posibilidad de que alguna unidad de inspección enemiga haya logrado comunicarse con las fuerzas de Kerevan.

—Entre más tiempo esperemos mejor podrán ubicarse, en caso de que sepan que estamos por toparnos con ellos —reclamó Belfarn, con buen criterio. Sin embargo, Wolz lo ignoró.

Pasaron varios segundos de absoluto silencio y el isleño no decía una palabra, simplemente se limitaba a observar hacia el norte con un catalejo, inspeccionando entre los árboles. Korian se había limitado a confiar en los instintos de Wolz, aquello le había salvado la vida durante su travesía en Horiumstein, y les había otorgado un par de importantes victorias en Groubler. Y cuando la paciencia de Ralgor estaba a punto de agotarse, una flecha de punta roja cayó junto a Dreimjold, en aquella flecha había una nota amarrada con un filo hilo.

Wolz tomó la nota, pero cuando intentó desenrollarla, su mano no le respondió correctamente.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Korian con el entrecejo fruncido.

—Esa es la formación del enemigo —le dijo tras lograr desenrollar el papel, haciendo un recorrido sobre la V dibujada en él. Ignorando completamente la interrogante—. Y si miras justo en esa dirección con el catalejo encontrarás una flecha de plumas azules clavada en un árbol, eso indica el sentido en el que se hayan dispuestas las filas enemigas.

—Yo iré por la izquierda, tu ve por la derecha —le dijo Korian, a lo que Wolz asintió.

—Esa formación la usó Dilárida contra Dyvrammia en la guerra anterior —señaló Ralgor con una sonrisa—. La perra tuerta está con ellos.

—"La perra tuerta" es una veterana de guerra, más respeto señor sangre maldita —añadió Wolz de forma hosca. Ralgor simplemente decidió ignorarlo.

—Me pregunto si su hermano el manco también está con ellos —continuó Ralgor—, estaría bien llevarme a los hermanos tullidos a Grouack como regalo a mi primo.

—¿Para negociar? —preguntó Wolz.

—¡Para negociar, dice! —Ralgor rompió en carcajadas silenciosas—. ¿Acaso no lo sabes?

—¿Saber qué?

—Nosotros no negociamos —sentenció Ralgor con una voz profunda acompañando a su repentina expresión amenazante y a su mirada verde y penetrante heredada de su linaje.

Korian comenzó a dar órdenes y todos se empezaron a preparar para el enfrentamiento. Los arqueros tensaron sus arcos, los ballesteros ubicaron los virotes en su lugar, los espadachines desenvainaron sus espadas y los lanceros elevaron sus armas indicando que ya estaban listos. Korian retuvo a todos durante poco más de una hora, explicando que ellos serían quienes manejarían desde el principio los tiempos de la batalla. <<Ellos están en formación, esperando a que caigamos en su trampa a cierta hora. No solo no caeremos, sino que llegaremos a ellos después de lo que han vaticinado>>, les explicó a los allí presentes. Cuando finalmente llegó el momento, Wolz y Korian se miraron por última vez, ambos asintieron y separaron sus caminos para siempre.

Y así fue como daba inicio la batalla más sangrienta que la historia larthiana ha conocido jamás. Por la izquierda corría Korian, Saira y Belfarn, precedidos por varias interminables columnas de soldados; y por la derecha, lo propio ocurría con Wolz y Ralgor. En las partes altas de los árboles fue donde empezó la batalla, un intercambio de flechas y virotes que iban y venían de norte a sur. Del suelo, emanaban centenares de raíces que arremetían contra los sureños, quienes avanzaban incansables hacia sus oponentes; y, finalmente, se oyó la música del metal contra el metal y contra la carne.

Kerevan

Claramente la estrategia no les había funcionado, no solo se trataba de que no tuvieron tiempo para preparar una emboscada muchísimo mejor, sino que, además, el enemigo sabía exactamente lo que les tenían preparado. Kerevan sostenía el pomo de la espada y luchaba desde la distancia controlando la naturaleza con el arma, en ese lugar se sentía más poderoso que nunca, el alcance del poder de la espada dentro del bosque que llevaba su mismo nombre era infinitamente superior que fuera de él; pero pese a ello, el rumbo de la batalla no se inclinaba en favor de ellos.

No tenía sentido que se mantuvieran esperando en formación, pero Dilárida fue incapaz de dar alguna orden, todo aquello estaba sucediendo demasiado rápido, y a cada instante el enemigo estaba más cerca. El hombre de los ojos grises se puso de pie y desenvainó el arma, y le pidió a todos los que yacían junto a él que hicieran lo propio.

—No entiendo... —murmuró Dilárida.

—Sus escuadrones de inspección son mucho mejores que los nuestros —afirmó Lenark con el ceño fruncido—. Se les avisó exactamente dónde estábamos y cómo atacar.

—Que Eiinay nos... —dijo Dilárida antes de ser interrumpida por su hermano.

—Él no nos protegerá, hermana.

Kerevan levantó la espada y rugió con un fuerte grito de guerra.

—Korian, tú y yo somos los mártires que nuestras razas han elegido. Somos los bufones principales de este circo, partícipes de una guerra sin sentido entre seres semejantes —señaló el rey en voz alta y, acto seguido, corrió con fiereza hacia el medio para enfrentar a las filas enemigas que empezaban a agruparse tras destruir la formación norteña.

Kerevan danzó con su espada entre los sureños, cortando a sus enemigos con el hierro mientras controlaba el poder de la naturaleza a su alrededor. Una flecha disparada desde el sur fue en dirección a su pecho, pero una enorme raíz salió a la superficie y se interpuso en su camino cuarteando el suelo de tierra y dejando una enorme grieta allí donde yacía enterrada. El rey Kev se movía con soltura en el campo de batalla, esquivaba estoques con gran velocidad, abatía enemigos de un solo golpe, esprintaba entre los árboles como una bestia asechando a sus presas. Era incansable y

aparentemente intocable, verlo luchar era como escuchar poesía épica.

El estilo de Dilárida era mucho más hosco, se las arreglaba para golpear a sus enemigos no solo con el filo de su espada, sino que también con sus puños y con su yelmo. Se encontraba completamente empapada por sangre de aliados y enemigos, y estaba cubierta de tierra que se le había adherido al rostro; sin embargo, ella seguía peleando, aun cuando una flecha había logrado darle de lleno en la espalda, ella seguía peleando. A Lenark, por su parte, teniendo un solo brazo se le complicaba un poco más, empero, se las arreglaba bastante bien. Por un instante, Wolz Dreimjold se topó con él, tuvieron un breve intercambio de golpes, pero ninguno había logrado herir al otro.

Mientras Wolz arremetía contra Lenark, por la espalda un heffeliano se abalanzó sobre él, pero logró girar rápidamente y patearle el brazo de la espada para desarmarlo en un hábil movimiento, y mientras la espada de aquel hombre aún caía, le perforó el vientre con la suya. Cuando el capitán de la Hermandad Bastarda volvió la mirada ya Lenark no estaba ahí.

Dilárida, al percatarse de la vestimenta de Ralgor tan parecida a la de Umulur, se abalanzó sobre él. A comparación de ella, Ralgor era mucho más delgado y rápido, así que no le supuso ningún problema esquivar los ataques de la mujer tuerta. Cuando él se percató de que aquella mujer tenía un ojo cubierto, dejó escapar una tétrica sonrisa y corrió hacia ella blandiendo su espada. Muchos de los espadazos que Ralgor dirigía a Dilárida lograban darle de lleno, pero solo acertó un par de ellos sobre zonas desprotegidas. Ralgor le provocó un corte en la pierna que la hizo caer sobre una rodilla, y cuando estuvo a punto de rebanarle el cuello ella le metió una zancada que lo arrojó al suelo. Se arrastró hacia él e intentó cortarlo con su espada, pero Ralgor empezó a rodar en el suelo y, de un brinco se levantó. De inmediato, Lenark se interpuso entre ambos y tuvieron un enfrentamiento un poco más limpio que consistía en esquivar y atacar, siempre con cuidado de no dar un paso en falso; Dilárida se puso de pie y tomó su espada.

Mientras tanto, Kerevan seguía eliminando rivales con notoria facilidad, sin un solo rasguño. Y cuando sintió que había entrado ya en calor, busco a Korian entre aquel caos. El terreno estaba cubierto de polvo que se había levantado por los millares de pisadas, y el campo estaba destruido por la acción de la espada de Kerevan. El de los ojos grises continuó avanzando entre aquel cúmulo de hombres hasta que, finalmente, su mirada se encontró con la de Korian, quien tenía a sus pies cuatro dackers y dos soldados de la guardia del bosque.

Korian y Kerevan

Cuando Korian observó a la bestia de ojos grises supo que la noche que en su sueño había vaticinado estaba por comenzar. Kerevan corrió hacia él casi que botando espuma por la boca y sacándose rivales del camino como quien sacude moscas a su paso; Korian lo esperó, puso un pie tras del otro y aguardó la llegada de la furia gris. El rey empezó a arremeter contra él con la hoja de Darinder, mientras mantenía parte de su concentración en el campo de batalla, inclinando poco a poco la balanza en favor de los suyos con aquel poder tan descomunal.

Mientras la cálida sangre salpicaba sobre ellos, Korian y Kerevan libraban su legendario enfrentamiento. El encuentro se estaba prolongando bastante, y el cuerpo de Korian empezaba a ceder ante la intensidad de su oponente quien, muy por el contrario, parecía no agotarse nunca, como si fuera algo muy superior a un ser humano. Cuando Korian intentó retroceder para darse un respiro, una raíz ató su pierna al suelo con firmeza; y los siguientes dos minutos fueron un infierno. Tuvo que arreglárselas para, aún contra el dolor de sus articulaciones y la tensión en sus músculos, defenderse de los interminables espadazos de Kerevan quien había empezado a blandir la espada sosteniéndola de la cadena, de forma que su arma ahora tenía más alcance y mayor versatilidad.

Korian tenía el cuerpo lleno de cortadas, y sentía que en cualquier momento dejaría su arma caer. Y cuando estuvo a punto de aceptar su derrota, Ralgor apareció de entre aquel polvorín y cúmulo de personas y cortó la raíz con la que Kerevan había amarrado al sureño. Korian, al liberarse, logró sorprender a Kev asestándole un espadazo que le provocó un profundo corte entre el cuello y el pecho, rompiéndole la parte superior de la cota de malla.

Kerevan se llevó la mano hacia la gran herida y se la observó repleta de sangre, y cuando Korian creyó que lo había conseguido ocurrió algo lo paralizó por completo. La herida de Kerevan comenzó a cerrarse justo frente a sus ojos. Kev continuó atacándolo, sosteniendo la espada por la cadena, maniobrando el arma como un auténtico malabarista; esta vez el rey parecía completamente difuso, su atención ahora estaba centrada en Korian, quien no hacía más que retroceder hasta que cayó al suelo al tropezarse con un par de raíces que habían aparecido súbitamente del suelo.

Cuando Kerevan estuvo a punto de quitarle la vida, recibió un flechazo que le dio de lleno en el costado izquierdo; a causa del dolor, Kev cayó al suelo y dejó caer su espada. Korian se logró incorporar rápidamente y se dispuso a quitarle la vida, pero de un rápido movimiento, Kerevan logró estirar el brazo lo suficiente para alcanzar la cadena con sus dedos. Con todas sus fuerzas, el rey haló de la cadena y logró poner la yema de los dedos sobre el pomo, provocando que docenas de raíces emanaran del

suelo y amarraran los brazos y las piernas de Korian, dejándolo suspendido en el aire. Kerevan se incorporó de un brinco y, con la punta de Darinder, perforó el abdomen de Korian hasta que la hoja de la espada le salió por la espalda, cuando la hubo retirado, Korian cayó al suelo arrodillado, desangrándose rápidamente.

—Ella tenía razón... ahora lo veo con claridad —dijo Korian con las pocas fuerzas que aún le quedaban—. Adiós, hijo mío...

Kerevan le rebanó la garganta con un rápido corte, acabando con su vida al instante. El cuerpo inerte de Korian cayó al suelo y él se lo mantuvo viendo en absoluto silencio. "Ella tenía razón", aquellas palabras no tenían ningún sentido, pero lo que más lo había molestado era que lo llamase "hijo", ¿había sido aquella una especie de burla?, él no lo sabía.

Finalmente, cuando Kev levantó la mirada se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Al dejar de intervenir en la batalla la superioridad numérica de los sureños había definido prácticamente el rumbo de esta. <<Así que simplemente me distraía, por eso decía aquellas cosas raras>>, pensó mientras retrocedía con la mirada hacia el frente.

—Retírese —le dijo Lenark, muy malherido—. Mi hermana y yo resistiremos todo lo posible para que usted se marche.

—Me quedaré aquí —repuso él, obstinado.

—Usted es el rey —intervino Dilárida con el cuerpo repleto de sangre, la piel llena de hematomas y grandes cortadas en los brazos y en el rostro—. No olvide lo que este par de rengos hizo por usted, su majestad.

Kerevan, impresionado por el valor de los hermanos tullidos, asintió levemente con la cabeza y ordenó la retirada del ejército heffeliano. De inmediato, la guardia del bosque empezó a cubrir la retirada en una misión que le costaría la vida a cada uno de ellos. Kev estaba muy agotado, pero continuó corriendo con todas sus fuerzas, y mientras avanzaba hacia el norte iba obstaculizando el camino inclinando árboles unos sobre otros y haciendo que las raíces de estos sobresalieran del suelo. Haber usado tanto el arma le había empezado a cobrar factura, su cuerpo comenzó a resentirse y, por primera vez en su vida, se sintió genuinamente agotado.

Kerevan se marchó del bosque varias semanas más tarde, pero durante la retirada había perdido gran parte de sus tropas, o bien porque cedían ante las heridas, o porque no habían podido continuar avanzando y fueron alcanzados por sus perseguidores.

Wolz Dreimjold

El mercenario caminaba entre los muchos cadáveres y moribundos que habían quedado tras la batalla. Había sido muy larga, Wolz no sabía exactamente cuánto tiempo, pero juraba que había anochecido más de una vez. El polvo apenas empezaba a disiparse y el panorama cada vez era más fácil de divisar. Pudo notar una serie de cadáveres amarrados por una maraña de raíces que les habían quebrados los huesos y que a algunos los había asfixiado hasta la muerte.

Continuó caminando hasta que sintió cómo alguien sujetaba su pierna con poca fuerza, cuando bajó la mirada notó que era un soldado heffeliano, así que tomó su espada bastarda con una mano y le perforó la garganta. Luego, se topó con otro hombre malherido, pero este era aliado, era uno de los soldados de la Armada Imperial, así que envainó el arma y revisó superficialmente en qué estado este se encontraba. Cuando vio que podía ser salvado se montó el sujeto al hombro y lo llevó hacia donde estaban las unidades médicas más cercanas.

Mientras caminaba, Wolz sintió la mano izquierda un poco adormecida, y al vérsela notó que, de hecho, estaba temblándole bastante. <<Maldita sea, soy muy joven para esta mierda>>, murmuró entre dientes. Después de eso, continuó avanzando mientras llamaba a Korian con gritos roncos.

Wolz sabía que si nadie le había dado aún razones del hombre más importante de su bando, y que Korian no contestaba a los llamados, seguramente estaba muy malherido, inconsciente o muerto. Así, se mantuvo recorriendo el campo en busca de su "comandante" durante poco más de una hora hasta que, casi cuando empezaba a darse por vencido, finalmente lo encontró tendido en el suelo con una gran herida en la garganta y muchas marcas de cortes y hematomas en el resto del cuerpo. El mercenario cayó de rodillas al suelo y, suavemente, le cerró sus párpados.

—Hasta nunca, mi comandante —le dijo al cuerpo con la voz quebrada—. Hasta nunca... amigo.

Con nostalgia, Wolz recordó el día en que conoció a Korian, la vez que lo había liberado junto a sus hermanos como parte de una misión. Pero no fue sino hasta que se reencontraron en Horiumstein que empezaron a hacerse amigos, durante aquella guerra civil entre las islas del sur. Mientras caminaba notó que todas las miradas estaban sobre el cadáver que llevaba entre sus brazos, a su paso las conversaciones acababan de golpe, y las sonrisas se desdibujaban de los rostros.

Vio a unos pocos metros que una gran piedra sobresalía entre aquel gran campo de muerte, así que caminó hasta allí y ubico el cuerpo con cuidado, y todos empezaron a agruparse alrededor del cadáver. El ambiente se había hecho mucho más pesado, y el silencio era absoluto, nadie decía una sola palabra, solo estaban allí, observando el cuerpo. Cuando Saira llegó, se echó a llorar con el rostro sobre el pecho de Korian, y Belfarn se puso tras de ella para sobarle la espalda.

Wolz Dreimjold, por primera y última vez en su vida, se arrodilló; pero Belfarn, antes de que los demás lo hicieran, lo tomó de las axilas y lo puso de pie.

—A él no le habría gustado que se arrodillasen ante él —le dijo.

—Y por eso es digno de ello —le contestó el isleño, volviendo a ponerse de rodillas.

Belfarn lo observó unos momentos y, tras meditarlo, también se arrodilló, impulsado a los demás Hijos de la libertad a hacer lo mismo. No fue hasta cuando Ralgor hincó la rodilla que los hombres de la Armada Imperial hicieron lo propio, sin embargo, Saira continuó llorando sobre el pecho de Korian, profundamente afligida.

—Cuando Korian me habló de su sueño de libertad, admito que me hizo mucha gracia —recordaba Wolz Dreimjold ante todos tras ponerse de pie—. Pero su convicción me hizo querer apoyarlo, aun considerando que era imposible cumplir ese sueño, él logró hacerme partícipe de él. El mundo nunca te olvidará, caballero de la libertad.

—Y finalmente ha roto sus cadenas —dijo Belfarn.

—Y finalmente ha roto sus cadenas —repitieron todos al unísono.

FIN.